



JORGE ZATÓN PÉREZ

QUIZÁ
LO QUISO
el DESTINO

Letrame
Grupo Editorial

© Derechos de edición reservados.
Letrame Editorial.
www.Letrame.com
info@Letrame.com

© Jorge Zatón Pérez

Diseño de edición: Letrame Editorial.

ISBN: 978-84-18307-88-1

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor.

Letrame Editorial no tiene por qué estar de acuerdo con las opiniones del autor o con el texto de la publicación, recordando siempre que la obra que tiene en sus manos puede ser una novela de ficción o un ensayo en el que el autor haga valoraciones personales y subjetivas.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)».

Diciembre

El día de Nochebuena, Berto estaba sentado en el sofá, ojeando un viejo álbum de fotos. Esas eran las primeras Navidades que iba a pasar solo y se encontraba desolado. Sus padres fallecieron trágicamente diez meses antes, su hermano Juan llevaba diez años en Canadá y las llamadas eran cada vez más esporádicas. Belén, la novia con la que llevaba doce años viviendo, desapareció antes del verano sin dar casi explicaciones, dejando al joven solo justo cuando comenzaba a levantarse del palo que supuso la muerte de su familia.

La vida de Berto en el último año se había desmoronado y solo la gran amistad que le unía a Lorena, José y David, quienes no dejaban ni un solo día de quedar o visitar a su amigo, consiguió acabar con su depresión.

Se detuvo en una foto en la playa de hacía veinte años. Era en la ría de Oyambre, donde solía ir Berto con sus padres los fines de semana en verano. Allí estaba junto a su hermano Juan, David, Manuel, un amigo de la infancia con el que perdió contacto hace años y una chica pecosa y sonriente a la que no recordaba. Esa chica llamó la atención a Berto, pues la rodeaba con los brazos y ambos se miraban sonriendo con ternura. Si no fuera porque apenas tenían unos doce años, cualquiera diría que estaban destinados a ser el uno para el otro.

Intentó recordar aquel verano, y un vago recuerdo llegó a su mente, pero no lo suficiente claro. Cerró el álbum y encendió la televisión, dispuesto a ver alguna película en Netflix. El móvil volvió a sonar. Otra felicitación navideña. Más de veinte y solo eran las cuatro de la tarde. «Maldita Navidad», pensó Berto mientras apagaba el móvil. Hoy no era día para celebrar nada. No para él.

Acabó dormitando tumbado en el sofá. El tranquilizante que tomó hizo efecto y pasó toda la tarde relajado. Cuando quiso darse cuenta, eran las ocho de la tarde. Justo en ese momento sintió que aporreaban la puerta. «¿Quién coño viene a estas horas?», maldijo para sí Berto mientras abría.

—¡Vamos hombre! ¿En pijama a estas horas? Tienes cinco minutos para vestirte. —Era Lorena quien entró en su piso sin preguntar, portando una cazuela.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Berto incrédulo, cerrando la puerta.

—¡Eh! ¡Ten cuidado, casi me tiras las torrejas! —José venía tras ella... y también estaban David y María, su mujer.

Todos llevaban algo para la cena, polvorones, turrón, lechazo... Berto miraba incrédulo mientras sus amigos preparaban la cena de Nochebuena.

—¿Qué pensabas, que te íbamos a dejar solo en un día como hoy? —Lorena, siempre la voz cantante de cualquier sarao, sonreía al hablar.

—¿Y vuestras familias? Habíais quedado todos con...

—Hoy tú nos necesitas más —cortó José a Berto, pasando un brazo por sus hombros—. Ellos se

lo van a pasar bien sin nosotros, y a ti no te vamos a dejar aquí lloriqueando.

—Si es que no tengo ganas de fiesta José, me habéis pillado a punto de irme a dormir —mentía Berto, sabiendo que no iba a colar.

Cuando quiso darse cuenta, Berto estaba sentado en una mesa rodeado de sus cuatro mejores amigos. Unos amigos que habían dejado de lado a su familia para pasar la Nochebuena con él. Con las lágrimas a punto de brotar de sus ojos y un doloroso nudo en la garganta observó sus caras sonrientes y comprendió que nunca iba a estar solo. Era más afortunado de lo que pensaba.

Entre risas, copas de vino y champán transcurrió una comida compuesta de caracoles, langostinos cocidos, merluza al horno, cochinito, torrejas, turrones y polvorones. El tiempo pasaba volando y Berto olvidó por unas horas el fatídico año que había pasado.

A las doce, tras unas cuantas copas de vino y algún que otro chupito de orujo, estaban todos ya algo enchispados. Entre José, María y Lorena habían recogido la mesa y casi cualquier resto de la cena había desaparecido de la casa de Berto.

—Bueno, ha llegado la hora de irse. Vamos al Kaos a seguir con la fiesta. —José, siempre con ganas de una copa más, estaba decidido a que la noche no acabase.

—Vale, no voy a discutir. Sois capaces de llevarme a rastras cabrones. —Berto sabía que no podía negarse.

—Cómo lo sabes, *chiquitín* —confirmó Lorena, la única capaz de llamar así a Berto sin que soltase un bufido.

Lorena era una chica morena, de metro setenta y voluminosa. Con treinta y dos años, llevaba dieciséis años viviendo sola y valiéndose por sí misma para todo. Había tenido pocas relaciones y todas muy cortas, y pensaba que era mejor el «sexo entre horas», como decía ella, que soportar una pareja estable. Era amiga de David y Berto de toda la vida, los únicos con los que no tenía secretos, y tenía adoptado a José, el más pequeño de todos, como una especie de hermano pequeño.

David, de la misma edad que Lorena y Berto, siempre fue el más formal de todos, a pesar de que su larga melena y su apariencia *heavy* pudiera dar a entender lo contrario. Para él, Berto era el hermano que no tuvo nunca. Inseparable, se pasó la adolescencia y media juventud sacándole las castañas del fuego cada vez que Berto la liaba. Empezó con María a la vez que Berto con Belén, doce años antes, pero, mientras ellos llevaban cinco años casados, Belén nunca quiso dar el paso y él sabía que tarde o temprano ella acabaría por dejar a su amigo a poco que se torcieran las cosas. Le dolió profundamente haber acertado.

Con veintiocho años, María era la alegría del grupo. Siempre riendo, era difícil no acabar contagiado de su felicidad. No le costó conectar con los amigos de su hoy marido y el hecho de que Berto comenzase a salir con su amiga Belén al tiempo que ella con David ayudó mucho. Sin embargo, no le gustó la manera ni el momento en que esta dejó al mejor amigo de su pareja y, aunque antes eran inseparables, ahora se habían distanciado. Rubia y bajita, era una mujer preciosa, con unas curvas perfectas que comenzaban a deformarse debido a un embarazo de tres meses que habían decidido ocultar a Berto, quien deseaba tener hijos, aunque su ex nunca accedió a ello. En el fondo, sabía que era mucho mejor para él que Belén y su egoísmo desapareciesen de su vida y esperaba que Berto no tardase en darse cuenta.

Por último, estaba José, de veintiséis años, que formaba parte del grupo desde hacía diez, cuando entabló amistad con Lorena y Berto jugando una partida a los dardos. Nunca se cansaba de beber ni de estar de fiesta, aunque era más responsable de lo que pudiera parecer en un primer momento. A pesar de ser el menor de todos, había conectado a la perfección y era el primero en

aparecer en cualquiera de sus reuniones.

Berto los analizaba a todos mientras se acercaban al Kaos, un pub donde solían ir a menudo, sobre todo cuando tenían ganas de jugar unas partidas a los dardos. Les estaba tremendamente agradecido por lo que habían hecho: renunciar a pasar la Nochebuena con sus familias para hacerlo con él. Pero así eran ellos, si le hubiera pasado a cualquier otro, él hubiera hecho lo mismo. Eran inseparables, amigos de los de verdad, de los que se cuentan con los dedos de la mano, y se sentía muy afortunado de formar parte de ese grupo.

Llegaron al Kaos y no les extrañó encontrarse un pub casi vacío, pues en Torrelavega no había mucha costumbre de salir el veinticuatro de diciembre. El local era más bien pequeño, acogedor. Con una barra de poco más de seis metros, una fila de cuatro mesas en paralelo a ella dejaba entre medio una zona de unos treinta metros cuadrados. Tras la barra, al fondo, la puerta de entrada a los baños y una máquina de dardos. Dentro se encontraron a Elena, la camarera del Kaos con la que quedaban también de vez en cuando para ir de comida. Se notaba el aburrimiento en su cara, y con razón: tan solo una pareja al fondo del pub y un par de chicas en una mesa cohabitaban el local a aquellas horas. No era de extrañar su expresión de alegría al ver entrar a los amigos.

—Bueno, bueno, al fin un poco de alegría en Nochebuena —saludó Elena, encantada de recibir la visita del grupo de amigos.

—¡Feliz navidad, Elena! Ve poniendo unos cubatas que esta noche promete. —José, como no podía ser de otra manera, ya estaba pensando en liarla.

—Bueno, para mí un zumo de melocotón, que estoy con antibióticos —mintió María, utilizando la excusa que ya había utilizado en casa de Berto para no beber.

Poco a poco, José, David, María, Lorena y Berto fueron abrazando y besando a Elena. El de la camarera con Berto fue especial: ella sabía lo que había pasado y además siempre había sentido una especial predilección por él. «Me alegra verte por aquí hoy, y encima con una sonrisa en la cara», susurró Elena a Berto.

Lorena y David se pusieron a jugar a los dardos: siempre que veían una máquina el vicio les podía. José y María entablaron conversación con Elena, y Berto, observador como de costumbre, investigó a la poca gente que poblaba el local. La pareja del fondo no paraba de besarse. Tenían aún las copas llenas y parecía que iban a tardar en acabarlas, si es que lo hacían alguna vez. Miró entonces a las dos chicas de la mesa. Parecían tener más o menos su edad. Una, rizada y rubia, iba muy arreglada, pintada y vestida como para ir de boda, parecía algo pija, tanto por la vestimenta como por sus gestos. La otra captó rápidamente la atención de Berto, melena larga color caoba un tanto despeinada, ojos color miel, una sonrisa brillante en la cara y algunos kilos de más. La chica no paraba de hablar animadamente. En un momento dado, sus ojos se cruzaron con los de Berto y de pronto se hizo para él muy familiar. «Juraría que no la conozco, pero esa cara... la he visto antes en algún lado», pensó.

En la mesa, la chica se había fijado en Berto nada más llegar. Era un chico del montón, más bien bajito, aunque tenía una mirada penetrante y bonita. Transmitía confianza. Cuando cruzó la vista con él, tuvo la misma sensación, que era alguien familiar, aunque no recordaba haber visto a ese chico jamás. «¿De qué me suena? Esa mirada... es como si esos ojos me hubiesen mirado antes», pensó.

Ninguno de los dos apartó la mirada. Se quedaron unos minutos mirándose y sonriendo, intentando recordar dónde se habían visto, aunque ambos pensaron que era una sensación errónea.

Aquel fue el primero de muchos cruces de miradas que se sucedieron durante la siguiente hora, hasta que ella fue al baño y, al salir, Berto se dirigió a ella.

—Llevo desde que te he visto pensando si te conozco de algo, y no es la típica frase para ligar. Tu cara se me hace muy familiar, aunque no consigo recordar dónde te he visto antes.

—Ja, ja, ja a mí me pasa lo mismo; juraría que no te conozco de nada y, sin embargo, tus ojos me son muy familiares —respondió la chica, llena de curiosidad.

—Pues lo has puesto peor, estaba empezando a creer que era imaginación mía. Bueno, sea como sea, encantado: me llamo Alberto, aunque todos estos me llaman Berto.

—Igualmente, Berto yo soy Lisa, bueno, Elisa, pero no me llames así: lo odio. Una cosa, igual suena muy atrevido, pero mi amiga se quiere ir para casa y yo no tengo ganas, ¿os molestaría que me quede con vosotros?

—Para nada, Lisa, si me va a venir hasta bien. Esos dos no paran de jugar a los dardos, José en media hora va a estar muy pedo y María y Lorena se pondrán a hablar del embarazo que intentan ocultarme, así que un poco de compañía no vendrá mal.

—¿Embarazo? Pero ¿es tu novia o...?

—Ja, ja, ja, qué va. Es la mujer de David, pero no quieren decirme nada porque... bueno, es una larga historia y no quiero aburrirte con mis líos.

—Para nada, puedes contarme lo que quieras. Me encanta hablar, aunque de vez en cuando también me gusta escuchar.

Pasaron horas hablando. Lisa le explicó que de pequeña veraneaba en Cantabria y que hacía un año se había venido a vivir y trabajar a Torrelavega tras separarse de su marido. Berto, contrario al principio a contarle todo lo ocurrido aquel fatídico año, narró a Lisa parte de su vida: su niñez, una adolescencia muy rebelde, incluso sus escauceos con la cocaína a los veinte años. A las seis de la mañana llegó la hora del cierre del Kaos: habían pasado más de tres horas desde que Berto y Lisa comenzaron a hablar.

—Bueno, pareja, ha llegado el momento de irse. —Era Lorena quien les sacó de su ensimismamiento.

—¿Ya son las seis? Ni me he enterado... —respondió un incrédulo Berto.

—Me ha encantado hablar contigo, Berto. Si quieres, toma mi número de teléfono y podemos quedar otro día.

—¡Claro! Cuando quieras quedamos de nue...

—¡Pero qué estáis diciendo! —cortó José—. A menos que vayáis a follar, la noche no ha acabado. El Trejo abre a las seis y media, en lo que vamos para allá lo pillamos abierto. —Incansable como siempre y con una borrachera curiosa, José se resistía a terminar la noche.

—Eres de lo que no hay, José —reprochó de manera cariñosa María—. No te cansas nunca. Yo me voy para casa. David, ¿vienes o te quedas con estos borrachos?

—Vamos, vamos, si me tomo otro cubata ya no respondo... ja, ja, ja.

—Pues si me esperáis diez minutos, yo me apunto a ir al Trejo —dijo Elena, la camarera del Kaos.

Y para el Trejo marcharon, salvo David y María y con la incorporación de Lisa y Elena. Tomaron un par de copas más, esta vez todos juntos, y Berto y Lisa no tuvieron ocasión de seguir intimando. Él se fue a su casa pensando en su nueva amiga. Era una chica divertida, risueña, habladora y llena de energía. «Quizá si la hubiera conocido en otra época, estaría pensando en tener algo con ella», pensaba al entrar en el portal de su casa. Al mismo tiempo, Lisa llegó a casa contenta. Había conocido a un grupo de gente muy maja, sobre todo Berto, quien tenía los ojos bañados en tristeza. No sabía los motivos, pero estaba claro que algo trágico había sucedido en su vida recientemente. Al llevar poco tiempo en la ciudad, apenas conocía gente más allá de su

trabajo y él era la primera persona que le llamaba la atención en un año. «Aunque no sé si estoy preparada para algo que no sea una amistad, sobre todo viendo cómo está él en este momento». Cogió su móvil y mandó un WhatsApp a su recién estrenado amigo: «Ya en casa. Nos vemos pronto, que descanses». Pero Berto ya estaba dormido.

Al día siguiente, Berto despertó a las dos de la tarde. Miró el despertador de su mesita de noche y lo maldijo: solo había dormido cinco horas. Sin nada que hacer en todo el día, pues hoy sí, sus amigos comerían con sus familias, sabía que le esperaban horas de aburrimiento. Cogió el móvil y vio que tenía varios mensajes de WhatsApp, además de un par de llamadas perdidas de su hermano. «Ya le llamaré», pensó Berto, molesto con su hermano Juan, quien ni siquiera se había molestado en saber cómo estaba en todo el mes. Un par de mensajes de felicitación precedían al que le había mandado Lisa la noche anterior. Sonrió y se dispuso a contestarle al ver que estaba en línea.

—Buenos días, Lisa, no vi ayer tu mensaje. Espero que hayas dormido bien.

—¡Hola! Sí, bueno, poco tiempo, pero aprovechado ja, ja, ¿qué tal estás? —Lisa no tardó en contestar al WhatsApp.

—Bien, aburrido en casa, ¿y tú?

—Pues, a decir verdad, aún en la cama. Con este frío da pereza levantarse...

—¿No comes con nadie?

—Qué va, Berto, mi familia vive en Cáceres. Ayer trabajé y mañana también, por lo que no he podido ir. Estas Navidades las paso sola. ¿Y tú? Ya deben estar esperándote.

—No. No tengo planes, salvo comer unos canelones precocinados.

—Humm, ¿en serio? Oye, ¿y esos canelones te dan para dos personas? Así nos hacemos compañía, que las Navidades en soledad son un poco tristes.

—Bueno... Si quieres, pásate. Te mando la ubicación.

—Está cerca de mi casa, me arreglo y voy... En una hora estaré allí, ¿vale?

—Aquí te espero.

«No sé qué me pasa con este chico, pero tengo unas ganas enormes de volver a hablar con él». Lisa se daba una ducha rápida mientras pensaba en Berto. No sabía el motivo por el que pasaba el día de Navidad solo, pero estaba segura de que era un caso bastante peor que el suyo. «Maldita sea, estoy sin depilar», pensaba mientras cogía una cuchilla. «Bueno y que más dará, solo vais a comer Lisa, no te va a ver nada». Sin embargo, Lisa se afanó en que en su cuerpo no hubiera más pelo que el que lucía en su cabeza.

Salió de la ducha y miró su cuerpo desnudo en el espejo. En realidad, no era nada del otro mundo; su cara era bonita, todos se fijaban en sus ojos, pero pesaba algunos kilos más de los que le gustaría. Su pecho se mantenía firme a sus treinta años, aunque bajo ellos se encontraba una barriga algo pronunciada. Unas caderas anchas daban paso a unas piernas cortas y regordetas, lo que, unido a su baja estatura, hacía que pareciera aún más gorda de lo que realmente estaba. Eso sí, su culo grande y redondo no pasaba desapercibido y con unos buenos pantalones era irresistible para muchos. Recorriendo su cuerpo, una ligera sensación de placer y necesidad la devoró por dentro: hacía más de un año que no tenía sexo y comenzaba a necesitarlo. Marchó al cuarto, donde escogió una bonita lencería de encaje de color negro. Vistió su cuerpo con unos pantalones vaqueros ajustados, una camiseta blanca estampada y escotada con la que sus pechos lucían bastante y una especie de blusa marrón. Cogió un abrigo y un paraguas y salió de casa. «Espero no arrepentirme... no lo conozco de nada, pero parece un chico que merece la pena».

Mientras tanto, Berto se levantaba de la cama con desgana. Le apetecía volver a ver a Lisa, pero

era Navidad y el recuerdo de la anterior, junto a sus padres y Belén, le producía un hondo sufrimiento. Unos días antes había estado con ella, tomando un café y hablando y aquella conversación le llenó la mente.

—Hola, Berto, veo que has adelgazado, ¿qué tal estás?

—Pues mejor, Belén, gracias. Después de todo lo que pasó, uno tarda un tiempo en acostumbrarse, pero ya vuelvo a tener una vida más o menos normal. ¿Para qué me has llamado?

—Siempre tan directo... Verás, sé que no te dejé de la mejor manera posible. Lo cierto es que llevábamos unos meses raros, tú insistías en casarte y tener hijos y yo no estaba preparada, luego llegó la muerte de tus padres y te derrumbaste. Todo eso me hizo darme cuenta de que merecías algo mejor que yo.

—¿En serio sales con eso? ¿Tu forma de explicar una ruptura es decir que lo hiciste por mí? Creí que no eras de excusas.

—¿Y qué quieres que te diga?

—Es que no entiendo para que me llamas Belén. Me dejas en la estacada diciendo que no aguantas más, tres meses después de morirse mis padres, cuando estaba empezando a remontar, y ahora que vuelvo a mejorar apareces de nuevo para decirme que lo hiciste porque era lo mejor para mí.

—Es lo que pienso. Yo te quiero y te quería, pero no estoy lista para casarme ni tener hijos. Quizá nunca lo esté y quiero vivir la vida, ser feliz...

—Y claro, con alguien sumido en una depresión no es posible.

—Sí... a ver, no es eso. Pero no podía consolarte Berto, necesitaba salir de allí. Pero ahora te veo mejor y no sé, podríamos intentarlo de nuevo, ir poco a...

—¡Basta! No me lo puedo creer. Me habían dicho que eras una egoísta de cuidado, que no me convenías, que estaba ciego... y tenían razón. No vamos a volver Belén. No quiero a mi lado a nadie que huye cuando las cosas salen mal. En lo bueno y en lo malo, sobre todo en lo malo, Belén, ¿recuerdas? Y tú has fallado en eso. Adiós.

Pocas veces se había sentido tan humillado como aquel día. Sin embargo, eso le había abierto los ojos y al fin pudo ver cómo era Belén en realidad y todo lo que le había manipulado durante los últimos doce años. Aun así, a pesar de intentarlo, no conseguía odiarla y en el fondo temía que si Belén se lo proponía de verdad acabaría sucumbiendo. Quiso centrarse en Lisa mientras se daba una ducha, pensando en su físico. No sabía por qué, pero llamaba la atención: de cara era guapa y eran sobre todo su sonrisa y sus cautivadores ojos color miel los que atraían. El cuerpo no era gran cosa, aunque su culo redondo y firme era atractivo y parecía tener un buen par de tetas. Sin darse cuenta se estaba poniendo a tono y la erección de su pene le recordó que hacía ya unos cuantos meses de la última vez que estuvo con una mujer. Pero no era para eso para lo que había quedado con Lisa. Ese día no.

El timbre sorprendió a Berto cuando estaba terminando de adecentar su casa; la vida de soltero le había vuelto algo dejado y, aunque estaba limpia, se encontraba bastante revuelta. Abrió la puerta y descubrió a una Lisa sonriente.

—¡Feliz Navidad! Y gracias por invitarme... bueno, por dejar que me autoinvite.

—No las des, si me viene genial: así no estoy solo. Entra, por favor.

Comieron entre risas y después hablaron durante horas, acompañados de una botella de buen orujo casero. Berto se vio obligado a contarle por qué pasaba las navidades solo, el accidente mortal de sus padres, la espantada de Belén cuando más falta le hacía y la cada vez mayor ausencia de su hermano Juan, casado y trabajando en Canadá y con el que apenas hablaba, sobre

todo desde que no acudió al entierro de sus propios padres. Lisa le contó que decidió irse de Cáceres al separarse de su marido. Su matrimonio estuvo lleno de mentiras y reproches y, cuando le ofrecieron trabajo como programadora en una empresa de Torrelavega, ni se lo pensó. Al principio fue duro, pero poco a poco se amoldó a la pequeña ciudad cántabra. Aun así, apenas conocía gente: trabajaba bastantes horas y allí apenas tenía contacto con un par de superiores y con Bea, que era quien estaba con ella en Nochebuena.

El tiempo fue pasando hasta que les alcanzó la noche, llegando un momento en que no sabían qué decirse. Fue Lisa quien rompió el hielo. Con evidentes signos de rubor anunció:

—Me gustas.

—¿Qué? Esto... vaya, Lisa, no sé qué decirte. Tú también a mí, pero...

Berto no pudo decir más. Lisa se abalanzó sobre él besándolo con pasión. Sus lenguas se entrelazaron mientras las manos recorrían ambos cuerpos acariciándose. Ebrios y necesitados de sexo y cariño, sin pensarlo siquiera se desnudaron, y los besos de pasión y desenfreno se tornaron en gemidos mientras las manos de Berto recorrían los firmes senos de Lisa, cuyos duros y sensibles pezones invitaban a ser besados. Mientras, ella fue conociendo el cuerpo de él con sus manos, hasta llegar a un pene erecto y preparado para ser introducido en su vagina, que por aquel entonces ardía necesitada de sexo. Segundos después, Berto estaba tumbado y Lisa, a horcajadas sobre él, introdujo su miembro en su empapada cavidad. Cabalgó furiosa, deseando correrse y, ante tal frenesí descontrolado, ambos llegaron pronto a un orgasmo mutuo.

Al acabar ambos se tumbaron en la cama, abrazándose pensativos, ella de espaldas rodeada por los brazos de él. Berto se había dejado llevar: hacía tiempo que no hacía el amor y Lisa le atraía de una forma inexplicable. Aún no había superado del todo su ruptura con Belén, y hubiera preferido que no hubiera pasado nada, pero repetiría de nuevo. Lisa, poco acostumbrada a beber, no pudo evitar sentir un calor intenso que le llevó a atacar a su estrenado amigo. No se arrepentía, aunque dudaba del siguiente paso. Berto le gustaba mucho, pero lo acababa de conocer y empezar una relación no entraba en sus planes a corto plazo.

En un momento dado, Berto se dio cuenta de que su brazo rozaba los senos de Lisa y su miembro estaba acomodado entre su culo. Antes de que otra erección le pusiera en evidencia, se puso boca arriba, a lo que Lisa respondió girándose hacia él.

—Estos momentos son los peores —afirmó mientras acariciaba su pecho con una mano—. Uno nunca sabe qué decir.

—Sí. Es complicado. A mí me ha gustado, espero que a ti también.

—Claro... Ufff, llevaba tanto tiempo sin sexo...

—Ja, ja, ja, más o menos como yo. Verás, Lisa, a mí me gusta ser claro y sincero. Me gustas, pero no sé qué pretendes, quizá no sea buena idea que esto vuelva a suceder. No pienses que me he querido aprovechar de ti, pero, como te he contado, mi situación emocional ahora mismo no es la más indicada.

—Tranquilo, Berto, no tengo pensado comenzar ahora una relación. Las cosas han surgido así y ya está. Creo que ambos necesitábamos un buen polvo.

—Me alegro de que pienses así, por nada del mundo quisiera hacerte daño. Eres una chica genial y seguramente en otro momento...

—No sigas, te entiendo. Podemos seguir siendo amigos y no sé, si nos apetece, de vez en cuando, repetir esto. Ya se verá. Yo me voy a ir ya, se está haciendo tarde y mañana trabajo —sentenció Lisa mientras se vestía.

—Vale Lisa, ya hablaremos. Cuídate.

Lisa se marchó con una sensación agridulce. Cuando se levantó por la mañana no imaginaba que iba a acabar follando el día de Navidad. Sin embargo, le habían dolido las palabras de Berto y no entendía por qué. No quería complicarse la vida, no buscaba pareja ni nada por el estilo, pero había algo en ese chico que le había llegado muy dentro. «Debes olvidarlo Lisa, será mejor que no vuelvas a quedar con él», se decía. No quería enamorarse y menos ahora que él le había dicho que no quería nada. Una punzada de dolor agarrotó su garganta y entró en casa con los ojos llenos de lágrimas.

Aquella noche, Berto apenas pudo dormir. No dejaba de darle vueltas a lo que había pasado y a lo estúpido que había sido diciendo aquello. Estaba seguro de que a Lisa le había dolido y, además, él no estaba tan seguro de querer que las cosas se quedaran así. Lisa le había gustado desde el primer momento y el sabor de sus besos aún le tenía atolondrado. No sabía qué hacer: arreglarlo ahora parecía complicado sin quedar como un cabrón. Quería volver a ver a Lisa, deseaba volver a besarla, sentir su piel... «¿Qué te pasa Berto? Has hecho lo que tenías que hacer. Deja las cosas como están». Trataba de mentirse a sí mismo. Quizá la cabeza le dijera aquello, pero el corazón siempre vence a la razón y aquella no iba a ser una excepción.

Finalmente, sin dejar de pensar en Lisa, Berto quedó dormido.

El zumbido del móvil despertó a Berto el veintiséis de diciembre. Otra vez su hermano trataba de contactar con él. Sin ninguna gana, Berto respondió.

—Dime.

—Ya era hora, macho, llevo dos días llamándote.

—Sí, he estado ocupado, ¿qué quieres?

—Joder, Berto, ¿ni un qué tal?

—Bueno, llevo esperando seis meses uno tuyo, así que digamos que estamos en paz.

—Bien, no voy a discutir contigo. Necesito un favor.

—Ya decía yo... claro, ¿qué necesitas? —El sarcasmo de Berto no lograba disimular su enfado.

—Te explico, mi mujer, Karol, va a tener un hijo y hemos decidido que lo mejor es que durante un tiempo deje de trabajar para que lo cuide. Lógicamente nuestros ingresos van a disminuir y, aunque tenemos dinero ahorrado, no quiero pasar apuros. Necesito que vendas el piso de nuestros padres.

—¡Eres un sinvergüenza, Juan! Has recibido una suculenta cantidad del seguro de accidentes, además de lo que tenían ellos ahorrado. Ni siquiera has venido al entierro, no llamas, no te preocupas de nada...

—Deja de sermonearme Berto, ya somos los dos mayorcitos. Tengo mi vida aquí y sabes que, si quieres, eres bien recibido en Canadá, pero yo no puedo ir a España ahora. Para mí también fue un palo lo de papá y mamá, pero la vida sigue.

—Mira, me da igual. No te preocupes, tasaré el piso y te daré tu parte con mi parte de la herencia. Pero no quiero volver a saber nada mas de ti, ¡desgraciado!

Berto colgó y a punto estuvo de estrellar el móvil contra la pared. Desde que se marchó a Canadá, su hermano se había vuelto un cretino. Apenas se habían visto en los últimos años y en la muerte de sus padres actuó con total indiferencia. Sabía que tarde o temprano reclamaría su parte de aquel piso, pero hacía solo dos meses que habían recibido cada uno 150.000 euros del seguro por el accidente de sus progenitores, y poco antes otros 60.000 de los ahorros de estos. Además, sabía que tanto Juan como Karol tenía un gran trabajo en América y no andaban en absoluto justos de dinero: lo que les sobraba era codicia.

Desayunó y salió de casa, en dirección a la de sus padres, que estaba a poco más de diez

minutos andando de la suya. La discusión con su hermano le había hecho olvidarse por unos instantes de Lisa, pero no tardó en volver a su cabeza. Quería verla de nuevo, hablarla... pero sobre todo anhelaba besarla una vez más. Su actitud de la noche anterior había sido estúpida y muy hipócrita: Lisa le gustaba de verdad y estaba seguro de que ella sentía lo mismo. Al llegar al portal del piso, Berto no pudo evitar ver un letrero: «Infortem SL».

Era la empresa donde trabajaba Lisa. «Vaya, tiene que ser una señal. Luego tengo que llamarla, aunque no sé si ella después de lo de ayer estará muy dispuesta...». Subió a casa de sus padres, donde no entraba desde hacía dos meses. Todo estaba igual; los muebles, las figuras, las fotos, la ropa... incluso la antigua habitación que compartió en su momento con su hermano Juan. «Tengo que donar toda esa ropa y tirar un montón de cosas...». Comenzó a limpiar y a buscar cajas donde ir guardando lo que iba a donar, además de bolsas donde meter lo inservible. Aquel piso fue la vivienda de sus padres desde que se casaron, hacía casi cuarenta años. También la suya y la de Juan. No era muy grande: desde la puerta de entrada llegabas a una especie de recibidor, donde se presentaban cuatro puertas: la cocina, el único baño, la habitación principal y el salón. Este contaba con una amplia galería y otra puerta que daba a la habitación que compartió con su hermano. En ella había una puerta que daba al único balcón de la casa, que además comunicaba con la cocina. Era una distribución un tanto extraña, pero teniendo en cuenta los años que tenía aquel piso, cualquier cosa era posible. Berto salió al balcón, estaba en un segundo piso y justo enfrente tenía la puerta de la empresa donde trabajaba Lisa, donde un hombre alto y con barba se encontraba fumando un cigarro. Volvió a pensar en ella; a pesar de las pocas horas que hacía desde que la vio por última vez, la echaba de menos. Ya había tomado la decisión de hablar con ella y, en cuanto terminase de recoger aquel piso, pensaba llamarla. Justo en ese momento vio como Lisa salía de su trabajo y, tras saludar al hombre de la barba, este la besaba. Estupefacto, Berto no quiso ver más. Se metió de nuevo en su cuarto y de un golpe tiró al suelo todos los libros que se encontraban en una de las baldas. «Qué hija de puta, ¿a qué juega? Pues se acabó, paso de líos».

En la calle, Lisa no daba crédito a lo que acababa de suceder.

—¿Se puede saber qué coño estás haciendo? —le espetó al hombre de la barba en cuanto pudo zafarse de aquel beso traicionero.

—He vuelto por ti, Lisa. Te quiero...

—¿Ahora? Ha pasado más de un año desde que rompimos, Luis. Creo que quedó suficientemente claro que era definitivo. Además, ¿cómo me has encontrado?

—Aún tengo contactos... y amigos en común contigo. ¿Por qué no quieres volver a intentarlo? ¿Ya estás con otro?

—Eso es algo que no te importa, Luis. Lo nuestro se acabó, no sé a qué has tenido que venir aquí, pero te podías haber ahorrado el viaje.

—Lo siento, yo solo quiero arreglarlo. Te echo tanto de menos, Lisa...

—Es muy tarde ya, Luis. No queda nada que arreglar. Debo volver al trabajo, cuídate.

Lisa, confundida y enfadada, entró de nuevo a la oficina. No se podía creer lo que acababa de pasar. Un compañero la avisó de que alguien la esperaba en la puerta y pensó que quizá se tratase de Berto. Lo que nunca se habría podido imaginar era que su exmarido se fuera a presentar allí, a cientos de kilómetros de Cáceres... Sin embargo, bien pensado, aquello le vino bien: ahora estaba totalmente segura de que aquella relación estaba muerta y de que empezaba a sentir algo por Berto que, por mucho que quisiera evitar, era innegable. Desgraciadamente, él había dejado claro que no quería nada serio y, aunque ella había afirmado que estaba de acuerdo, en realidad era todo lo

contrario. A pesar de todo, ella estaba animada a seguir conociéndole, ir paso a paso y, quién sabe, quizá en un tiempo pudieran estar juntos. La noche anterior había vuelto a disfrutar del sexo como hacía tiempo que no lo hacía y, aunque una parte de ella se arrepentía de haber ido tan rápido, otra estaba encantada con lo que sucedió. Tomó la decisión de llamar a Berto nada más salir del trabajo. A fin de cuentas, no tenía nada que perder.

Pero Berto no cogió el teléfono en toda la tarde... Estaba enfadado, frustrado. Durante unas horas, Lisa le había hecho sentirse especial, pero acababa de darse cuenta de que fue utilizado. Era un simple polvo. ¿Para qué lo llamaba ahora? No pensaba cogerle, es más, la bloquearía en WhatsApp y así cortarían toda la comunicación con ella.

Llamó a Lorena. Necesitaba hablar con alguien y ella era de las personas más sensatas que conocía. Quedaron en el Kaos y le contó todo, su comida de Navidad que acabó en la cama, la llamada de su hermano y lo que vio desde el piso de sus padres.

—A lo mejor te has precipitado, Berto. Dices que te está llamando. Todo puede tener una explicación.

—Vi con mis ojos cómo se besaban. No sé quién sería, pero paso de líos sentimentales.

—Sé que Lisa te gusta, parece una chica maja y no da la impresión de ser de las que va engañando por ahí. Yo hablaría con ella.

—No sé, Lorena. Después de todo lo que he pasado, lo que menos necesito son comeduras de tarro.

—¿Y qué es lo que estás haciendo ahora? Acláralo y, dependiendo lo que te diga, ya tomarás la decisión oportuna.

—Pues a lo mejor tienes razón. Si es que ya sabes que soy de sangre caliente y no razono, jajaja.

—Rio Berto, mucho más tranquilo tras la charla con su amiga.

A Berto las palabras de Lorena le sentaron de maravilla. Tras un par de cervezas, se despidieron de Elena y salieron del Kaos. Acompañó a Lorena a casa y, en cuanto se quedó solo, llamó a Lisa.

—Hola, Berto, te he estado llamando...

—Hola, perdona, Lisa, he tenido lío toda la tarde y luego quedé con Lorena. Tenía que haberte avisado.

—No pasa nada. ¡Uf! No sabes lo que me ha pasado hoy. Resulta que estaba en el trabajo y me dicen que habían venido a verme. Salgo y ¿a que no sabes quién era? ¡Mi ex! Y el muy gilipollas me plantó un beso en todo el morro. ¡No lo abofeteé de milagro!

—Eh... ¿y qué quería? —El corazón de Berto dio un vuelco. ¡Era eso! Definitivamente Lorena estaba en lo cierto.

—¿Pues no va y me dice el tío que quiere volver? ¡Está loco! Vamos, ni de coña vuelvo con él. En fin... ¿Qué tal tu día?

—Bueno, algo liado, he ido al piso de mis padres a recoger. Está enfrente de tu oficina. ¿Para qué me llamaste?

—Quería haber quedado contigo, para tomar algo, pero a lo mejor es algo tarde ya...

—Entre tu casa y la mía hay un bar llamado La Caja, no sé si lo conoces. Podemos tomar algo ahí. Además, tienen buenas hamburguesas, por si quieres cenar.

—Sí, creo que lo conozco. Pues en veinte minutos estoy allí. Vamos, si te viene bien.

—Perfecto. Llegaremos al tiempo. Hasta ahora.

—Adiós, Berto.

Lisa estaba en las nubes. Toda la tarde intentando hablar con él y, cuando pensaba que pasaba de ella, sonó el teléfono. Casi se le cae cuando vio su nombre en la pantalla. Se arregló rápido y

salió camino del bar. No sabía qué le iba a decir exactamente a Berto, pero, si por ella fuera, saltaría a besarlo nada más verlo.

Llegaron casi al tiempo y se saludaron con dos besos en las mejillas, aunque ambos hubieran preferido darse un único beso en los labios. Hablaron en una mesa de nimiedades, mientras cenaban una hamburguesa y bebían cerveza. Al igual que dos adolescentes que se gustan y no se atreven a dar el paso, ninguno de los dos sacaba a relucir el tema por el que ambos habían quedado. Fue Lisa finalmente quien se puso seria.

—No he dejado de pensar en lo de ayer, Berto.

—Bueno... ya somos dos. En realidad, llevo todo el día dando vueltas a lo que pasó.

—¿Sigues enamorado de Belén?

—¿Cómo? No... Me hizo mucho daño, hay cosas que no se pueden olvidar.

—Sé que te hizo daño Berto, pero no te he preguntado eso.

—¿Enamorado? No, Lisa, no estoy enamorado. Si lo estuviera, cuando vino a hablar conmigo hace unos días con la intención de volver, las cosas hubieran sucedido de una manera distinta.

—Ya, pero según me contaste, no fue por su intención, sino lo que te dijo. Si hubiera hablado de una manera distinta a lo mejor ahora estabais juntos.

—El caso es que no lo hizo, y se cargó de un plumazo las pocas posibilidades que pudiera haber, si es que las había. De todas maneras, no sé a qué viene hablar tanto ahora de mi ex, Lisa.

—Porque me gustas Berto. Ayer te mentí. O más bien me mentí a mí misma. Desde que vi tus ojos en el Kaos es como si llevara loca por ti toda mi vida, pero estoy harta de sufrir, de que las cosas salgan mal... Y con todo lo que has pasado y tu ex por el medio, no puedo.

—Joder, Lisa, me encantas, de verdad. Y mi ex es el pasado. Yo podría decir lo mismo de ti: antes vi cómo te besaba Luis. Tengo esa misma sensación, es como si llevase toda mi vida buscándote, pero no tengo ganas ni fuerzas para luchar ni para estar todo el día negando. Quizá no sea nuestro momento, solo eso.

—Puede que sea mejor así. Búscame cuando estés preparado —dijo Lisa mientras se levantaba y salía corriendo del bar.

—¡Lisa, espera!

Berto trató de retenerla, pero Lisa, con los ojos anegados de lágrimas, no quiso escuchar más. Llegó a casa sin dejar de llorar y enfadada consigo misma. ¿Cómo podía ser tan idiota? En lugar de ir paso a paso o tantear el terreno, fue a sacar a relucir a la ex. Esa torpeza y su miedo habían puesto a Berto contra las cuerdas y, muy probablemente, había perdido de un plumazo cualquier probabilidad de acabar con él. Berto por su parte tenía esa misma sensación: quizá fuera el miedo o simplemente que no debían estar juntos. Quizá simplemente no era lo que quería el destino.

Enero

Las Navidades pasaron y ni Berto ni Lisa dieron un paso para volver a hablar. Un poco de orgullo y mucho miedo de dos almas que en los últimos tiempos habían sufrido mucho ofuscaron su mente, impidiendo que dos personas jóvenes que se gustaban fueran capaces de demostrarlo. Ambos eran incapaces de olvidarse del otro, de aquel día de Navidad que acabó con ellos abrazados en la cama tras hacer el amor, pero tan incapaces o más eran de dejar a un lado el miedo y aventurarse en el siempre difícil y a la vez maravilloso mundo del amor.

Lisa se centró una vez más en el trabajo. Los días siguientes a su último encuentro con Berto fueron duros: tenía la sensación de haber perdido algo único. Para el año nuevo sí pudo irse y comer las uvas con su familia, lo que la tuvo entretenida durante unos días, aunque al volver a Torrelavega inevitablemente los pensamientos se volvieron a centrar en Berto.

Había quedado con Bea, su compañera de trabajo para tomar unos vinos y picar algo de comer y, aunque no tenía muchas ganas, se obligó a ir para despejar la mente. Pero hasta su amiga se dio cuenta de que algo no iba bien en la cabeza de Lisa.

—¿En qué estás pensando? Llevas todo el día distraída. Es por un tío, ¿verdad?

—Sí, para qué mentirte. Llevo tiempo con alguien en la cabeza, pero es todo demasiado complicado.

—Uy, cariño, creo que somos nosotros quienes lo complicamos todo. ¿Él te gusta? ¿Tú le gustas? Entonces adelante. Si alguna de las dos respuestas es negativa, es tan sencillo como ir a otra cosa.

—Ojalá fuera así de fácil, ¿no? Pero no lo es. —Lisa estaba en un plan muy pesimista—. Me encanta, creo que a él le gusto también. Pero hay terceras personas. Él hace poco estaba sumido en una depresión, su novia le dejó hace meses y ahora quiere volver...

—¿Y qué dice él a todo esto?

—Bueno, en principio ha dicho que no, pero...

—Pero ¿qué? Si le gustas, ¿dónde está el problema? Déjate llevar Lisa. La vida es más fácil cuando piensas menos.

—Ya, si te entiendo, pero hace dos semanas que no hablamos y él no me ha llamado. ¿Por qué tengo que dar yo el paso? Si no da señales de vida, tan importante no será para él.

—¿Seguro? Él puede pensar lo mismo. ¿Le has llamado tú acaso? No dejes que el miedo o el orgullo hable por vosotros. Inténtalo y, si sale mal, sufre por ello. Ahora estás sufriendo igual y sin saber si puede funcionar. Por cierto, es el chico de Nochebuena, ¿a que sí?

—Sí, el mismo.

—Es un buen chico. Tengo ese presentimiento.

A Lisa cada vez le quedaban menos argumentos, pues a cada pero que ponía, Bea de manera coherente le daba réplica. Al final de la tarde estaba convencida: llamaría de nuevo a Berto e intentaría arreglar lo que, de una manera absurda, habían estropeado la última vez que quedaron.

Solo había habido una tarde de sexo entre ellos, pero al cerrar los ojos podía recordar cada centímetro de su cuerpo, su olor, sus caricias... Con una extraña mezcla de pasión, esperanza y anhelo marchó para casa tras dar las gracias y despedirse de Bea.

Casi al tiempo que Lisa llegaba a su casa, Berto lo hacía al Kaos. Quedó allí con David y María, y muy seguramente a lo largo de la noche se uniría José, quien rara vez decía que no cuando de tomar copas se trataba. Berto había pasado unas navidades raras. Desde la Nochebuena en que sus amigos se presentaron por sorpresa en su casa para cenar, tenía un enorme racimo de sentimientos encontrados. Por un lado, estaba el agradecimiento y cariño infinito hacia ellos, más pendientes que nunca de él en unas fiestas que podían ser demoledoras para quien no está de humor. Luego el enfado y rencor hacia Juan, su hermano, a quien acababa de mandar una transferencia por la mitad del valor del piso de sus padres. También sentía rencor e incluso desprecio por Belén. Su ex seguía con su particular acoso, intentando comenzar una relación que Berto ya daba por muerta. Y por último estaba el cariño, deseo, anhelo y temor entremezclado que sentía cada vez que pensaba en Lisa, de quien no había vuelto a saber nada desde el día que salió corriendo de La Caja.

Aunque deseaba llamarla, verla de nuevo y, sobre todo, besarla, Berto se había propuesto olvidarse de ella y trataba en todo momento de hacerlo. Por ello, cuando sus amigos le preguntaron por Lisa, les dijo que era pasado.

—No creo que volvamos a verla. Fue un lío y ya está.

—Vale, si tú lo dices... al final te engañas a ti mismo Berto, pero tú sabrás —sentenció David, quien conocía de sobra a su amigo y sabía que no era cierto—. Elena, pon aquí un par de birras y una Cola Zero para María, que dice que quiere comenzar el año en plan abstemio.

—Bueno, ya está bien. ¿Cuándo pensáis darme la buena noticia? ¿Os pensáis que soy gilipollas o qué?

—Ja, ja, ja, ¿Lo ves David? Te dije que este ya lo sabía. —María se echó a reír liberada, al no tener que seguir fingiendo.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde Nochebuena. Me extrañó que no tomase alcohol. La excusa de los antibióticos no coló: los hubiera tomado después de cenar. Además... joder, le han crecido las tetas, las caderas... Y vale, decir no decíais nada, pero cada dos por tres se te van las manos a su tripa con una sonrisa en la boca David.

—Maldito observador. Si no puedes cambiar un cuadro de casa sin que el mamón este se dé cuenta. ¡Elena! Saca el champán que tenemos que brindar. Tú, cariño, puedes hacerlo con champán si quieres. —David estaba exultante y también liberado. Mentir a su amigo no le gustaba nada.

—Sí, riéte ahora... cuando deje de darle el pecho, voy a salir a liarla parda... mientras tú te quedas aguantando los llantos del pequeñín.

—Bueno, siempre podremos dejárselo al padrino —dijo David sonriendo y mirando a Berto.

—Eh, no, no. David, no me jodas.

—¿No te hace ilusión?

—Joder, claro que me hace ilusión, pero no me lo esperaba.

—¿Y quién mejor que tú, tontorrón? Eres el mejor amigo de esta pareja. —Elena, que conocía de sobra las intenciones de David y María, se lo estaba pasando en grande.

—Bueno, entonces, ¿habemus papa? —David sabía la respuesta, pero quería ver reír a Berto.

—Habemus, habemus... ja, ja, ja. Joder, muchas gracias, familia. Me habéis alegrado el día.

Berto estaba exultante. Ser padrino del hijo de David y María era para él un notición. A pesar de

que sabía que David siempre lo hubiera elegido a él, María tenía tres hermanos, además de un buen puñado de primos, y pensó que estaba muy atrás en la cola para tener tal honor. Hablaron relajados y festejaron durante varias horas. A ellos se unió José a lo largo de la noche. Después de varias cervezas, fue él quien sacó a relucir un tema que era la comidilla de los amigos desde el día de Nochebuena.

—Bueno, qué, ¿ya te has tirado a Lisa?

—Joder, José, eres un puto bestia, además de un cotilla. Pero para tu información te diré que ya forma parte del pasado.

—¿Por qué? —insistió.

—Porque sí. ¿Te hacen falta motivos?

—Hombre, Berto... A ti te gusta y mucho, eso es evidente. A ella también. Habéis quedado varias veces, si dices que es parte del pasado habrá algún motivo, pero no será porque ella no te guste.

—A veces hay que dejar tiempo y espacio, José. Yo creo en el destino, si nos quiere unir, nos unirá, de lo contrario, guardaré un bonito recuerdo. Hay veces que no merece la pena luchar, sufrir... Quizá mañana nos crucemos y sintamos la necesidad de abrazarnos, de besarnos hasta que se pare el tiempo, pero ahora es mejor dejar las cosas como están.

—Pero te gusta, ¿por qué dejar espacio? ¿Por qué no luchar?

—Son muchas cosas... no tengo ganas de luchar. No soportaría otro fracaso en este momento.

—Estás renunciando a Lisa. —Ahora era María quien azuzaba a Berto—. Estás renunciando a saber si es el amor de tu vida.

—No. Estoy renunciando a sufrir. Quizá sea ella quien haya renunciado a mí.

—Por lo que yo sé, Berto —apuntó Elena—, el que renuncias eres tú. Ella tiene miedo, pero te adora.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó un sorprendido Berto.

—Conozco a Bea, la compañera de trabajo de Lisa, con la que estuvo aquí el día que la conociste. Ayer estuve con ella y no sé ni cómo salió el tema.

Elena contó a los amigos que Bea le contó que desde el día que Lisa se quedó en el Kaos hablando con Berto estaba muy rara, siempre distraída. Tenía pinta de estar enamorada y había veces que se le veía en una nube, mientras que otras su cara era todo un poema.

—Bueno, podría ser, no sé... Nos ilusionamos demasiado pronto y no debió ser así. Quizá tenga solución, pero yo ahora necesito algo de tiempo...

—Trágate tu orgullo Berto. —Ahora era María quien trataba de convencer al futuro padrino de su hijo—. Es una chica encantadora y se la ve muy noble.

—Joder, la conocéis de un día y ya parece que es amiga vuestra de toda la vida. Ya sabré yo lo que hacer, ¿no? —Berto fingió estar enfadado para acabar la conversación, aunque ninguno en el grupo le hizo mucho caso, salvo José.

—Venga, vale, si no follamos, bebamos. ¡Elena, otra ronda guapa!

Acabada la discusión, la fiesta continuó entre cervezas, cubatas y partidas de dardos hasta que llegó la hora del cierre. A pesar de las protestas de José, ninguno de ellos quiso quedarse y cada uno se fue a su casa. Berto no pudo evitar volver a pensar en Lisa, en su sonrisa, en su lengua que cuando cogía carrera no sabía parar de hablar, en sus besos y caricias... pero sobre todo en sus ojos. Aquellos dulces ojos que tanto le gustaban y parecían tan familiares... Y de repente, Berto recordó. «¡No puede ser! ¿Ella?». Aceleró el paso: tenía que llegar a casa y confirmarlo.

Apenas durmió Berto aquella noche. El descubrimiento que acababa de hacer le tenía en vilo.

«Creo en el destino. Si nos quiere unir, nos unirá». Solo unas horas antes había dicho aquellas palabras y ahora se daba cuenta de que el destino les había puesto muchos años después en la misma ciudad, en el mismo pub. «Quizá lo quiso el destino», se decía a sí mismo cada vez que algo salía mal. «Quizá la haya traído a Torrelavega por algo», pensaba ahora, convencido de nuevo en dar una oportunidad a su relación con Lisa.

Tenía comida con Lorena, hacía unos días que habían reservado mesa en un restaurante de Bárcena Mayor donde ponían una fabada con venado que era una delicia, pero a Berto se le habían quitado las ganas de ir: solo quería ver a Lisa. Aun así, jamás dejaría tirada a su amiga y mucho menos con comida de por medio, uno de los placeres de ambos.

Camino del restaurante, casi a una hora en coche desde Torrelavega, Berto le contó su descubrimiento. Lorena escuchó la historia que se alargó hasta llegar a Bárcena Mayor. Aparcaron el coche y se dirigieron hacia el restaurante donde tenían hecha la reserva.

Situado en el municipio de Los Tojos, Bárcena Mayor es uno de esos pueblos con encanto, metido entre montañas y con menos de cien habitantes. Con casas de piedra, flores en los balcones y totalmente rural, vive del campo y sobre todo del turismo, con varios restaurantes que, aunque abren todo el año, esperan como agua de mayo la temporada alta, donde no tienen problema en llenar cada día sus comedores, gracias a la comida autóctona, platos abundantes, precios asequibles y carnes exquisitas. No faltan tiendas típicas donde comprar un buen chorizo de ciervo, quesadas y decenas de artilugios más o menos tradicionales de la zona. La carretera se acaba al llegar el pueblo y cuenta con un aparcamiento a las afueras, ya que está prohibido estacionar el coche en toda su extensión, aunque siempre hay quien se salta la prohibición y acabas encontrando varios coches de turistas entre medias de los propios de la gente del lugar. Un suelo empedrado, unas maravillosas vistas hacia los montes de robles y hayas que lo bordean y la tradición que habla de él como el pueblo más antiguo de Cantabria hacen de Bárcena Mayor un paraje natural indispensable en la ruta de cualquier turista que visite la región.

Habían llegado pronto y, aun así, ya tenían la mesa lista en una terraza con cristaleras, ideal para fumadores puesto que, aunque estaba al aire libre, varias estufas calentaban el ambiente y la temperatura era muy agradable. Comenzaron a degustar un vino tinto mientras elegían menú: fabada con venado y chuleta de vaca tudanca para Berto, cocido montañés y lechazo al horno para Lorena. Como siempre, la conversación entre aquellos dos amigos que más de uno confundía con pareja era de lo más amena, aunque había un tema del que hablar:

—Después de lo que me has dicho, ya estás tardando en llamar a Lisa. —Lorena lo tenía muy claro.

—Lo haré, en cuanto estemos en Torrelavega.

—Siempre has dicho que crees en el destino Berto. Yo no lo tengo tan claro, pero si es cierto, mayor prueba que esto no la tendrás jamás.

—Sí, y es por eso por lo que no quiero dejarla escapar. Ahora sé que Lisa es la mujer con la que soñé tantos años. Esos ojos... sabía que eran familiares. ¡Es ella, Lorena!

—Pues ya sabes... Eso sí, a Elena no sé yo si le hará mucha gracia...

—¿Elena? ¿Qué tiene que ver ella en todo esto?

—No me digas que no te has dado cuenta aún... está coladita por ti.

—¡Qué dices! No te lo crees ni tú.

—Desde antes de que te dejase Belén. Lo que pasa que ha estado esperando a ver si la olvidabas, pero ya ves, se le adelantaron.

—Me dejas de piedra. ¿Hablas en serio? Ayer mismo estaba animándome a intentarlo con Lisa.

—Porque Elena es así: un cacho de pan. Y en cierto modo me duele, porque creo que haríais una estupenda pareja. Pero uno no elige de quién se enamora.

Berto se quedó estupefacto. Hacía unos cuantos años que conocía a Elena, una chica preciosa y de lo más dulce. Poseía uno de los mejores cuerpos de Torrelavega. No en vano, había ganado varios concursos de belleza. Ciertamente era que, como la mayoría de los hombres que paraban en el Kaos, había fantaseado alguna vez con tener una noche de sexo con ella, pero nunca imaginó que tuviera opción alguna. Ni siquiera meses atrás, cuando en un Kaos totalmente vacío Berto entró a meter unas cajas al almacén y vio a Elena en ropa interior, tuvo sensación alguna de que ella tuviera ningún tipo de sentimiento hacia él. Además, le extrañaba enormemente que, estando enamorado de él, como afirmaba Lorena, Elena le animase a intentarlo con Lisa. Aquello le dio que pensar.

Degustaron la fabada con venado y el cocido montañés, uno de los platos típicos por excelencia de Cantabria, realizado con alubia blanca y berza junto a morcilla, chorizo y cerdo (costilla, oreja, manos...), así como el lechazo y la chuleta de vaca tudanca, una raza tradicional cántabra con un sabor exquisito. Tras semejante manjar, aún les quedó hueco para sendos arroces con leche caseros y, para facilitar la digestión, no faltó el buen orujo de Potes. Hablaban sin parar y, ya en la sobremesa, salió otro de los temas estrella de aquellas fechas para el grupo.

—Cómo os callasteis todos lo del embarazo, ¿eh? —reprochó de manera amistosa Berto a Lorena.

—Yo no estaba de acuerdo, Berto, pero como siempre habías querido tener hijos y andabas depre, David y María quisieron esperar a acabar la Navidad.

—Pues no les salió muy bien, el mismo día de Nochebuena me di cuenta. Además, me alegré un montón. ¿Qué pensaban?, ¿que iba a sentir envidia? ¡Es absurdo!

—Ya, Berto, pero ponte en su lugar...

—No, si sé que lo han hecho con la mejor intención. Además, voy a ser el padrino... ¡qué ganas de que nazca!

—Ja, ja, ja pues te falta un poco para eso. Mira, a lo mejor al bautizo llevas compañía...

—Bueno, si no, vas tú como mi pareja, que ese día promete.

—Yo siempre puedo ir de pareja con José, o cada uno por libre, pero a ti te toca ir en compañía.

—¡Pero vaya manía que os ha entrado a todos con emparejarme! —Se hacía el enfadado, pero en realidad a Berto no le desagradaba para nada la idea: estaba totalmente decidido a intentarlo con Lisa.

—Chiquitín, es que te queremos mucho y eres un poco desastre viviendo solo.

—Puede ser... Bueno, va siendo hora de bajar esta tripada.

Pagaron y salieron del restaurante. Al final del pueblo hay un puente que cruza el río Arjona. Tras él, aparece un camino que utilizan cientos de senderistas en verano. Sin embargo, en aquella época del año estaba vacío, aunque, gracias a unos cuantos días de buen tiempo, estaba en fantásticas condiciones para pasear. Caminaron hasta que casi se hizo de noche, hora en la que se dirigieron hasta el coche y pusieron rumbo de nuevo a Torrelavega. Al poco de salir de Bárcena Mayor, cerca ya de Correpoco, el móvil de Berto comenzó a sonar, recibiendo WhatsApp y llamadas perdidas que no había podido atender hasta ese momento. Era otro de los encantos de aquel lugar: hay tan poca cobertura que prácticamente estás incomunicado.

Ya de noche cerrada llegaron a Torrelavega. Berto dejó en su casa a Lorena y partió hacia la suya. Miró el móvil nada más llegar: un par de llamadas de trabajo, dos de Lisa y varios WhatsApp, siendo uno el más importante, cómo no, de Lisa. «Hola Berto, ¿qué tal? Me gustaría

hablar contigo. ¿Me llamarás cuando puedas? ¡Besos!». Llamó al instante.

—Hola, Berto. Pensé que ya no llamarías.

—Hola, Lisa, ¿qué tal? Perdona por no llamarte antes. He estado de comida en Bárcena Mayor y acabo de llegar. Allí no hay cobertura y acabo de ver tus llamadas.

—No pasa nada. Verás... creo que debemos hablar. Me quedé con muy mal sabor de boca el último día.

—Bueno, te fuiste corriendo, yo no me quedé mucho mejor, pero tienes razón, yo también quiero hablar contigo.

—Perfecto, ¿cuándo podríamos quedar?

—Cuando mejor te venga. Ya sabes que mi trabajo me deja mucho tiempo libre. —Berto tenía un pequeño negocio en casa de gestión de páginas webs y le daba mucha libertad en cuanto a tiempo.

—No es muy tarde... ¿Has cenado ya? Podíamos quedar después de cenar.

—¿Qué te parece si vienes a mi casa, Lisa? Tengo unas setas que iba a cenar solo, pero puedo hacer un revuelto con ellas y unas gambas si te apetece.

—Si tú quieres, por mí no hay problema. Tengo que ducharme, son casi las ocho, ¿quedamos a las nueve y media?

—Por mí perfecto, Lisa, a las nueve y media.

—De acuerdo, hasta luego.

Berto no estaba tan nervioso antes de quedar con una chica desde el instituto. «Es absurdo», se decía. Pero no podía evitar tener ese hormigueo en el estómago que se tiene momentos antes de decir algo importante. Se dio una ducha rápida y recogió un poco la casa. Lisa llegó puntual y a Berto le pareció que estaba maravillosa. Se había alisado el pelo, sus ojos color miel brillaban más que nunca y su eterna sonrisa iluminaba la habitación.

—Hola, Lisa, estás guapísima. Bienvenida de nuevo.

—Gracias, tú también estás muy guapo, je, je, je. Y huele fenomenal.

—Es el revuelto, está casi terminado. Si te sientas en la mesa del salón, en un par de minutos lo llevaré.

Lisa fue hacia el salón y quedó sorprendida. «Vaya, parece que se quiere currar una bonita cita». El salón de Berto se dividía en dos partes bien diferenciadas. Al entrar por la puerta, a mano izquierda, había un sofá tipo *chaiselong* haciendo esquina, la pared que quedaba al lado era una enorme cristalera, por lo que la estancia siempre estaba muy bien iluminada. Enfrente del sofá había un armario de lado a lado de la pared y justo enfrente de la puerta una mesa de comedor que, ya sin abrir, podía servir sin problemas para cuatro o cinco comensales. Berto había puesto un mantel de tela blanco y rojo. Sobre él, un jarrón con un par de rosas, además de dos copas de vino y una botella de un buen Ribera de Duero reserva 2011. Platos, servilletas y cubiertos completaban una mesa para dos preparada con sumo cuidado.

—Vaya, es precioso, Berto —alabó Lisa cuando él llegaba con la comida.

—Bueno, hay que cuidar a los invitados, ¿no? Espero que te guste el revuelto. Iba a preparar un postre, pero no me ha dado tiempo.

—Ja, ja, ja, bueno, bueno. No me malacostumbres que soy capaz de venir a cenar todos los días.

—Todo es negociable, ja, ja, ja.

Hablaron animadamente mientras cenaban y bebían vino. Ambos estaban nerviosos y parecía que ninguno de los dos se atrevía a sacar a relucir el tema por el que realmente estaban allí: arreglar su situación sentimental. Pero el vino fue haciéndoles efecto y la vergüenza acabó por desaparecer y, ya de sobremesa, Berto dio el primer paso.

—Lisa, ¿crees en el destino?

—Difícil pregunta. No sé qué decirte. A veces pienso que sí, que hay algo que nos une, pero también creo que cada uno somos los verdaderos dueños de nuestro destino. ¿Por qué lo preguntas?

—Yo siempre he creído que la mayor parte de las cosas pasan por algo. Que, si una pareja tiene que estar junta, tarde o temprano lo estará. Cuando era un crío pensé que a la mujer de mi vida ya la conocía, que ya estaba enamorado de ella, pero aún no lo sabía. Luego vino Belén... Y sí, la he querido con locura, aunque en más de una ocasión pensé que tarde o temprano acabaría. Al final ha sido así y creo que también tengo razón en lo de que ya conocía a la mujer de mi vida.

—Ah, ¿sí? Entonces, ya sabes quién es... —Lisa se mostró tremendamente decepcionada. Si Berto ya conocía de toda la vida a esa chica, estaba claro que no era ella...

—Eso espero. De lo que estoy seguro es de que quiero intentarlo. Espera un momento.

Berto salió del salón y en ese momento Lisa estuvo tentada de salir corriendo de allí. No entendía nada y aquello parecía una broma de muy mal gusto. Había ido muy ilusionada a la cena, creyendo que Berto y ella tendrían una nueva oportunidad, y ahora parecía que Berto solo quería poner espacio entre los dos. Tenía un nudo en la garganta y estaba al borde del llanto, Lisa nunca había sentido algo así por un chico en tan poco tiempo. Mientras trataba de consolarse, volvió Berto portando algo entre las manos. Cuando Lisa vio de qué se trataba, no pudo evitar ponerse de pie de un salto mientras daba un grito de sorpresa.

Entre las manos, Berto tenía una vieja foto, de unos veinte años. En ella se veía a cuatro niños y una niña en una playa... y la niña era la propia Lisa. Sorprendida, recordó sus veranos en Cantabria y las veces que fue con sus padres a Oyambre, un lugar que por aquel entonces le parecía paradisiaco. Recordó haber jugado con un chico que le pareció guapísimo y que para ella fue su primer amor... aunque solo se dieron un inocente beso el último día de aquel verano. Y resulta que aquel chico era Berto. Ahora entendía por qué aquellos ojos le resultaban familiares.

—Lisa, el día que nos vimos en el Kaos había estado ojeando un álbum de fotos lleno de fotos viejas con mis padres y mi hermano. Estuve viendo esta foto precisamente, tratando de recordar quién era esa chica de ojos color miel. Sin embargo, no te reconocí en el pub. Obviamente han pasado muchos años y los dos hemos cambiado... Pero ayer estaba pensando en ti y, de repente, todo me vino a la cabeza: aquel verano en que coincidimos, aquellos ojos y aquel primer y único beso. Yo te llamaba «Ojos bonitos» y tú a mí...

—«Cara linda» —cortó Lisa.

—Exacto. Por aquel entonces no éramos ni Berto ni Lisa, por eso al reencontrarnos nuestros nombres no nos sonaban. Pero ayer, pensando en tus ojazos color miel, me vino a la mente... «Ojos bonitos». Y recordé una promesa que te hice hace 20 años. Algún día volveré a besarte, ojos bonitos, y serás mía para siempre. —Lisa tenía lágrimas en los ojos y comprendió que aquel era el hombre con el que llevaba toda su vida soñando.

Berto agarró por las caderas a Lisa y, atrayéndola hacia él, le dio uno de esos besos que quedan en la memoria de por vida. Sin prisa y con una pasión desbordante, ambos fueron desnudándose, acariciándose, recorriendo y conociendo cada milímetro del cuerpo del otro, fundiéndose en un abrazo eterno. Volvieron a hacer el amor, aunque en esta ocasión se afanaron en conocer sus cuerpos, en descubrirse mutuamente hasta alcanzar el clímax más intenso de sus vidas. Tras ello, ambos cayeron en un profundo y liberador sueño, siendo aquella la primera de muchas noches compartiendo cama.

Abril

Berto se despertó a las ocho de la mañana el veintitrés de abril. Sintió el cuerpo caliente de Lisa junto al suyo y sonrió: habían pasado tres meses y medio desde que comenzaron a salir y podía decir que aquel tiempo era lo mejor de su vida. Si bien es cierto que todas las relaciones al principio suelen ser maravillosas, cada vez estaba más convencido de que Lisa era su alma gemela. Nunca se había enamorado tan rápido, ni tenido una conexión tan grande con nadie como la que tenía con Lisa.

Aquellos meses pasaron muy rápido para ambos. Se veían prácticamente a diario y, aunque Lisa mantenía su piso de alquiler para mantener cierta independencia y no ir demasiado deprisa, cada vez eran menos frecuentes las noches que pasaba en él. La relación iba viento en popa y además Lisa caía muy bien entre los amigos de Berto, quienes estaban encantados de ver de nuevo feliz a su íntimo amigo. El único pero, si lo había, era Belén, quien de vez en cuando aparecía pidiendo perdón y rogando una nueva oportunidad, algo que Berto siempre rechazaba.

Se levantó sin hacer ruido, ya que no quería despertar a Lisa. Le estaba preparando una sorpresa, pues era su cumpleaños. Bajó tras vestirse a una pastelería cercana, donde tenía encargados unos pasteles con el nombre de Lisa y volvió rápido con ellos y chocolate de beber, todo un vicio para ella.

—Feliz cumpleaños, Ojos bonitos. —Apareció Berto en la habitación despertando a Lisa y portando una bandeja con los pasteles y el chocolate.

—Gracias... ¿Qué traes ahí? —Lisa, aún medio dormida, contestó a Berto—. ¡Oh! ¡Muchísimas gracias cielo! Me encanta el chocolate.

—Lo sé. Y gracias a ti por hacer de estos meses los más felices de mi vida. Treinta y un añitos... Te me haces mayor. —Berto bromeaba entusiasmado.

—¡Tonto! Pero sigues siendo más viejo que yo. Mmm... estos pasteles están de vicio.

—Vamos, arréglate, que te esperan muchas sorpresas. —Berto animó a Lisa a levantarse cuando acabaron el succulento desayuno.

—Vaya, yo pensaba que esto era el aperitivo... —Lisa, desnuda, provocó a Berto, intentando comenzar el día con una ardiente sesión de sexo.

—Es muy tentador, cielo, pero resistiré hasta más tarde. Quiero que hoy sea un día especial.

—Y lo será, pero es mi cumpleaños y mando yo.

Lisa sabía que Berto no iba a resistir mucho a sus caricias. Lo besó, al tiempo que sus manos recorrían su cuerpo en dirección a su pene, que no tardó en ponerse erecto. Estaba muy excitada y su vagina ardía en deseos de sentir a Berto en su interior. A horcajadas sobre él, Lisa insertó el miembro de Berto en su mojada cavidad y comenzó a cabalgarle. Siempre fue muy activa sexualmente, aunque nunca tanto como desde que estaba con Berto. Lo amaba profundamente y eso hacía que sus relaciones sexuales alcanzasen otro nivel. Clavando sus uñas en la espalda, Lisa llegó al orgasmo entre gemidos, mientras él disfrutaba con sus firmes pechos. Cambiaron de postura, ahora era él quien estaba encima y la miraba a los ojos. Para él no había en el mundo visión más bella que ver a Lisa, sus bellos ojos color miel y su eterna sonrisa mientras disfrutaba con su pene dentro. Supo que no tardaría en venirse, por lo que aumentó sus movimientos al tiempo que mordía ligeramente el cuello de Lisa, lo que sabía que la volvía loca, alcanzando el clímax de forma mutua y dejando a la pareja exhausta.

—Eres lo más maravilloso del mundo, Lisa. Sé que solo son tres meses los que llevamos juntos, pero estoy perdidamente loco por ti.

—Yo siento que llevo enamorada de ti toda mi vida, cielo. Ojalá esto no acabe nunca. —Lisa adoraba a su amada pareja, pero a la vez le aterraba pensar que aquellos momentos pudieran tener

un final.

—Nunca acabará, Ojos bonitos. Ahora ve a arreglarte. Debemos marchar.

Aunque sin muchas ganas de moverse de su lado, Lisa fue al baño a ducharse. Allí tenía otra sorpresa preparada. La bañera llena de pétalos y sales minerales, un ramo de doce rosas rojas sobre el lavabo y una nota que Lisa apresuró en leer.

Hola, Ojos bonitos. Hoy cumples treinta y un años y quiero brindarte un día inolvidable. Cuando volvimos a coincidir la pasada Nochebuena, después de veinte años, me aterró. El miedo me paralizó porque, sin saber que eras tú, sentí la necesidad de amarte. Como sabes, venía de una época dura y no quería complicaciones. No pensé que la paz que llevaba tiempo buscando la traerías contigo, ni que se pudiera querer tanto y tan rápido como te quiero, Lisa. Debo estarte agradecido, porque me has enseñado de nuevo a reír, a querer y a confiar. Pero sobre todo debo darte las gracias por quererme. Espero que hoy tengas un día inolvidable y que solo sea el primero de muchos cumpleaños que pases a mi lado.

Ver tu infinita sonrisa cada mañana me hace afrontar el día con ilusión. Cada mensaje, cada llamada, cada roce... cada segundo a tu lado me siento el hombre más rico del mundo. Porque tú me completas, vida mía, y espero seguir siendo tuyo el resto de mis días. Feliz cumpleaños.

Berto se había acercado a la puerta del baño a ver a Lisa y se la encontró leyendo su nota desnuda, sonriente y con lágrimas de felicidad resbalando por sus sonrojadas mejillas. Ella se giró y se abalanzó a besarlo.

—Gracias, amor. Todo es precioso. Ven, báñate conmigo.

—Vale, pero no me metas mano que nos conocemos, ja, ja, ja. No quiero llegar tarde.

—¿A dónde? —Lisa no tenía ni idea de lo que le esperaba aquel día.

—Ya lo verás. —Pero Berto no estaba dispuesto a desvelar sus sorpresas.

No tardaron en bañarse ni en arreglarse y salieron de casa, Berto entusiasmado e impaciente, Lisa intrigada y divertida. Montaron en el coche y él condujo dirección Santillana del Mar, por lo que Lisa supuso que pasarían el día en las calles empedradas de aquel bonito paraje, pero Berto se desvió camino de Ubiarco, llevándola hasta la playa de Santa Justa, un paraje idílico y vacío en aquella época del año.

Santa Justa es un pequeño rincón a orillas del mar Cantábrico que debe su nombre a una bella ermita empotrada en las rocas. A pesar de ser muy pequeña, pues apenas cuenta con unos cien metros de ancho, es muy concurrida en época estival y famosa por su tremenda belleza y fuerte oleaje.

—Vaya, Berto... este lugar es precioso. No lo conocía.

—Lo suponía. —Berto se alegró al ver que había acertado—. En verano se llena de gente, pero ahora está vacío y resulta un paraje casi mágico.

—Es cierto. No habrás traído una tortilla para comer para recordar nuestra infancia, ¿verdad?

—Ja, ja, ja. No, tranquila. Solo hemos venido aquí para darte esto.

Ante la sorpresa de Lisa, Berto sacó de los bolsillos un paquete envuelto en papel de regalo. Ella lo abrió nerviosa y boquiabierta descubrió una fina gargantilla de oro amarillo con una piedra brillante en forma de corazón. Aquello debió de costarle una fortuna.

—Una joya preciosa entregada en un paraje bello a la mujer más hermosa de la faz de la Tierra. Feliz cumpleaños, cariño.

—Berto... —Lisa apenas podía articular palabra—. Esto es precioso. No tenías...

—¿Que comprarlo? Por suerte el dinero no me hace falta. Me encantó nada más verlo y supe que era para ti. Déjame ponértelo —cortó Berto, cogiendo la gargantilla y colgándosela al cuello.

—Me vas a acostumbrar mal. Comienzas muy fuerte, cielo. Seguro que dentro de veinte años se te olvidará mi cumpleaños y tendré que enfadarme. —Lisa bromeaba entusiasmada.

—Ojalá sea así, porque eso significará que sigues a mi lado. Aunque estoy convencido de que jamás olvidaré un 23 de abril.

—Te quiero, Berto.

—Y yo a ti, Ojos bonitos.

Desde Ubiarco, la feliz pareja marchó hacia Comillas donde, tras visitar el pueblo, comieron en uno de sus restaurantes. Nada más terminar cogieron nuevamente el coche y Berto paró en Oyambre, a pocos kilómetros de donde habían comido. Lisa no estaba allí desde su infancia y se encontró una ría muy cambiada a lo que ella recordaba. 20 años antes, a mano izquierda del camino que llevaba hasta la playa se encontraban varios árboles que daban sombra y cobijo a los muchos veraneantes que frecuentaban aquel lugar. Todo aquello había desaparecido y se encontraba desolado e inundado. Lisa no sabía que años atrás rompieron las presas que mantenían a salvo aquel pequeño bosque, acabando casi en su totalidad con la vida vegetal que allí abundaba. Lo que no había cambiado era la ría que dejaba paso, sobre todo en bajamar, a una bella playa sin oleaje que tanto gustaba a los niños por el poco peligro que allí se encontraba.

—Fíjate, Lisa, fue allí mismo donde nos conocimos, ¿recuerdas? —Berto señaló al fondo, justo donde acababa la arena y empezaba el verde, lugar donde muchos años antes un par de niños jugaron.

—Sí, y ese camino lleva a la playa de verdad... aún recuerdo la bronca de mi madre cuando fui sola hasta ella.

—En esa playa estuve yo a punto de ahogarme hace diez años. Es muy peligrosa y las resacas son bestiales. —Berto narró a Lisa una ocasión donde la mar cambió en cuestión de minutos y gracias a su experiencia como nadadores tanto David como él consiguieron llegar a la orilla exhaustos pero sanos y salvos.

—Qué recuerdos. Veníamos todos los veranos, pero el año que te conocí fue el último.

—Pero ahora ya estamos juntos, y espero que sea para siempre. Toma, esto es para ti. —Berto entregó un nuevo regalo a Lisa quien, sorprendida, estaba encantada con todas las sorpresas de aquel día.

—¡Oh! ¿Otro más? Gracias, cariño.

Desenvolvió su nuevo presente: un libro personalizado que recopilaba alguno de los poemas favoritos de Berto, amante de la poesía al igual que ella. En la primera página, una dedicatoria especial:

Y entonces me enamoré de ti. Me enamoré de tus ojos, de tu sonrisa, pero sobre todo me enamoré de tu alma. De las noches compartiendo risas, de tus buenos días por la mañana, de tu fortaleza. Quiero estar siempre a tu lado, apoyarte y amarte de tal manera que cuando nos vean juntos envidien nuestra pasión. Me enamoré de ti y solo quiero ver tu sonrisa cada mañana, saberte feliz, pues tu felicidad es mi mayor alegría.

Una vez más, Lisa no pudo evitar que las lágrimas corriesen por sus mejillas. Nunca se había sentido tan dichosa. Jamás nadie había cuidado de ella como lo hacía Berto. Todo el miedo que sintió al comienzo de la relación, cuando no sabía si estaba dando los pasos correctos, había desaparecido por completo. Besó a su novio y lo abrazó con pasión. Tras unos instantes regresaron al coche y, avanzada la tarde, regresaron a Torrelavega. «Ha sido un día increíble, pero el broche final lo voy a poner yo. Después de cenar le voy a hacer el amor como si no hubiera un mañana. El día de hoy no lo voy a olvidar nunca, pero Berto tampoco». Lisa pensaba

en cómo quería que fuera aquella noche y poco a poco se fue calentando. Cuando llegaron al portal, su ropa interior estaba ya mojada y ardía en deseos de sentir a Berto dentro de ella. «A lo mejor la cena puede esperar». Ansiaba hacer el amor con él, pero el día no había acabado: aún le quedaba una última sorpresa.

Entró en casa y fue hacia el salón y el susto que se llevó fue tremendo cuando oyó un «Felicidades» al unísono de varias bocas. Allí estaban Lorena, José, David y María que se habían afanado en preparar una magnífica fiesta sorpresa con la complicidad de Berto. Le entregaron regalos, bebieron vino y cenaron pizza acabando ebrios ya de madrugada. Fue un día magnífico en el que Lisa se sintió muy afortunada.

Nada más quedarse a solas la feliz pareja se fue al dormitorio, donde una vez más hicieron el amor cayendo finalmente rendidos en un profundo sueño. Eran días muy felices para Berto y Lisa y cada día que pasaba se sentían más enamorados el uno del otro.

Septiembre

A las 8 de la mañana sonó el despertador en casa de Lorena. Aquel día era muy importante para sus amigos David y María, pues bautizaban a su hija Alicia. Berto era el padrino y la madrina Laura, la hermana pequeña de María. Lorena, al igual que Elena, José y por supuesto Lisa, la novia de Berto, estaba invitada a la ceremonia y al banquete posterior. Ella era atea y no le hacía especial ilusión toda la parafernalia que conllevaba aquello, pero tenía muy claro que no podía fallar a sus amigos.

A las nueve estaba citada en la peluquería. Había quedado con Lisa y Elena e iban a ir las tres juntas. Lorena no acababa de sentirse cómoda en compañía de las dos chicas. Ambas estaban locas por Berto, pero mientras Lisa llevaba varios meses con él, Elena sufría su amor en silencio desde hacía años. Ser la única del grupo que lo sabía no ayudaba precisamente a Lorena. Unos días atrás estuvo hablando con la camarera del Kaos y la conversación no era para nada esperanzadora.

—No puedo quitármelo de la cabeza, Lorena. Pasan los años y cada día lo quiero más. He llegado a plantearme irme de Cantabria para tratar de olvidarlo.

—No sé si es buena idea, pero realmente veo muy difícil que algún día acabéis juntos. Tienes que olvidarlo o acabarás loca. Quizá no sea lo que quieres oír, pero ya sabes que yo siempre voy con la verdad por delante.

—Lo sé. —Elena estaba al borde de las lágrimas—. Por eso mismo es por lo que me quiero marchar. Lisa y él son una pareja perfecta, se quieren... y ella es un encanto. Después del bautizo de Laura cojo vacaciones y me iré un par de semanas a Sevilla. Ahí me plantearé qué hacer.

Ahora una vez más iban a coincidir. A pesar de estar enamoradas del mismo hombre, Lisa y Elena se llevaban muy bien, lo que era aún más chocante. Solían hablar bastante e incluso alguna vez habían quedado juntas para ir de fiesta. Sin embargo, a Elena le cambiaba la cara cuando Berto estaba con ellas y Lorena era la única que parecía darse cuenta de que, aunque sus labios sonreían, los ojos de la chica tenían una mirada triste y llena de melancolía. Llegó a la peluquería y allí estaban sus dos amigas conversando como si nada. «Es increíble la fortaleza de esta chica. Yo me hubiera apartado hace mucho tiempo», pensaba Lorena mientras se acercaba.

—¿Qué tal, chicas? —Saludó al llegar a su lado—. ¿Preparadas para la juerga?

—Uf... yo de ganas me hubiera quedado en casa. No me encuentro nada bien —se quejó Lisa, explicando que se había levantado con dolor de cabeza y una ligera sensación de mareo.

—Debe de ser el viento sur que nos pone a todos la cabeza... —afirmó Elena.

—Bueno, espero que no sea nada. Si necesitas, tengo Ibuprofeno en el bolso. —Ofreció Lorena

—. Vamos a entrar que al final llegamos tarde.

Las tres chicas se peinaron y bromearon con los peluqueros. De allí marcharon a tomar un café a casa de Lorena, donde terminaron de arreglarse. Berto y José esperaban en la iglesia parroquial de Tanos, pueblo de Torrelavega donde vivían David y María y donde también iba a ser bautizada su hija Alicia. Juntos entraron a formar parte de una bonita ceremonia en la que Berto, María, David y José se lo pasaron en grande. Lorena en cambio no quitaba el ojo de encima a Lisa. No tenía buena cara y se la veía muy pálida. Mientras estaban terminando de bautizar a la niña, Lorena hablaba con Lisa.

—Tienes cada vez peor cara, Lisa, ¿quieres que vayamos fuera?

—No me he querido salir, pero me encuentro fatal.

—A lo mejor te viene bien que te dé el aire. Vamos, esto casi ya ha acabado. Elena, cuando esto acabe les dices a estos que esperamos en la calle. Lisa no está muy bien.

Salieron de la iglesia y, nada más dejar atrás la puerta y llegar a la calle, Lisa se desplomó.

Las horas posteriores fueron un infierno para todos. Berto obligó a sus amigos a ir al banquete, y él se quedó solo en la sala de espera del hospital de Torrelavega. Lisa recuperó el conocimiento al poco tiempo, pero se encontraba aturdida y muy mareada, sin poder ponerse en pie. Volvió a quedar semiinconsciente poco después, camino ya del hospital, y en ese momento estaban haciéndole pruebas. Llevaba un par de horas sin apenas saber nada y un par de veces estuvo a punto de encender un cigarro, vicio que dejó cinco años atrás.

Finalmente, un médico trajo noticias.

—Lo que ha tenido Lisa es una bajada de tensión bastante grande, agudizada por una ligera anemia y posiblemente algo de ansiedad o estrés. En principio no parece que sea grave, pero permanecerá ingresada al menos hasta mañana para controlar su evolución. ¿Sabe usted si ha estado sometida a tensión o tiene algún tipo de problema?

—No —afirmó Berto, bastante más tranquilo con el diagnóstico médico—. Al menos no más de lo habitual. El trabajo que tiene puede ser estresante y además se lo toma muy a pecho.

—Bueno, de todas maneras, mañana realizaremos otra analítica. Si todo está bien podrá marcharse a casa. Eso sí, deberá estar unos días de reposo y tomar una dieta específica.

—Sin problema, doctor. Me encargaré personalmente de que así sea. ¿Puedo verla?

—Por supuesto, vaya a información y allí le dirán la habitación a la que ha sido destinada.

—Muchas gracias por todo.

Aliviado, hizo lo que el médico indicó y, tras ello, se dirigió raudo a la habitación. A pesar de que el susto parecía haber pasado, aún seguía temblando, víctima de los nervios y del terror que le producía pensar que Lisa pudiera estar grave. Al entrar se encontró a una Lisa algo pálida dormitando. Trató de no hacer ruido y se sentó al lado de la cama, pero su novia no tardó en despertar y, al verlo, se le iluminó la cara.

—Cariño... os he chafado el bautizo.

—Eso es lo de menos. Vaya susto, ¿qué tal estás? —Berto se acercó a ella, besando su frente y cogiendo su mano.

—Bien, lo cierto es que desde esta mañana me encontraba cansada, algo mareada y me dolía la cabeza, pero pensé que no era nada y no quería preocuparte, por eso no te dije nada. ¿Podrías perdonarme?

—Pues claro, amor, pero no vuelvas a darme un susto así. Si te encuentras mal, dímelo. No hay nada más importante, ni bautizos ni nada.

—De acuerdo... pero no me sermonees —protestó en broma Lisa con su habitual sonrisa en la

cara.

—No, cielo, a ver si te dan mañana el alta y podemos irnos a casa.

Sin embargo, Lisa estuvo una semana ingresada.

Diciembre

Pasaron los meses y Lisa acabó por recuperarse completamente. La vida transcurría con calma y felicidad para la pareja. Berto era dichoso, por fin había encontrado la calma que tanto buscaba y cada día que pasaba estaba más seguro de que Lisa era lo mejor que le había pasado en la vida. Ella se sentía muy afortunada. No solo había encontrado el amor al lado de Berto, sino que disfrutaba con su pandilla, que ahora sentía como propia. Extrañaba sin embargo a Elena, quien se despidió cuando ella salió del hospital y, aunque suponía los motivos que le habían llevado a tomar aquella decisión, le apenaba haber perdido a una gran persona.

Con la Navidad a la vuelta de la esquina, Berto y Lisa habían decidido pasar la Nochebuena con los padres de ella, que por fin conocerían a «la mejor persona con la que os encontraréis en la vida», como ella les decía. Más tarde volverían para disfrutar del fin de año con Lorena, José, David y María, su otra familia, a quienes ahora se había unido Alicia, la hija de David y María y por ende ahijada de Berto.

Lisa ya había cogido las vacaciones y no volvería al trabajo hasta después de Navidad, aunque estaba valorando la oferta de Berto, cuya empresa iba mejorando día a día y comenzaba a necesitar una mano que le ayudase a gestionar las tiendas *online*. Habían hecho números y unos días antes Berto insistió en que tomase una decisión, pero Lisa no estaba del todo segura, no porque no creyese en la viabilidad del proyecto de su novio, sino porque suponría perder de alguna manera la independencia que tenía para pasar a depender totalmente de él, quien se convertiría en su jefe. De todas maneras, no paraba de decirse que era tonta, pues estaba convencida de que Berto no iba a actuar con tiranía, más bien todo lo contrario. Además, el trabajar juntos con la tienda *online* les iba a permitir viajar más, tener mucho más tiempo libre y, a Lisa sobre todo, liberarse del estrés y presión de su trabajo actual. De cualquier manera, ya le había dicho que no tomaría ninguna decisión hasta pasadas las fiestas y, aunque cada vez le seducía más la idea de trabajar junto a él, intentaba pensar en ello lo menos posible, aunque no con demasiado éxito.

Lisa estaba haciendo las maletas y preparando el viaje hacia su Cáceres natal. Andaba impaciente, pues iba a presentar a Berto a sus padres y, aunque sabía que les iba a encantar, a medida que llegaba el momento le embargaban las dudas. Su vida siempre había estado llena de altibajos y el miedo se apoderaba de ella a medida que llegaba el momento esperado. Sin embargo, Berto se mostraba encantado y exultante, sobre todo desde que días atrás había finiquitado sus problemas con su hermano, pagándole la parte de la herencia que le correspondía. Hacía tiempo que la relación de los dos hermanos estaba prácticamente rota y, aunque Berto al principio se mostraba muy dolido, ahora simplemente mostraba indiferencia hacia él. Tenía ya todo el equipaje casi preparado cuando llegó Berto, se acercó y le dio uno de esos largos y apasionados besos que, casi un año después del primero, seguían volviendo loca a Lisa.

Irremediablemente, Lisa sintió unas enormes ganas de hacer el amor con su novio, como venían haciendo prácticamente a diario sin que el paso de los meses hubiera disminuido ni un ápice la pasión desbordante que los embriagaba a ambos. Una vez más, acabaron desnudos y exhaustos y Lisa permaneció en la cama sin sospechar lo que estaba a punto de ocurrir.

Tras revisar el móvil, Berto se fue al baño sonriendo. Acababan de avisarle de que en cinco minutos Lisa recibiría una grata sorpresa, algo que llevaba tiempo preparando. Deseaba ver la

cara de Lisa cuando abriese la puerta y viese quién llegaba de visita y, aunque fingió ir a ducharse, en realidad era una disculpa para que fuera ella quien acudiese al sonido del timbre. Este no tardó en sonar y cuando oyó los pasos de su novia saliendo de la habitación, él hizo lo mismo sigilosamente. Entonces vio como ella se quedaba boquiabierta al descubrir a sus padres al otro lado de la puerta. Se abrazó a ellos, llorando de emoción e incrédula, pues ni por un segundo imaginó que ellos hubieran realizado el viaje hasta Cantabria.

—Pero ¿qué hacéis aquí?

—Bueno, queríamos darte una sorpresa. En realidad, fue idea de Berto. Ha sido él quien lo ha organizado todo a tus espaldas. Al principio, la idea no nos llamó la atención, ya sabes que a tu padre viajar no le gusta en absoluto, pero tu chico es persistente y sabíamos que nada te haría más feliz que vernos aquí.

—Oh, gracias a los tres. ¿Veis como es un encanto? —afirmó Lisa, besando agradecida a Berto.

—Sí, hija, me he dado cuenta. He hablado mucho con él en el último mes y no he conocido a nadie tan enamorado de alguien como él, salvo tu padre.

—¡No hagas caso a tu madre! Si yo estoy con ella por aburrimiento. ¿Quién me iba a cocinar si no? —El humor negro de su padre ya se hizo notar nada más llegar—. Pero... ¿No nos vas a dejar pasar? ¡Llevamos media hora en la puerta!

—Ah, sí, claro. Perdona, papá. Es que todavía estoy en trance. No puedo creer que estéis aquí.

—Lisa se volvió hacia Berto, besándolo de nuevo—. Gracias, cariño, es el mejor regalo que podías darme.

—¡Oye! Un poco de respeto... los besos y magreos para cuando no esté tu padre delante —gruñó con sorna de nuevo su padre.

—No le hagas caso. Es un gruñón, pero lo dice en broma. Puedes besar a Lisa tanto como quieras, hijo... ¡Ya te has ganado a esta familia! —Fue la respuesta de la recién conocida suegra de Berto.

—Muchas gracias, Luisa, es un placer formar parte de ella.

Se sentaron a cenar con una Lisa exultante. No sabía cómo había conseguido Berto convencer a su padre para que condujese hasta allí, aunque tenía claro que podía ser muy persuasivo. Charlaron animadamente y pudo comprobar que sus padres no tardaron en sucumbir ante los encantos de su novio. Tras la cena, los acompañaron al piso de los padres de Berto, que les había ofrecido para que dispusieran de él durante los días que estuvieran en Torrelavega. Al volver, Lisa se sintió mareada, aunque no le dio demasiada importancia, creyendo que era debido al cansancio y las emociones de otro día inolvidable. Ya en la cama, se recostó sobre Berto, acariciando su pecho como cada noche.

—Eres un amor, Berto. No sé cómo lo haces, pero siempre consigues que cada día a tu lado sea más especial que el anterior.

—Eso es porque te quiero con locura. No imagino cómo sería vivir sin ti y solo quiero hacerte feliz. Es la mejor manera que tengo para tenerte siempre a mi lado.

—Y estaré siempre, jamás en mi vida había sido tan feliz como lo soy ahora.

—Ni yo, cielo. Lo único que siento es no haber estado contigo antes, pero aún estamos a tiempo de recuperar lo que nos perdimos... —dijo Berto con picaresca mientras sus manos comenzaban a acariciarla.

—¿No has tenido hoy bastante? ¡Qué demonios, si lo estoy deseando!

Lisa una vez más se dejó llevar, presa de una ardiente pasión y acabaron el día haciendo de nuevo el amor. Después, la feliz pareja se dejó caer en las garras de Morfeo.

Al mismo tiempo, a un par de calles de allí, David, María y Lorena se encontraban tomando unas cervezas y preparando la Nochevieja.

—Deberíamos llamar a Elena. Seguro que le hace ilusión venir —opinó David.

—No creo que quiera venir, aunque no perdemos nada por intentarlo —dijo Lorena.

—Bueno, vamos a estar todos, ¿no? José ya ha dicho que sí, Berto y Lisa también vienen... Ella es una más del grupo, aunque se haya ido a trabajar fuera. Además, dijo que las Navidades las pasaba en Cantabria. Salvo que vaya a estar con su familia, no veo por qué no. Y, en todo caso, siempre puede venir después de la cena.

—¿Dónde lo vamos a hacer este año? —María habló por primera vez.

—A mí, como queráis. Había pensado que quizá querríais hacerlo en vuestra casa, María. Por Alicia —respondió Lorena.

—Eso había pensado yo, aunque quizá el alboroto no le siente bien. De todas maneras, seguramente vengan mis padres después de cenar y se lleven a la niña. Ya no le doy pecho y así dormirá más tranquila. En Año Nuevo comemos con ellos.

—Pues hecho entonces: en vuestra casa. Yo iré antes para ayudarte a prepararlo todo.

—Sí, el cochinillo es cosa tuya. ¡Nadie le hace mejor que tú! Ja, ja, ja. —David ya estaba relamiéndose, pensando en el sabroso cochinillo al horno que con tanto tino realizaba Lorena.

—Bueno, este año había pensado cambiar el menú...

—¡Ni lo sueñes! Una navidad sin el cochinillo de Lorena no es lo mismo.

—David y su afición al cochinillo... Tengo un marido incorregible —soltó entre risas María.

—Bueno, ¿y qué hay de Mario? Me ha preguntado si podía pasar la noche con nosotros, aunque no sé si le hará mucha gracia a José. —Lorena se refería a un primo de David con el que mantenían buena relación todos excepto José, después de que su exnovia lo dejase por Mario. Desde entonces, se había distanciado del grupo y apenas se dejaba ver.

—Eso se lo deberíamos decir a José. Aunque creo que la respuesta ya la sabes Lorena: dirá que venga, por no quedar mal, pero estará a disgusto y se marchará nada más comer las uvas. —David, quien conocía muy bien a su amigo, sabía que no se negaría, por mucho que no le hiciera ninguna gracia pasar un día tan especial como la Nochevieja con el muchacho.

—Pues entonces es mejor no decirle nada, ¿no crees, Lorena?

—Yo estoy de acuerdo. Es un día para pasarlo bien y estar todos a gusto. Si alguien se siente incómodo por culpa de otro deberíamos prescindir de él. Voy a llamar a Elena y preguntarle si quiere venir.

Sin más dilación, Lorena llamó a la chica delante de sus amigos y le propuso pasar la Nochevieja con ellos.

—Irán Berto y Lisa, claro...

—Sí, vamos a estar todos. Nos encantaría que vinieses, si no a cenar, al menos después de las uvas a tomar unas copas.

—Tendré que pensarlo. Me apetece mucho veros, pero no sé si es lo más adecuado.

—Anímate, mujer; es un día especial y lo pasaremos genial.

—Bueno, mañana te diré algo, pero supongo que podré soportarlo. Todo sea por pasar un rato con vosotros.

—¡Esa es mi Elena! Vale, entonces hablamos mañana. Un besazo, guapa.

Tras aquello, tomaron un par de cervezas más, anticipando lo que creían iba a ser una Nochevieja inolvidable.

Llegó el día esperado por todos los amigos. Apenas se habían visto en todas las Navidades.

José se marchó a Valencia, donde tenía unos cuantos primos y había vuelto el día anterior «tras diez días seguidos de borrachera» como él mismo afirmaba. Lorena pasó la Nochebuena con sus padres, pero el resto del tiempo se lo pasó trabajando a destajo: en su empleo aquellas fechas eran las de más trabajo de todo el año. David y María tenían un montón de compromisos familiares, más aún debido a Alicia, su hija de seis meses, y Berto y Lisa habían pasado todos los días con Miguel y Luisa, los padres de ella, que acababan de marchar de nuevo a Cáceres, encantados con el yerno «tan maravilloso» que les había caído del cielo. Por otro lado, Elena había llegado justo el día de Nochebuena, aunque aún no había podido quedar con ellos.

Ese día, Elena estaba nerviosa. Se marchó a Sevilla buscando olvidar a Berto, pero fue incapaz de hacerlo. Cada día se levantaba pensando en él y ahora lamentaba profundamente no haberse lanzado antes de que Lisa apareciese en sus vidas. Una vez estuvo a punto de hacerlo, cuando Berto la sorprendió en ropa interior en el almacén del Kaos, pero él nunca había dado muestras de sentirse atraído por ella. Sí era cierto que alguna vez le había visto mirando su escote con deseo, pero era algo habitual en los chicos, sobre todo teniendo en cuenta que ella solía llevar escotes bastante atrevidos y que sus tetas tenían buen tamaño, eran firmes y redondas. No solía tener problema alguno para ligar, más bien al contrario: a veces tenía demasiados babosos encima, pero ninguno de sus encantos ni indirectas parecía funcionar con Berto.

De vez en cuando tenía algún rollo de una noche, para saciar su deseo sexual, pero era incapaz de tener una relación con ningún otro chico. Se había acostumbrado a convivir con ese amor imposible y, tras unos meses lejos de Torrelavega, estaba convencida que no había distancia que evitase que siguiese amando a Berto. Además, echaba de menos a su familia y amigos, por lo que estaba planteándose volver. Aún no lo había decidido y esa noche era una especie de prueba: si conseguía soportar ver a la feliz pareja juntos, muy probablemente volvería.

Se miró al espejo del baño. A sus veinticinco años, tenía unas curvas que eran la envidia de muchas mujeres. Ni celulitis, ni arrugas... ni una sola imperfección. Elena se cuidaba, comía bien, no fumaba, apenas bebía, salía cada día a correr y al menos tres veces por semana acudía al gimnasio. Todo ello, junto con su genética, hacían de la joven una de las mujeres más bellas de Cantabria, como certificaban los premios de belleza que ganó años atrás. Ella lo sabía, aunque para nada presumía de ello: era consciente de que la belleza era temporal y más tarde o más temprano su cuerpo comenzaría a deteriorarse. Comenzó a vestirse, un tanga y sostén rojos recién estrenados y un vestido negro con bordados rojos de lo más sugerente, gracias sobre todo a un bonito escote en uve y a dejar gran parte de la espalda a la vista. Tras maquillarse ligeramente, respiró hondo y salió de casa en dirección a la de David y María.

Allí se encontraban María, Lorena y Lisa preparando la cena. Los hombres cumplían con una vieja tradición que consistía en pasar la tarde jugando al kinito, un juego muy popular en los bares de Cantabria que consistía en tirar dos dados y tratar de engañar al contrario. El perdedor bebe, aunque siempre hay quien pierde adrede para beber más que el resto. Hacía años que no jugaban habitualmente, pero en Nochevieja nunca faltaban unas botellas de calimocho, el cubilete y los dados. Mientras Lorena preparaba el deseado cochinillo, Lisa y María se encargaban de los canapés, así como de preparar la mesa, y charlaban animadamente mientras degustaban un buen vino espumoso. Sin embargo, Lisa bebía agua.

—Qué ganas de que llegue el doce de enero —observó María.

—¿Qué pasa ese día? —preguntó Lisa.

—Claro, tú no lo sabes... —le respondió Lorena—. Como nosotras cocinamos y nos encargamos de la cena que hacemos siempre por Navidad, los chicos nos preparan otra a

mediados de mes. Ese día nos vamos después de comer y son ellos los que hacen todo.

—Ah... ¡qué buena idea! No me parecía muy justo que ellos estuvieran por ahí divirtiéndose y nosotras pringando.

—Sí, pero salimos ganando: ellos luego recogen la mesa, mientras nosotras el doce no pegamos palo al agua —confesó María riéndose a carcajadas.

Justo en ese momento llegó Elena sonriendo y bellísima.

—Joder, Elena... le dan ganas a una de hacerse lesbiana —la piropeó Lorena.

—Ja, ja, ja, qué boba eres. De todas maneras, te iba a dar igual: me gustan demasiado los tíos.

—Bueno, nunca es tarde para probar nuevas experiencias. Las dos estamos solteras...

—Calla, calla —interrumpió María—. No vaya a ser que cojamos envidia y acabemos aquí las cuatro en una orgía.

—Cualquiera vería a estos cuando llegasen, ¿os imagináis? ¡Vaya cara pondrían! —Lisa se lo pasaba en grande con aquellas ocurrencias.

—Bueno, chicas, ¿en qué puedo ayudar?

Las cuatro siguieron preparando la cena felices, bromeando entre ellas y preparando alguna que otra broma a los chicos que aún tardarían en llegar. Sin embargo, a pesar de que se lo estaba pasando bien, Lisa tenía una preocupación en mente. Debía hablar de un tema con Berto y no sabía cómo se iba a tomar aquella noticia.

Ajenos a ello, José, David y Berto se encontraban tomando unos vinos en el Kaos. Hacía un rato que habían terminado el kinito y ya andaban algo enchispados. José seguía bebiendo a buen ritmo, pero Berto y David se lo tomaban con más calma: quedaba mucha noche por delante. Eran las ocho de la tarde, quedaba hora y media para la cena y el pub estaba a rebosar. Raquel, la nueva camarera que ocupaba el lugar de Elena, no daba abasto a servir copas. Era una chica de veintitrés años, rubia y bastante delgada, que siempre acudía a trabajar en minifalda y un top que dejaba a la vista su ombligo y una buena porción de su pecho. A José le volvía loco y, aunque en un principio daba una imagen de seriedad extrema, una vez cogía confianza era simpatiquísima.

—¿Te echo una mano? —Se ofreció José medio en broma medio en serio.

—Uf... ya me gustaría. Está petadísimo. Menos mal que a la noche viene otra camarera que si no... ¿vais a venir vosotros?

—No creo... Cenamos en casa de David y en principio pasaremos allí la noche, aunque nunca se sabe. Pero no te preocupes: vengo a las ocho cuando cierres y vamos a comer churros.

—¡Eso está hecho! Te tomo la palabra, ¿eh?

—La tienes en el bote macho —le dijo Berto cuando Raquel marchó a seguir poniendo copas.

—No lo tengo tan claro. Pero me pone un montón la chica.

—Venga, vamos a tomar la arrancada y nos vamos —terció David, refiriéndose a una expresión cántabra referente a tomar la última copa antes de marchar.

—¿Os dais cuenta? Lo nuestro es la Navidad chicos. En una Nochebuena David conoció a María, yo volví a encontrarme con Lisa también en la Nochebuena del año pasado... y este año tiene toda la pinta de que José se nos va a echar novia también por Navidad.

Tomaron un vino más entre risas, metiéndose con José, que reconoció «estar enamorándose» de Raquel, y pusieron rumbo a casa de David, donde las chicas los esperaban con la mesa preparada.

La cena transcurrió en calma. El grupo de amigos se mostraba alegre e incluso Elena, que tenía miedo de su reacción al ver a Berto y Lisa juntos, se lo pasaba en grande a pesar de la punzaba de dolor que sentía por no ser correspondida. Poco a poco fueron comiendo los canapés, langostinos, entremeses y los caracoles, otro de los manjares que solían comer por esas fechas y que había

preparado María con entusiasmo. Tras ello, llegó la hora del cochinillo y todos estuvieron de acuerdo en que Lorena se había superado. Entre turriones y polvorones tomaron un par de chupitos mientras esperaban a la medianoche. Llegado el momento, comieron las uvas entre risas y bromas y, con la llegada del Año Nuevo, llegó la hora de los besos, abrazos y el primer brindis del año.

—Venga, vamos a brindar todos. Lisa, tú también, ¿eh? Que llevas toda la noche escurriendo el bulto. —José tenía ganas de fiesta y quería que todos sus amigos estuvieran borrachos como él.

—No, yo hoy no bebo. Nunca bebo en Nochevieja.

—Es una copa mujer... no es para tanto —dijo cariñosamente Berto.

—Que no, no me apetece —se excusó Lisa, mirando a Berto con el miedo reflejado en los ojos.

Berto no replicó, aunque le extrañó la mirada de Lisa. En un principio se sintió preocupado, pero poco a poco, una visión se le vino a la mente y, mirando fijamente a su novia a los ojos, sonrió de oreja a oreja con una inusitada esperanza. A punto estuvo de soltar la pregunta allí mismo, pero se contuvo y lo dejó para cuando estuvieran solos.

Estuvieron bebiendo y riendo hasta las seis de la mañana, momento en que tanto Lorena como Elena se marcharon a sus casas. José insistía en ir al Kaos, pero David y María no querían moverse de casa. Berto quería ir, pero notó a Lisa algo cansada y además cada vez estaba más impaciente por quedarse a solas con ella. Finalmente, fue Lisa la que, sabiendo que José estaba deseando ver a Raquel, accedió a tomar una copa allí.

El Kaos estaba repleto de gente, a pesar de que pronto amanecería y la hora de cierre estaba próxima a llegar. Berto y Lisa dejaron allí a José nada más apagar la música y pusieron rumbo a casa. José ayudó a Raquel y Eva, la camarera que había ido a ayudar aquella noche, a recoger y, en cuanto terminaron, preguntó:

—Bueno, chicas, tomaremos un chocolate con churros, ¿no?

—Yo lo siento, pero os voy a dejar solos. Estoy molida —se despidió Eva, algo que José agradeció, pues deseaba quedarse a solas con Raquel.

—Yo me muero de sueño, pero venga, va: todo sea por cumplir la palabra.

A un par de calles del pub había una cafetería llamada Catedral, donde a las ocho en punto ya estaban sirviendo churros y chocolate a todo aquel que se acercaba por allí. Mucha de la gente que había aguantado de fiesta hasta el amanecer acababa cada año desayunando en la Catedral. José y Eva pidieron sendos chocolates y una ración de churros y tuvieron suerte de encontrar una mesa libre. Se sentaron juntos y, antes de terminar, José se lanzó.

—Bueno, probablemente te hayas dado cuenta ya: me gustas mucho Raquel.

—¡Mira que te ha costado! Vienes todos los fines al Kaos y mucho bromear, pero...

No pudo acabar la frase cuando se encontró los labios de José besando los suyos. Raquel, que estaba deseándolo, correspondió al chico metiendo la lengua en su boca. Durante un largo rato, la pareja se besó y, cuando acabaron de desayunar, José acompañó a Raquel a casa, parando cada poco para besarse.

Berto y Lisa llegaron a casa en el mismo momento que su amigo se declaraba a Raquel. De camino hablaron de cosas triviales, recordando la divertida noche que habían pasado. Nada más llegar, Berto no pudo esperar más.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde esta mañana. Tenía un retraso, pero no estaba segura... Ayer compré una prueba de embarazo y esta mañana la usé. Supongo que el mes pasado, cuando estuve mala de la barriga, las pastillas no hicieron efecto. —Trató de excusarse Lisa, aliviada porque Berto había descubierto su secreto.

—Lisa, ¡es maravilloso! ¡Vamos a tener un bebé!

—¿Estás contento? No sabía cómo te lo tomarías.

—Siempre he querido ser padre. Ya sé que aún no llevamos ni un año juntos, pero es una buena noticia, ¿no crees?

—Supongo que sí. Pensándolo bien, a mí me hace mucha ilusión, aunque hubiera preferido esperar un poco más.

—Un hijo tuyo, Lisa... nada en el mundo puede hacerme más feliz, Ojos bonitos.

—¡Oh! Berto, te quiero tanto...

—Y yo a ti cielo, aunque en unos meses tendré que compartir tu amor. Espero que no te pongas celosa.

Se abrazaron, se besaron y fueron a la cama. Berto estaba eufórico. El 2016 no podía empezar mejor. Estaba seguro de que iba a ser el mejor año de su vida, aunque a veces el destino puede ser caprichoso.

Febrero

Lisa se despertó a las ocho de la mañana. Tenía náuseas, como casi todas las mañanas. Estaba de tres meses y acababa de hacerse una ecografía. Todo estaba bien. Sus pechos habían crecido y su barriga comenzaba a hacerse notar. Un dolor de cabeza atroz se apoderó de ella, al mismo tiempo que un súbito mareo estuvo a punto de hacerla caer. Trató de no hacer caso a su malestar, fue al baño y se vistió. Berto siempre la sorprendía y aquel día quería ser ella quien le diese la sorpresa a él. Lisa sabía que a su pareja le encantaba la Fórmula 1. Al día siguiente empezaría la pretemporada y ella había comprado las entradas para los cuatro días de entrenamientos. Saldrían de casa por la mañana, comerían en Santander y después irían al aeropuerto. Allí, Lisa desvelaría su regalo, aunque solo en parte.

Berto despertó y comprobó que su novia ya estaba vestida. Desilusionado, pues pensaba comenzar el día con una sesión de sexo matutino, se levantó, abrió el cajón de su mesita de noche y cogió un paquete envuelto en papel de regalo.

—Feliz san Valentín, Ojos bonitos.

—Vaya, si no eres tú el primero te da algo. Estaba esperando a que despertases para darte el mío. —Lisa abrió el paquete y descubrió entusiasmada una bonita pulsera de oro blanco—. Vaya, es preciosa, Berto. Toma, aquí tienes el tuyo.

Berto abrió su regalo: un reloj de pulsera de edición limitada y numerada.

—Me encanta, cielo. Es precioso.

—Gracias. Vamos, vístete. Nos vamos a Santander.

—Pero es pronto aún... ¿No vamos a jugar un rato hoy?

—Ja, ja, ja, eres incorregible, Berto. Bueno, supongo que tenemos tiempo de sobra.

Un día más, Berto y Lisa disfrutaron de los placeres del sexo al comenzar el día. Luego desayunaron juntos, se ducharon y pusieron rumbo a Santander. Comerían en un conocido restaurante del Poblado Pesquero de Sotileza, más conocido en la zona como Barrio Pesquero. Ubicado en las inmediaciones de Puertochico, el Barrio Pesquero se destinó en su día a albergar a los trabajadores del sector del mismo nombre. Se trata de una zona antigua, con aspecto en parte decadente, cuyos restaurantes tienen gran éxito gracias al pescado y marisco de alta calidad que salen de sus fogones. Antes de ir al restaurante, pasearon por la zona, degustando unos blancos de solera, acompañados de una ración de rabas de calamar, muy demandadas en Cantabria.

Ya en el restaurante, pidieron una tabla de marisco deleitándose con cigalas, centollo, nécoras, almejas, navajas y langostinos. Para beber, tinto para él y agua para ella. De segundo plato, comieron una deliciosa dorada a la plancha y acabaron la comida con un arroz con leche casero.

—Bueno, debemos ponernos en marcha, Berto.

—¿Por qué tanta prisa? Es pronto aún.

—Tenemos que ir al aeropuerto, nos vamos a Barcelona.

—¿A Barcelona? ¿Cuándo pensabas decírmelo?

—Bueno, una también sabe dar sorpresas. Las maletas están en el coche. Luego te digo algo más.

Berto, que ya se olía por dónde iban los tiros, no rechistó y con entusiasmo e impaciencia fue al aeropuerto Severiano Ballesteros, donde poco después montaron en avión rumbo a la Ciudad Condal. Lisa seguía con aquel tremendo dolor de cabeza, pero no pensaba dejar que nada le arruinase aquel día. En el aire, le explicó a Berto el plan para aquellos días: tenían reservado un hotel cercano al circuito de Montjuic, donde irían cada día a ver los monoplazas que tanto entusiasmaban a su amado novio. Sin embargo, aún le quedaba una sorpresa por desvelar, pero no sería hasta la noche cuando le dejaría boquiabierto. Estaba segura de que por nada del mundo podía esperar algo así.

A las siete llegaron a Barcelona. Un taxi los condujo hasta el hotel y, tras dejar allí las maletas, salieron a pasear. El dolor de cabeza de Lisa había remitido y se encontraba muy animada, aunque deseaba que llegase ya la hora de la cena para acabar de sorprender a Berto, quien por otro lado estaba disfrutando igual que un niño chico. Él sabía que se iban a ir de viaje porque había pillado a Lisa hablando con Lorena, diciendo que iban a estar unos días fuera, aunque no dijo nada por no fastidiar la sorpresa. De hecho, le vino de perlas para poder preparar él la suya propia: había encargado que preparasen la habitación de su futuro hijo. Aún no sabían el sexo del bebé, pero Lisa le había dejado pistas para lo que quería que fuera aquel cuarto y, entre eso y sus nociones de albañilería y decoración (había trabajado en ello en su juventud), había ideado la habitación. Hubiera preferido que estuviese preparado para ese día, pero con Lisa en casa había sido imposible, así que le encargó a David que supervisara la obra.

A la hora de la cena fueron al restaurante del hotel y se sentaron en una mesa para cuatro comensales que Lisa había encargado previamente.

—¿Por qué has reservado para cuatro?

—Enseguida lo verás, no seas impaciente.

—Eres una caja de sorpresas cielo. ¿Con quién vamos a cenar?

—Mira, por allí vienen —dijo Lisa señalando hacia dos personas acompañadas por un camarero.

Berto no daba crédito a lo que veían sus ojos. Hacia su mesa se dirigían nada menos que Eduardo Martín, uno de los mejores pilotos de Fórmula 1, y su mujer. Era fan incondicional de Eduardo y en más de una ocasión había afirmado que le encantaría conocerle en persona. Lo que jamás podía imaginar es que algún día compartiría mesa con él. Lisa le explicó que fue al colegio con Lucía, y se enteró en diciembre de que estaba casada con Eduardo. La llamó y le propuso quedar un día y dar una sorpresa a Berto, y quedaron en cenar los cuatro el día de san Valentín.

Eduardo se mostró amable y cercano y, acabada la cena, dio un nuevo regalo a Berto.

—Lucía me ha dicho que no te pierdes una carrera y que me apoyas siempre. Tengo un par de pases vip para que paséis el martes por el *paddock* y veáis cómo es este mundillo por dentro. Además, os he reservado un par de entradas en tribuna para el Gran Premio de España que será en mayo, para que disfrutes de una carrera en vivo. ¡Espero que me veas en el podio!

—¡Muchas gracias! No podía imaginar nada mejor.

—Agradéceselo a Lisa. Ella convenció a Lucía para organizar esto.

Acabó la velada, cada pareja marchó por su lado. La emoción de aquel día dejó exhaustos a Lisa y Berto, que durmieron plácidamente. Aún les quedaban unos días de vacaciones y Berto sobre todo estaba deseando que llegase el lunes y disfrutar con los monoplazas. Pasaron los cuatro días con Lucía y Lisa recordando viejos tiempos y Berto viendo de cerca las pruebas de Fórmula 1. El mejor día de todos fue el martes, cuando pudieron entrar en el *paddock*, ver y tocar los

bólidos de Fórmula 1 de cerca y conocer a decenas de personas que Berto estaba harto de ver por la tele. Incluso pudo llevarse como premio unos guantes y un casco firmados. Ya en el avión de vuelta a Cantabria, la pareja hablaba animadamente.

—Has disfrutado como un niño. Me ha encantado verte así de feliz.

—Te diría que han sido los mejores días de mi vida, Lisa, pero en realidad cada día que paso a tu lado es un regalo.

—Adulador...

—Es cierto: no puedo ser más feliz. Lo único que siento es que mis padres no hayan llegado a conocerte.

—Bueno, ellos estarán muy orgullosos de ti.

—Y encantados de que haya dado contigo, mi vida.

Aquel san Valentín de cinco días no había acabado aún, pues faltaba el broche final. Llegaron a casa y Lisa descubrió la sorpresa que, con la complicidad de sus amigos, Berto le tenía preparada. La habitación para su hijo estaba terminada. Cada una de las paredes pintada en un color distinto con varios cuadros y dibujos llenos de motivos infantiles dando alegría a la habitación. Una cama nido, un armario empotrado y una bella cuna de madera tallada a mano por un carpintero local completaban un lugar de lo más acogedor. A Lisa, como su novio suponía, le encantó y acabaron una vez más agradeciéndose mutuamente el tenerse el uno al otro desnudos y apasionados en su cama.

Mayo

Berto y Lisa viajaron junto a José y Raquel, la nueva novia de este, a Barcelona. En cuanto se enteró de que Berto tenía entradas para ver el Gran Premio de España de Fórmula 1, José dijo que viajaba con él. Al final, pagaron todo a medias y los cuatro se dispusieron a disfrutar de un fin de semana que prometía ser apasionante. Quedaron con Lucía, que también se encontraba en Barcelona acompañando a su novio, aunque con mucho tiempo libre dado que este se encontraba inmerso en la disputa del Gran Premio y, entre entrenamientos, calificación, reuniones y carrera, poco tiempo le quedaba libre.

Fueron al circuito a ver la calificación y, tras acabar, marcharon a comer. Lisa, una vez más, volvía a tener esos mareos, dolor de cabeza y vómitos que le acompañaban desde que se quedó embarazada y, aunque dos días antes había ido a revisión y todo parecía estar correcto, estaba preocupada. Era su primer embarazo y no tenía experiencia, pero aquellos síntomas y malestar constante estaban minando su paciencia. Berto se dio cuenta de que algo no estaba bien.

—¿Ocurre algo, cielo? Tienes mala cara.

—Nada, solo me duele un poco la cabeza y estoy algo cansada. —Trató de quitar importancia Lisa—. Quizá me acueste un rato después de comer. Vosotros podéis ir a dar una vuelta.

Berto asintió, aunque no quedó satisfecho. No le preocupaba tanto el malestar de su novia como lo hacía el hecho de que, por primera vez desde que la conocía, sus ojos color miel no brillaban con aquel fuego que demostraba la fuerza interior que Lisa poseía. Acabaron de cenar y la acompañó al cuarto. Insistió en quedarse con ella, pero Lisa se negó. «Solo necesito descansar un poco», dijo. A regañadientes, Berto dejó a su novia sola no sin antes hacerla prometer que, si se sentía peor, llamaría de inmediato.

José, Raquel y Berto visitaron aquella tarde la Sagrada Familia y la pareja trató de convencer a su amigo de que fueran esa noche de copas por Barcelona. Sin embargo, Berto se negó a ir, pues no quería dejar sola a Lisa mucho más tiempo. Poco antes de la cena, fue de nuevo al hotel, y encontró a Lisa dormida. Como no se despertaba, acabó por pedir una hamburguesa y se puso a

ver una película en la televisión, hasta que finalmente él también se quedó dormido.

Al día siguiente, Lisa se despertó pronto de muy buen humor. Sus molestias habían desaparecido y se encontraba como nunca desde que se quedó embarazada. Quiso despertar a Berto, pero aún eran las siete de la mañana y le dejó dormir. Ella había estado doce horas durmiendo. Decidió darse un baño en la enorme bañera de la que disponía en aquella fantástica habitación de hotel. Tras llenar la tina de agua caliente y verter unas sales minerales cortesía de la casa, se metió desnuda y comenzó a pensar en el año y medio que había pasado desde su reencuentro con Berto. Recordó cómo al principio el miedo atenazó a la pareja y a punto estuvo de dar al traste con una relación que, hasta el momento, era maravillosa. Él no dejaba de sorprenderla: siempre atento, detallista, bromista... parecía vivir por y para ella. Además, pronto tendrían un hijo lo que, aunque sería una dura prueba de fuego para la pareja, sin duda alguna llenaría su hogar de felicidad. Aún estaba sorprendida de la fortaleza mental de Berto. En poco tiempo había perdido a sus padres, a su anterior novia y la relación con su hermano era nula. Sin embargo, él había conseguido volver a sonreír, salvo en algún momento en que sus ojos se llenaban de melancolía al recordar alguna vivencia con sus padres. Cuando el agua comenzaba a enfriarse, Berto entró al baño.

—¿Qué tal, cielo? Parece que tienes mejor cara.

—Sí. Me he levantado mucho mejor... creo que era falta de sueño. Estos días había dormido fatal.

—Me alegro. Me tenías preocupado.

—¿Por qué no te metes conmigo en la bañera? Puedo volver a llenarla de agua caliente. — Ofreció Lisa con ganas de jugar.

—Una idea genial. Te ves muy sexi ahí desnuda.

La feliz pareja volvía a disfrutar. Berto estaba encantado de volver a ver en buen estado a Lisa y comenzaron aquel día disfrutando de su amor en su manera más carnal. En aquellos meses Lisa había engordado, sus tetas habían crecido un par de tallas y a Berto se le hacían más bellas que nunca. No tardó en acariciar la vagina de su novia, que reaccionó gimiendo, mientras su cavidad se lubricaba, necesitada de sexo. Fue Lisa quien cabalgó a Berto hasta el orgasmo, tras lo que bajaron a desayunar y se volvieron a juntar con José y Raquel, quienes se alegraron al ver a Lisa tan sonriente como casi siempre. Fueron al Circuit de Montmeló, donde Lucía los estaba esperando para ver con ellos la carrera de Fórmula 1. Fue una magnífica carrera en la que Eduardo Martín acabó imponiéndose y en la que Berto y José se lo pasaron en grande. Justo en el momento en el que Lucía les ofreció ir con ella a comer al *hospitality* de Eduardo, sonó el teléfono de Lisa. Era su madre.

—Lisa, cariño. A tu padre le ha dado un infarto. Está muy grave.

Aquel mensaje fue una losa para la chica. Gracias a Lucía, Eduardo consiguió hacerles un hueco en un vuelo hacia Badajoz. Berto y Lisa se despidieron de sus amigos para ir lo más rápido posible al hospital cacereño donde su padre se encontraba ingresado. El viaje a Lisa se le hizo interminable, así como el trayecto de poco más de una hora que separaba el aeropuerto de Cáceres. Al llegar, se encontró a su madre llorando.

—Papá acaba de morir, Lisa. No ha conseguido recuperarse.

Madre e hija se abrazaron desconsoladas. El padre de Lisa era un hombre sano, jamás había estado enfermo y nada hacía presagiar un final tan trágico y prematuro. Berto trató sin éxito de consolar a la chica, quien no paraba de lamentarse por estar tan lejos de casa. Estaba preocupado. El embarazo no estaba siendo nada sencillo, Lisa tenía malestares continuos y Berto temía que

aquel disgusto perjudicase al bebé. Intentó animarla, afirmando que a su padre le encantaría verla fuerte y poco a poco los llantos fueron disminuyendo.

Al día siguiente fue el funeral. La iglesia estaba repleta de gente, pues la familia de Lisa era muy conocida en la zona. Una vez terminado el sepelio, llegó la primera crisis grande de la pareja. El desencadenante fue la madre de Lisa, quien quería que se fueran a vivir con ella y así ver crecer a su nieto.

—Tenéis que venir a vivir a Cáceres. Podéis trabajar desde aquí, hay sitio de sobra en casa y así podré ver crecer al pequeño. ¿Ya sabéis lo que es?

—Hemos decidido esperar al parto. Lisa lo prefiere así. En cuanto a lo de venir aquí, no creo que sea buena idea.

—¿Por qué no? —preguntó irritada Lisa a Berto—. Allí no te queda familia y mi madre aquí está sola.

—Pues que venga a Torrelavega. El piso de mis padres está vacío, puede vivir en él.

—No me acostumbraría al clima de allí, Berto. Hace demasiado frío.

—Y aquí demasiado calor. Además, allí están mis amigos...

—No seas egoísta, cielo. Podemos ir allí de visita siempre que quieras. Pero al bebé le vendrá bien contar con el cariño de su abuela.

—Hasta ayer mismo no tenías ninguna intención de venir aquí. Al contrario, siempre dijiste que te encantaba la tranquilidad de Torrelavega.

—Pero ahora mi padre se ha ido... ¡Cómo puedes ser tan egoísta!

—Déjalo, Lisa. Si no quiere, no quiere. Ya sé que vivir con una vieja no es plato de gusto, por más que sea tu suegra.

—Bueno, creo que hoy estamos todos demasiado nerviosos para hablar de esto. No es que no quiera vivir contigo Luisa, pero creo que Lisa y yo deberíamos vivir solos y no quiero irme de Cantabria. De todas maneras, quedémonos unos días Lisa y, cuando estemos más tranquilos, hablamos de ello.

—¡Yo no necesito tranquilizarme! Yo me quedo aquí. Tú puedes irte a Torrelavega si quieres, pero no esperes que vaya contigo.

Al día siguiente, Berto pensó que, pasado el primer calentón, Lisa sería más razonable y accedería a volver a Cantabria o, al menos, a hablarlo con calma. Sin embargo, despertó solo en la cama y comprobó que se había marchado de casa sin mediar palabra. La madre tampoco estaba. Preocupado, la llamó por teléfono, pero no le contestó. Media hora después recibió un WhatsApp: «Me he ido con mi madre al cementerio». Ni rastro de los emoticonos con besos, ni los «te quiero» con los que Lisa solía acabar siempre cualquier conversación. Esperó pacientemente durante más de dos horas, hasta que al fin madre e hija regresaron. Al volver, apenas le habló, dirigiéndose a él con monosílabos cada vez que Berto intentaba entablar cualquier tipo de conversación. Dejó pasar el día, pero en todo momento Lisa le evitaba y trató de distraerse intentando trabajar con su móvil, pues había dejado el portátil en Torrelavega. La comida y la cena fueron caóticas, con las dos mujeres con cara de perro y Berto sin saber qué decir ni hacer para templar los ánimos.

Tras recoger la cocina sin dejar que su novio echase una mano, Lisa se fue al cuarto sin mediar palabra. Suspirando, Berto fue tras ella, deseando que al fin la chica entrase en razón y pudieran hablar tranquilamente.

—Cielo, tenemos que hablar.

—No hay nada de qué hablar. Tú ya has dejado clara tu postura y yo la mía: no pienso volver a

Torrelavega, mi madre me necesita. ¿Es que no lo ves?

—No te digo que no nos podamos quedar aquí un tiempo. Pero dejar Cantabria para venir aquí... Ella podía venir o, al menos, creo que deberíamos debatirlo con más calma.

—Me has decepcionado, Berto. He visto un lado egoísta que desconocía. ¿Quieres ir a Torrelavega? Por mí te puedes ir hoy mismo. No te necesito.

—No puedes estar hablando en serio, Lisa. Somos una pareja, entiendo que quieras estar cerca de tu madre, pero al menos las cosas se deben hablar, no cerrarse así en banda...

—No lo entiendes, ¿verdad? Mi madre es todo lo que tengo.

—Vaya, pensé que me tenías a mí, y que pronto tendríamos un bebé. Pensé que eras feliz conmigo.

—Sí, hasta el domingo lo era. Pero ahora las cosas han cambiado. Mira, necesito tiempo para pensar en todo esto. Creo que deberías irte a tu casa. Ambos tenemos que reflexionar y definir nuestras prioridades.

—Mi prioridad sois tú y nuestro hijo, cielo. Simplemente creo que venimos así, de golpe, a vivir a Cáceres, no es lo más inteligente. Quedémonos un tiempo y lo hablamos.

—No. Yo me quedo. Tú te irás a Torrelavega. Ve con tus amigos y ya veremos lo que pasa.

Berto intentó por todos los medios hacer entrar en razón a Lisa, pero ella era muy tozuda y, una vez se le metía algo en la cabeza, era inútil discutir con ella. Así las cosas, a la mañana siguiente y a pesar de sus intentos para hablar con Lisa, Berto no tuvo más remedio que despedirse de la mujer a la que amaba y volverse a Torrelavega solo, con un frío beso como única despedida. En el avión, lloró desconsolado, sin importarle quién pudiera verle. La persona a la que se había entregado en cuerpo y alma le obligaba a separarse de ella en el peor momento de su vida y a poco más de tres meses del nacimiento de su hijo. Cuando llegó a su piso, Berto se tendió en la cama y estuvo un día y medio sin levantarse.

Una semana después de dejar a Lisa en Cáceres, Berto seguía prácticamente sin salir de casa. No tenía ganas de trabajar, ni de ver a sus amigos. Llamaba a Lisa a diario y la mitad de los días ella no contestaba. Las pocas veces que consiguió hablar con ella, solo le decía que estaba bien. Berto intentó convencerla para que le dejase volver a su lado, incluso accedió a irse a vivir a Cáceres definitivamente, pero ella dijo que ya lo pensaría. Desesperado, el chico apenas dormía, dándole vueltas a aquellos días, tratando de adivinar por qué Lisa se mostraba tan tozuda. Temía que la hubiera perdido para siempre y no soportaba la idea de no volver a tenerla en sus brazos. Finalmente, decidió hablar con Lorena, cuya cabalidad seguro que le ayudaba a ver las cosas más claras.

Lo primero que hizo Lorena al llegar fue reprender a Berto. Le había llamado varias veces y no respondió.

—No tenía ganas de hablar con nadie. Quería pensar.

—Sí, y llorar como un idiota. En fin, cuéntame todo.

Berto le explicó todo, desde que llegaron y les dieron la noticia de la muerte del padre de Lisa a cómo ella le había obligado a marcharse. Habló con amargura, incapaz de comprender aún por qué Lisa se había cerrado de aquella manera. Cuando terminó, Lorena sonrió, tranquilizando a su amigo como tantas veces había hecho anteriormente.

—Siempre te pones en lo peor. Crees que Lisa te va a dejar y no volverás a verla nunca más, pero te equivocas: ella te ama con toda su alma, y por eso está tan enfadada.

—¿Se enfada porque me quiere? ¡Eso no tiene ningún sentido! —Berto no entendía nada.

—Para ti no, porque no razonas. Lo que a Lisa le molestó fue que el día que enterró a su padre

no fueras más condescendiente, que negases a su madre de entrada el que fuerais a vivir allí. Ya sabes que Lisa es tozuda y, si te obligó a volver, fue para darte una lección.

—¿Una lección? No entiendo...

—Que no depende de ti. Que puede tomar sus propias decisiones. Que no va a hacer siempre lo que tú quieres...

—Pero es absurdo. Ni siquiera me negué a ir, solo quise aplazarlo. Su actitud no tiene sentido.

—Y lo sabe. Se arrepintió al momento, pero hay dos motivos por los que no quiere hablar contigo.

—¿Y son?

—Es muy tozuda y además se muere de vergüenza por saber que la ha liado. De todas maneras, mucho tiene que ver con las hormonas. Ten en cuenta que está embarazada y las mujeres cambiamos mucho en esos momentos.

—¿Y tú como sabes todo eso?

—El único que no ha querido hablar has sido tú. Yo hablo con Lisa todos los días y me pregunta por ti. Si hubieras cogido el maldito teléfono, te hubieras ahorrado unos cuantos días de amargura.

—Y ahora, ¿qué se supone que debo hacer? No quiere hablar conmigo...

—Tienes dos opciones: darle unos días y ella misma será quien te llame pidiendo perdón, viendo reforzada tu posición... O ir a Cáceres con una sonrisa, quedar como el caballero que sé que eres y ofrecerte a vivir allí una vez más: ella rechazará el ofrecimiento y seguramente convencerá a su madre para que venga a vivir a Torrelavega, aceptando tu oferta. De lo contrario, os veo bajando a Cáceres muy a menudo.

—¿Sabes? Lo único que quiero es estar con Lisa, me da igual cómo o dónde.

Berto cogió cuatro prendas de ropa y salió sin demora en dirección a Cáceres. Tenía más de cinco horas de viaje en coche, pero, aunque hubiera tenido que recorrer la distancia a pie, no le hubiera importado en absoluto. Lorena le abrió los ojos y comprendió el poco tacto que había tenido. Quizá la reacción de Lisa había sido desmesurada, aunque él debió haber callado y esperado unos días antes de haber sacado a relucir el tema. Se sentía desconcertado, pues Lisa nunca había mostrado una reacción parecida hasta entonces, es más, las pocas veces que la pareja había discutido, siempre mostró una actitud conciliadora. Supuso que Lorena tenía razón y quizá las hormonas revolucionadas por el embarazo, junto con el disgusto por la inesperada muerte de su padre, habían traumatizado a Lisa hasta el punto de perder la razón por un momento. Ello, unido a la cabezonería propia de la chica que de sobra Berto conocía, fueron el desencadenante de la crisis de la pareja. Así con todo, Berto se dio cuenta de lo absurdo de su temor a perderla, pues sabía de sobra que ella estaba perdidamente enamorada de él.

El viaje se le hizo eterno, sobre todo en su paso por las largas rectas que la autovía tenía por Castilla y León, cuyo paisaje llano nada tenía que ver con la montañosa Cantabria que tanto amaba. Pensaba Berto que le costaría renunciar a vivir en su tierra, por más que el invierno fuera lluvioso y frío y en los veranos en ocasiones el calor brillase por su ausencia, pero es que ese era uno más de los encantos que hacían de la comunidad cántabra única.

Eran ya las ocho de la tarde cuando Berto llegó a la casa de los padres de Lisa. Con el corazón desbocado, llamó al timbre y, segundos después, Luisa abrió la puerta.

—Berto... Gracias a Dios que has venido —dijo la mujer con una sonrisa como cálida bienvenida—. Esta tozuda hija mía, ¡cómo se le ocurre ponerse así por una tontería!

—Bueno, son momentos duros. Yo tampoco he estado muy acertado.

—Pasa hijo, verás que alegría se lleva. ¡Elisa! —voceó Luisa, llamando a su hija con

entusiasmo—. ¡Sal del cuarto, anda!

Lisa salió del cuarto refunfuñando y se quedó paralizada al ver a Berto sonriente en la sala.

—Lo siento, cielo —dijo Berto, con mirada de culpabilidad.

—Estás aquí... —Acertó a decir una incrédula Lisa, al tiempo que se acercaba a él y se abrazaba a su amado—. Yo sí que lo siento... ¡Soy tan cabezona!

—No importa. Estamos juntos y jamás voy a volver a dejarte sola.

La feliz pareja se besó, dando un portazo a la crisis que, aunque absurda, les tuvo varios días separados el uno del otro. Luisa disfrutó viendo a los jóvenes abrazados y disimuladamente desapareció para dejarles intimidad.

—Escucha, Lisa, tenías razón: tu madre te necesita. Si quieres podemos venir a vivir aquí un tiempo, o definitivamente.

—No, cariño, nuestro sitio está en Torrelavega. Allí somos felices y allí tenemos nuestra vida. Vendremos de vez en cuando, hablaré con mi madre y, si ella quiere, puede pasar cuanto tiempo quiera en Cantabria.

—Como quieras. A mí lo único que me importa es que estemos juntos.

Los dos amantes hablaron durante más de una hora y acabaron riéndose de la tonta discusión que los llevó a estar más de una semana enfadados. Los besos se sucedían y acabaron por irse al cuarto de Lisa, donde, tras hacer el amor apasionadamente, se durmieron sin acordarse siquiera de que no habían cenado.

Julio

Dos meses después de la riña, Berto y Lisa vivían plácidamente. Luisa se mudó, según ella temporalmente, a Torrelavega, para estar cerca de su hija en la fase final de su embarazo. Además, en los últimos meses Lisa había mejorado su salud, aunque su avanzado estado de gestación (faltaba poco más de un mes para que saliese de cuentas) hacía que pasase gran parte del día cansada, lo que supuso una excusa perfecta para que Luisa no quisiera irse de Cantabria.

Aquel día amaneció caluroso y la pareja se mantuvo en la cama hasta bien entrada la mañana. Berto acariciaba la abultada barriga de su novia mientras charlaban y hacían planes sobre su futuro inmediato.

—Si es niña, me gustaría Lis —opinó Berto.

—¿Por qué?

—No sé, me recuerda a ti y así también la distinguimos contigo.

—¿Y si es chico? ¿Alberto?

—¡No! Ja, ja, ja. Prefiero otro nombre... Hagamos una cosa: si es niña, Lis. Si es niño, eliges tú.

—Mmm... vale. ¿Qué te parece Miguel? Creo que a mi padre le gustaría. Es un buen homenaje para él.

—Creo que es una idea estupenda. Tu padre estará muy orgulloso.

—Bueno, eso porque no ve cómo de mojada estoy por ahí abajo...

—Vaya... No sabía que acariciarte la barriga tuviese esa reacción. —Berto, a pesar de estar bromeando, deseaba tanto o más que Lisa hacer el amor esa mañana.

—No es la barriga, es que cuando me tocas en cualquier zona me pones a mil.

—Yo te iba a proponer bajar a desayunar un buen chocolate con churros de esos que te gustan a ti, pero podemos dejarlo para más tarde.

—¿Sexo o chocolate? Difícil elección... Estoy por vestirme.

—No, Ojos bonitos, ya es tarde: el desayuno tendrá que esperar.

Saber que Lisa estaba caliente hizo que a Berto se le despertase aún más el hambre de sexo. Su manó bajó hacia la vagina de Lisa mientras observaba sus abultados pezones. El pecho de Lisa había aumentado considerablemente y a Berto le encantaba el nuevo tamaño de estos. Lisa, ardiendo en deseos de sentir a su querido novio dentro, se sentó sobre él y, con un gemido de placer, comenzó a moverse. Disfrutaron de una placentera sesión de sexo matutino. A Berto le encantaba ver cómo el pecho de Lisa se movía cuando ella cabalgaba sobre él y ella gozaba viendo la cara de placer de Berto. Agotada, pero cerca de llegar al clímax, Lisa aceleró sus movimientos hasta sentir cómo él descargaba dentro de ella, momento en que se dejó llevar por un intenso orgasmo.

Tras acabar, la pareja entró en un estado de sopor, hasta que el timbre les despertó de golpe.

—Seguro que es tu madre. Si no viene a ver qué tal estás le da algo.

—Menos mal que la dije que hoy pensaba dormir hasta tarde, que no viniese... Creo que se fastidió el desayuno.

Sin embargo, no era la madre quien llegó, sino José y Raquel.

—¿No me digas que aún estabais en la cama? ¡Vaya par de vagos! Bueno... eso u os he jodido el polvo. Venga, dile a la dormilona de tu novia que se levante que traigo el desayuno. —José, como siempre, entró lleno de energía.

—Mira por dónde, habíamos hablado de ir a buscar unos churros con chocolate, pero vienen ellos a nosotros. Gracias, tío. Lisa, ven corre. Son José y Raquel y traen comida.

—¡Uy! ¡Con el hambre que tengo! No os lo comáis todo que os conozco. Ya voy.

Los cuatro amigos degustaron el desayuno y llamaron a David, María y Lorena quienes, junto a Elena, se fueron a comer una barbacoa improvisada a Ucieda, otro paradisíaco paraje cántabro situado en el municipio de Riente, muy popular sobre todo por la explanada a la que todos los veranos miles de personas acuden a disfrutar del buen tiempo y de la singular naturaleza del valle de Cabuérniga. Tras comer, David y Berto fueron a bañarse al río que recorre esas tierras, como tantas veces habían hecho a lo largo de los años.

—Estoy pensando en decirle a Lisa que se case conmigo —confesó Berto a David.

—Me parece bien, aunque ¿no crees que es un poco pronto?

—Puede ser, pero me apetece mucho y creo que me va a decir que sí.

—¿Habéis hablado alguna vez de ello?

—Solo por encima. Alguna vez me ha comentado que le gustaría casarse en un futuro, pero no hemos concretado nada. En realidad, hasta el embarazo no hemos hecho ningún plan.

—Tú como veas, pero si aceptas un consejo y, si me lo estás diciendo, es porque quieres saber mi opinión, esperarías a que naciese el bebé y ver cómo os va.

—Puede que tengas razón. A decir verdad, es algo que se me ha venido a la mente en los últimos días. Ya sabes que con Belén siempre tuve esa ilusión y ahora con Lisa siento que va llegando el momento.

—Hagas lo que hagas, ya sabes que yo te apoyaré. Estoy seguro de que os irá genial y Lisa dudo que se niegue.

—Estoy pensando en cómo hacer la pedida. Tiene que ser un día especial, una sorpresa memorable. Seguramente espere a que nazca el bebé, sí. Pero tienes que ayudarme a preparar algo único.

Y mientras se bañaban, Berto y David fueron ideando una pedida de mano con tintes apoteósicos.

Ya de vuelta en Torrelavega, José, Elena, Lorena, Berto y Lisa fueron al Kaos a hacer compañía

a la novia de José. David y María se marcharon a casa a bañar a la pequeña Alicia. Tomaron cubatas todos menos Lisa, pues le tocaba practicar la abstinencia debido a su embarazo y Elena comenzó a tomar unos chupitos con unos chicos que tenían la intención de ligar con ella. La chica se emborrachó más de la cuenta y se lio con uno de ellos, más por despecho y tratando inútilmente de dar celos a Berto que por placer propio. Sus amigos se dieron cuenta de que Elena no estaba en buenas condiciones y trataron de llevársela, lo que acabó con una disputa con el otro grupo de chicos que a punto estuvo de llegar a las manos. Finalmente, Lorena consiguió sacarla del Kaos y poco después Berto y Lisa se marcharon de vuelta a casa.

—Siento lástima de la pobre Elena, lo está pasando fatal —indicó Lisa.

—¿Qué es lo que le pasa? Nunca la había visto así. Se ha cogido una cogorza buena.

—¿Cómo puede ser que no te hayas dado cuenta? Elena está enamorada de ti.

—¿De mí? No digas tonterías. —Berto, incrédulo, no daba crédito a lo que llegaba a sus oídos.

—Desde mucho antes de llegar yo. Tenía mis sospechas por la forma en que te miraba, por cómo hablaba contigo... Pero cuando volvió de Sevilla ella misma me lo confesó. La pobre me pedía hasta perdón.

—¡Madre de Dios! Ahora entiendo muchas cosas... Nunca imaginé que estuviera de verdad enamorada de mí. Pobre chica, tiene que ser duro querer a alguien y verlo con otra persona. Yo sería incapaz de verte con otro hombre.

—¿Ah, no? Mira que yo lo había pensado... —apuntó Lisa bromeando.

—¡Pero mira que eres mala! ¿Ya estás pensando en dejarme?

—Qué tonto eres. Jamás te dejaré... y como te vayas con otra, esta que tienes aquí abajo te la arranco —dijo riendo Lisa mientras agarraba a Berto de sus partes íntimas.

—Con lo caliente que me pones, ¿para qué me voy a ir con otra? Pero suéltame, mujer, que si no voy a ir por la calle marcando más de la cuenta.

Llegaron a casa, Lisa se fue a darse una ducha mientras Berto se disponía a hacer la cena, mientras pensaba en la pedida de mano que ya estaba preparando junto a David y con la que esperaba sorprender a su amada, a la vez que obtener un ansiado «sí, quiero». Cuando acabó de poner los platos sobre la mesa, Lisa apareció sonriente y totalmente desnuda.

—¿Pretendes que cene contigo así?

—No pienso dejar que me toques hasta que no acabe de cenar... Tú puedes hacer lo que quieras.

—Lisa se contoneó, dejando que sus pechos se movieran ante la lujuriosa mirada de su novio.

Berto cenó a toda prisa, con una evidente erección y muchas ganas de yacer con Lisa, pero ella, juguetona, se lo tomaba con mucha calma, poniendo al chico de los nervios y disfrutando viendo como a Berto se le iban los ojos hacia su cuerpo, sin importarle en absoluto su tremenda barriga ni la robustez de sus muslos. Cuando acabó de comer, bebió un trago de agua, dejando caer un buen chorro por su cuerpo de forma intencionada, haciendo que sus pezones se erizaran al momento. Trató de secarse con sus manos, jugando con sus pechos y sonriendo a Berto con fogosidad. Él ya no pudo resistir más y se lanzó a devorar a besos a su chica. Y allí, en el sofá de aquel salón, los amantes unieron una vez más sus cuerpos, olvidándose del mundo hasta que el orgasmo los dejó exhaustos, y después fueron a la cama. Lisa cayó rendida casi al instante mientras Berto la miraba cada vez más enamorado.

Agosto

Lisa pasó la noche con contracciones. Berto quiso llevarla al Hospital Universitario Marqués de Valdecilla, pero ella quiso esperar. Aún quedaban tres días para que saliese de cuentas, pero el bebé tenía toda la pinta de estar ya preparado para venir al mundo. En contraste con la

tranquilidad de ella, Berto era todo un manojo de nervios. A las ocho llamó a Lorena, quien le dijo que estuviese tranquilo. Media hora después fue David quien tuvo que «soportar» los nervios de su amigo y se fue a visitarlo junto a María y la niña. Estaba deseando ver nacer al pequeño y a la vez se sentía asustado, pues tenía la sensación de que algo iba mal. De nada sirvió ver a Lisa tranquila, a pesar del dolor de las contracciones que tenía más o menos cada 50 minutos, ni el saber que las pruebas realizadas unos días antes indicasen que todo estaba perfecto. Berto llevaba varios días en los que apenas dormía y en esos momentos le temblaba hasta la voz. Finalmente, montaron en el coche y se fueron al hospital.

Pasaban unos minutos de las diez de la mañana cuando llegaron al hospital y allí afirmaron que Lisa estaba de parto, pero que aún faltaban unas horas antes de que su hijo viese la luz.

—¿Va todo bien? —preguntó Berto con un hilo de voz a la comadrona.

—Sí, tranquilo. El latido es fuerte y constante, el bebé está bien. Tardará seguramente unas horas, es el primer parto y apenas ha dilatado, pero no hay ningún motivo para preocuparse.

Berto se sentó al lado de Lisa quien, desde la cama, se mostraba sonriente.

—Dentro de pronto tendremos a nuestro hijo con nosotros cielo. Tranquilízate anda, que al final vas a acabar por ponerme de los nervios a mí.

—Si es que no puedo esperar más. De ganas metía yo la mano ahí abajo y lo sacaba yo mismo.

—Ja, ja, ja. Mira que eres bestia. Otra cosa vas a meter, pero tendrás que esperar un tiempo me temo.

—Qué remedio me va a quedar, aunque merecerá la pena. Me vas a dar un hijo, Ojos bonitos. No sabes lo feliz que me estás haciendo. Te amo con toda mi alma.

—Y yo a ti, Cara linda. No puedo imaginar una vida más feliz. Espero... —Lisa enmudeció ante una nueva contracción y apretó la mano de Berto intentando de alguna manera traspasarle algo del dolor que sentía—. Espero que, sea niño o niña, sea tan feliz como lo soy yo ahora.

Un par de horas después, la situación apenas había cambiado. La comadrona pasó a comprobar cómo iban las cosas y volvió a dejar sola a la pareja. Lorena se acercó y habló un rato con los chicos, aunque no tardó en marcharse puesto que era día laboral y debía acudir a trabajar. Lisa comenzaba a verse un tanto cansada, después de apenas haber dormido en la noche, y los nervios de Berto iban en aumento, aunque trataba de aparentar calma para no traspasárselos a la madre de su hijo. Sonó el móvil de Berto, era Elena quien, a través del WhatsApp, les mandaba ánimo y mucha suerte. Berto no pudo sino sentirse agradecido a la vez que algo triste por su amiga, a quien admiraba por su entereza, sobre todo tras enterarse un par de meses antes de que lo amaba en secreto. «Ojalá encuentre a alguien que la quiera como yo quiero a Lisa», pensó.

Sobre las dos de la tarde, con contracciones cada media hora, Lisa ordenó a Berto que fuese a comer algo. Le hizo caso y engulló un sándwich y, antes de volver al lado de Lisa, salió un par de minutos a tomar el aire. Allí vio a un chico fumando un cigarro y estuvo tentado de pedirle uno, para intentar calmar los nervios con aquel vicio que dejó atrás hacía años. Finalmente, subió a la habitación donde se encontró a Lisa dormida.

Una contracción fortísima despertó a la chica de golpe, al tiempo que rompía aguas, empapando las sábanas de su cama. Berto llamó a la comadrona quien volvió a tranquilizarlo una vez más.

—Siete centímetros ya. Queda poco chicos, un poco de paciencia que pronto iremos a la sala de partos. Lisa, dijiste que no querías la epidural, ¿verdad?

—No sé si me arrepentiré, pero prefiero que sea totalmente natural.

—De acuerdo. De todas maneras, estamos a tiempo. Si cambias de idea, dímelo, pero tiene que ser rápido: si las contracciones aumentan ya no podremos ponerla.

—Aguantaré, pero gracias.

Berto no estaba muy de acuerdo. Ver sufrir a su novia no le hacía gracia alguna, aunque Lisa estaba decidida a hacerlo así. Poco después, cuando las contracciones se prolongaban durante varios segundos y se sucedían cada tres minutos, llegó el momento de ir a la sala de partos.

Siguiendo las indicaciones de la comadrona, Lisa comenzó a empujar al llegar una de las contracciones, mientras Berto a su lado no perdía detalle de lo que allí pasaba. La cara de la chica reflejaba el dolor que sufría, así como el esfuerzo que realizaba para dar a luz. Grandes chorretones de sudor caían por su rostro mientras de manera lejana oía las palabras de ánimo de Berto. Él quiso ver cómo su hijo salía, sorprendiéndose al ver la tremenda dilatación de la vagina de Lisa, aunque la emoción lo embargó al ver poco a poco aparecer la cabeza del bebé. «Vamos, un esfuerzo más; ya sale la cabeza», oyó Lisa decir a la comadrona y, al sentir una nueva contracción, empujó con todas sus fuerzas sintiendo cómo parecía desgarrarse hasta su alma. Con dos empujones más, el resto del cuerpecito terminó por salir.

Los siguientes segundos fueron un suplicio para la pareja y les parecieron eternos. El recién nacido, en brazos de la comadrona, parecía inerte, hasta que esta sopló suavemente sobre su nariz, abrió la boca, dio su primera bocanada de aire y rompió a llorar.

—Felicidades, es una niña preciosa. —Las palabras de la comadrona, mientras ponía al bebé sobre la madre, llegaron muy lejanas a la feliz pareja que, llorando de emoción, apenas se atrevían a tocar a aquel pequeño ser humano.

—Mi dulce Lis, mi pequeña. Oh, cielo. Gracias por hacerme tan feliz. Os quiero. —Con lágrimas en los ojos, Berto besó a ambas.

—Gracias a ti, cielo. Ahora comienza lo duro. Juntos tenemos que conseguir que nuestra pequeña crezca feliz.

La comadrona cogió a Lis de nuevo para lavarla, pesarla y hacerle un chequeo rutinario. Invitó a Berto a salir, diciéndole que en una hora ambas estarían en el cuarto y, tras dar un beso a Lisa y a su hija recién nacida, salió de la sala de partos aún con lágrimas en los ojos y una enorme sonrisa en su rostro. Miró el reloj: eran las seis y media de la tarde y era padre desde escasos minutos antes.

En la puerta del hospital esperaban sus amigos, que corrieron a abrazarlo nada más verlo asomar sonriendo. Berto les dijo que todo había ido bien y que Lisa y él eran padres de una niña. Bromearon con él y David le amenazó con mimar a la pequeña Lis de la misma manera que Berto hacía con Alicia. Tomaron un refresco en el bar del hospital mientras hacían tiempo a que madre e hija subieran al cuarto y, sobre las ocho de la tarde, Berto subió al cuarto mientras el resto de amigos esperaron a que él les diese el visto bueno para subir. Al llegar se encontró con Lisa dando el pecho a la recién nacida.

—¡No veas con qué ganas chupa! —le dijo Lisa nada más verle—. Me va a dejar sin pezones.

—Eso no, ¿eh? Tienen que quedar vivos para mí. Están abajo todos estos. Cuando acabes, les mando subir, si quieres. ¿Cómo te encuentras?

—Bien, algo cansada pero feliz y muy relajada.

—Bueno, que suban a ver a Lis, ¿no? Se irán rápido.

—Claro, cielo. ¿Llamaste a mi madre? Esta mañana le dije que estaba algo molesta y seguro que está preocupada.

—Sí, está de camino. La pobre se ha disgustado por no haber podido estar aquí, pero está muy contenta. Creo que llegaba a Santander a las ocho.

Berto llamó a sus amigos, que no tardaron en subir. Lorena, José, María y David felicitaron a

Lisa, les entregaron unos regalos y todos estuvieron de acuerdo en que tenía los ojos de la madre. «Son preciosos, como los de mi dulce Lisa», opinó Berto. Poco después llegó Luisa, la abuela de Lis, quien se echó a llorar nada más ver a la pequeña. Al poco rato, los chicos se marcharon para dejar descansar a Lisa y Berto tuvo una pequeña discusión con su suegra.

—Vete a casa hijo, estarás cansado.

—No, yo me quedo con ellas. Vaya usted que estará agotada del viaje.

—No, estoy bien. Además, tú vas a dormir con ellas todas las noches. Déjame disfrutar de ellas por un día.

—Quiero pasar la primera noche de Lis con ella.

—Deja que mi madre se quede —medió Lisa—, por no oírla, se puede dar dinero.

—Está bien —refunfuñó Berto—. Pero mañana a primera hora estaré aquí.

Contra su voluntad, Berto tuvo que marcharse a casa solo. Sin embargo, estaba contentísimo. Todo había salido bien, su hija estaba sana y no podía ser más feliz. Al llegar a casa se dio una ducha y cenó algo, y poco después se metió en la cama con la intención de ver una película. Poco después, su móvil sonó.

Era su hermano Juan, del que no sabía nada desde que le pagó su parte de la herencia de sus padres. Al principio, pensó en no cogerle el teléfono, pero finalmente respondió.

—Hola, Berto, ¿qué tal te va?

—Bien, gracias, ¿qué quieres?

—Estoy en Madrid, acabo de llegar. Mañana cogeré un vuelo hacia Santander. Me gustaría verte.

—¿Para qué? Hace tiempo que dejaste de preocuparte de mí.

—Tienes razón, y no me siento orgulloso de ello. Eres mi hermano y no me he portado nada bien contigo. Es por eso por lo que he vuelto: quiero hacer las paces contigo.

—¿Qué es lo que quieres, Juan? Vienes de improviso y en actitud muy pacífica para tratarse de ti. ¿Tienes problemas?

—No, al contrario: todo me va genial. Pero me he dado cuenta de que necesito a mi hermano.

—Está bien. No sé qué ocultas, pero si quieres verme nos veremos. Si no mientes, hablaremos, aunque te va a costar recuperar mi confianza.

—Te juro que no vengo a pedirte nada. Solo vengo a hacer las paces y a conocer a mi cuñada; tengo entendido que estáis muy enamorados.

—Bueno, sí... Quizá quieras conocer también a Lis, tu sobrina. Ha nacido hoy.

—¡No me digas! ¿Por qué no me dijiste nada? Bueno, en realidad, yo mismo me lo he buscado. Te llamo mañana cuando llegue, ¿de acuerdo?

—Está bien, mañana hablamos.

Berto, se quedó pensando. Estaba convencido de que Juan ocultaba algo. Era un interesado y no haría un viaje tan largo sin un motivo. De todas maneras, era su hermano y muy a su pesar lo quería. Probablemente acabaría decepcionándolo de nuevo, pero tenía ganas de verlo tras unos años de distanciamiento. Pensando en ello, finalmente Berto se quedó dormido.

A las siete de la mañana del día siguiente, Berto se levantó y, tras asearse y desayunar, salió rumbo al hospital. Antes de las ocho ya se encontraba en el cuarto, donde lo esperaba Lisa con una sonrisa y visiblemente recuperada del esfuerzo del parto. La pequeña Lis dormía profundamente y Luisa no dejaba de mirarla. Berto le estaba contando la conversación telefónica con su hermano Juan de la noche anterior cuando este lo llamó de nuevo. Acababa de llegar a Santander y Berto le dio el número de habitación, hacia donde Juan se dirigió de inmediato. A los pocos minutos,

apareció por la puerta.

—Berto, hermano... cuántas ganas tenía de verte —dijo Juan, a modo de bienvenida, mientras daba un abrazo al hermano que hacía años que no veía.

—Te veo mayor, Juan. Mira, ella es mi novia Lisa, Luisa es su madre y ahí, en la cuna, está Lis, mi hija.

—Un placer conoceros a todas. ¡Vaya! Esta pequeñaja se parece a su madre, qué suerte has tenido...

—Tan gracioso como siempre. Juan se cree el guapo de la familia, aunque ahora con tan poco pelo quizá sea hora de que cambie de opinión.

—Bueno, la percha está ahí... Cambiando de tema, supongo, Lisa, que mi hermano te haya contado algo sobre nosotros. Llevamos unos años un poco alejados, en gran parte por mi culpa. He venido para tratar de arreglar la situación.

—Me alegro Juan. Espero que sea así. Aunque no lo reconozca, a Berto le duele que estéis enfadados —intervino Lisa por primera vez.

—No quiero molestar. Voy a instalarme en un hotel en Torrelavega. Estaré una semana por aquí, ¿cuándo salís? Me gustaría invitaros a cenar.

—En el piso de papá y mamá está Luisa, pero ella misma ha dicho que puedes quedarte allí si quieres. En principio, mañana nos vamos para casa.

—¡Oh! Gracias. No es mi intención causar problemas ni que se sienta incómoda. Creo que es mejor que me vaya al hotel.

—Como prefieras, pero me sabe mal que el hermano de mi yerno se vaya a un hotel, habiendo habitaciones libres. A fin de cuentas, yo soy de fuera...

—No se preocupe Luisa, estaré bien. Me voy, Berto, ¿me llamas cuando puedas quedar?

—Claro. Te acompaño.

Los dos hermanos se dirigieron al aparcamiento del hospital, donde Juan tenía el coche que había alquilado para poder desplazarse libremente. Antes de marchar, Juan volvió a disculparse.

—Berto, espero que puedas perdonarme. Sé que me he comportado como un egoísta y aparentemente no me ha afectado la muerte de nuestros padres. Sabe Dios que he llorado como nunca en mi vida. Mi reacción no ha sido para nada la mejor, pero creí que la mejor forma de no recordar era intentar olvidar.

—Yo te perdono, Juan, si tus disculpas son sinceras. Pero no se puede olvidar el pasado, ni mucho menos que tienes un hermano. Fuiste un referente para mí y me fallaste. Recuperar mi confianza te va a costar.

—Lo sé y lo entiendo. Además, no estuve muy acertado reclamando la herencia...

—Eso me hubiera dado igual. Lo que realmente me dolió es que no te preocupases en llamar, ni siquiera cuando te dije que Belén me había dejado. Estaba roto.

—Ojalá pudiera cambiar el pasado Berto, pero lo hecho, hecho está. Solo me queda tratar de compensarte y demostrarte que no soy así.

—Está bien, Juan. Mañana deberíamos salir del hospital. Con la niña pequeña, no vamos a ir a ningún sitio, pero puedes venir a cenar a casa y hablamos un rato.

—Me encantaría. Voy a dejar las cosas en el hotel y a ver si consigo ver a algún viejo amigo... si es que se acuerdan de mí.

Los hermanos se separaron y Berto volvió de nuevo al encuentro con Lisa y Lis. Por el camino pensaba en Juan. Realmente parecía sincero, aunque no las tenía todas consigo. Ya le había fallado varias veces y, aunque se alegraba por poder disfrutar de su hermano unos días, tenía el temor de

que en algún momento le pidiera algo y descubriera el verdadero motivo por el que había vuelto a Cantabria. Decidió no comerse la cabeza y disfrutar del momento: tenía una novia estupenda, una hija recién nacida preciosa y además su hermano estaba a su lado. No podía pedir más.

Como cabía esperar, al día siguiente dieron el alta médica a Lisa y a la pequeña Lis y, junto con Berto, pudieron irse a casa. La pareja estaba entusiasmada con su nueva vida y nada más llegar lo primero que hicieron fue instalar a Lis en su nuevo cuarto, pues querían que se fuera acostumbrando desde pequeña poco a poco a dormir sola, aunque las primeras noches las pasase en el cuarto con ellos. Berto se fue a comprar algo de comida pensando en la cena que tenía prevista junto a su hermano, mientras Lisa se quedó en casa en compañía de su hija y de su madre Luisa, quien no quería separarse de ellas ni un instante.

Mientras hacía la compra, Berto llamó a Lorena.

—¡Hola! ¿Qué tal Lis? —preguntó Lorena.

—Perfecta, es buenísima. No hace más que dormir y comer. Ha venido Juan.

—¿Tu hermano? ¿Qué quiere ahora?

—Pues se supone que hacer las paces. Me ha pedido perdón... yo no me acabo de fiar, pero bueno. Esta noche cenamos juntos.

—A ver si es verdad que está arrepentido. Dale una oportunidad, no tienes nada que perder.

—Se la estoy dando, pero no te voy a negar que me cuesta un mundo confiar en él.

—Es lógico, después de lo que ha hecho.

—Bien, supongo que David te ha contado los planes para el día de Todos los Santos.

—Por encima. Estáis preparando una buena, ¿no?

—Sí. Va a ser una pasada. Estoy deseando que llegue.

—Estás loco, pero me alegro. Por cierto, abren una nueva sucursal de mi curro en Torrelavega. Adivina quién va a ser la directora.

—¡Enhorabuena! Me alegro por tu ascenso. Además, a Lis le vendrá muy bien tener una madrina con alto poder adquisitivo —anunció Berto.

—¿Cómo? Pensé que la madrina iba a ser Luisa.

—Esa era la intención, pues David va a ser el padrino (no le digas nada), y la madrina debía escogerla Lisa. Pero al hablar con su madre, ella mismo dijo que, aunque le haría muchísima ilusión, lo normal era que fuese alguien más joven. Lisa dijo entonces que no se imaginaba nadie mejor que tú. Sus amigas viven en Cáceres y están demasiado lejos.

—Una ahijada... ¡qué ilusión! Muchas gracias, entre el ascenso y este notición, ya me has alegrado el día —exclamó Lorena exultante.

—Bueno, íbamos a decírtelo Lisa y yo juntos, pero no he podido aguantarme. En realidad, yo te llamaba para preguntarte si querías venir a cenar esta noche.

—Ja, ja, ja ¿necesitas refuerzos por si tu hermano quiere pelea? Iré si os apetece, aunque ¿no preferís algo más íntimo?

—Tú eres de la familia. Y a mi hermano siempre le caíste bien. Seguro que se alegra de verte.

—Muy bien, sobre las ocho estaré en tu casa. Yo llevo el vino. Voy a seguir que tengo que preparar el traslado.

—Hasta luego.

Berto terminó de hacer la compra y volvió a casa, donde Luisa había preparado una succulenta comida a base de ensalada y ternera guisada. Comieron tranquilamente, mientras Lis dormía en su cuarto. Luisa comentó a la pareja que quería quedarse por tiempo indefinido en Torrelavega para estar cerca de su nieta, y Berto le dijo que muy gustosamente le cedía el piso de sus padres el

tiempo que ella quisiera. Tras la comida, aparecieron David y María con su hija y pasaron la tarde entretenidos charlando. Cerca de las ocho de la tarde, Berto y Lisa se quedaron solos y comenzaron a preparar la cena. No tardaron en llegar tanto Juan como Lorena, que se saludaron efusivamente y, antes de la cena, tomaron una copa de vino mientras hablaban.

—Bueno, Juan, ¿y qué tal por Canadá? Desde que te fuiste apenas he sabido de ti —preguntó Lorena.

—Pues bien, la verdad. Para ser sincero muchas veces echo de menos la tierruca, pero la calidad de vida allí es excelente.

—Joder, pues para echar de menos Cantabria, poco has llamado —protestó Berto.

—Tienes toda la razón. No tengo disculpa, pero ya te he dicho que quiero poner remedio a eso.

—Bueno, lo importante es que ahora estás aquí —medió Lisa.

—Sí. En realidad, sí tengo un motivo para venir. Y antes de que digas nada Berto, es algo positivo: quería invitaros a pasar las Navidades conmigo. Iba a pagar los billetes y la estancia, pero, al ver que habíais tenido a Lis y suponiendo que siendo tan pequeña no querríais hacer un viaje tan largo, hablé con Karol y, si queréis, podemos venir nosotros.

—Vaya, has conseguido sorprenderme. Para nada me esperaba algo así. —Berto estaba sorprendido y emocionado—. Me haría ilusión pasar la Navidad contigo después de tantos años, Juan. Tendremos que hablar Lisa y yo sobre ello, aunque creo que sí, para Lis es muy pronto para hacer un viaje tan largo.

—¿Por qué no hacemos una cosa? —Ofreció Lisa—. Venid vosotros este año y el siguiente vamos nosotros a Canadá.

—¡Me parece perfecto! ¿Tú que dices Berto? —preguntó Juan.

—Si Lisa está de acuerdo, yo encantado.

—¡Olé! Qué gran noticia. ¡Dame un abrazo hermano!

Todos los temores de Berto quedaron disipados aquella noche. Juan estaba igual de encantador que antes de irse hacia Canadá. Se le veía arrepentido y dispuesto a arreglar todas las diferencias que les habían ido separando a lo largo de los años. Especial ilusión le hacía el hecho de pasar la Navidad con su hermano y ansiaba que llegase ya diciembre para disfrutar junto a él. La noche fue perfecta, entre bromas, risas y recuerdos de una infancia que, aunque habían dejado atrás hacía muchos años, permanecía muy viva en el recuerdo de los hermanos.

Los días siguientes Berto y Juan se vieron a diario. Este compró juguetes a su sobrina hasta que Berto tuvo que mandarle que parase, pues Juan era un comprador impulsivo y, cuando empezaba, no tenía fin. Muy a su pesar, llegó el día de la despedida.

—No sabes cuánto me alegro de haber dado este paso, Berto. Ojalá no volvámos jamás a perder el contacto.

—De ti depende, Juan. Yo estoy encantado de verte.

—Estoy deseando que llegue ya diciembre para volver.

—Y yo. Dale un beso a Karol y a los pequeños.

Berto y Lisa se despidieron de Juan en el aeropuerto Seve Ballesteros de Santander, esperando allí hasta que el avión despegó rumbo a Madrid, donde cogería el enlace que le llevaría de vuelta a Canadá. Ya en el coche, Berto no pudo evitar sentir tristeza por despedirse de su hermano, aunque a la vez estaba orgulloso por haber recuperado su relación.

Noviembre

El 2 de noviembre era el día elegido por Berto para pedir a Lisa que se casase con él. Llevaba meses preparando el acontecimiento con la ayuda sobre todo de David, y también de Lorena. El

resto de amigos no sabían nada. Berto deseaba decírselo, pero prefirió guardar el secreto para evitar que sin querer llegara a oídos de Lisa. Habían quedado todos para pasar el día en una cabaña rural, a excepción de Elena. Aunque Berto hubiera preferido invitarla, sabía que para la chica sería un mal trago y prefirió evitárselo. Bastante mal lo pasaría cuando se enterase, si es que Lisa el daba el «sí, quiero».

Con la disculpa de ayudar a David a montar unos muebles en casa de los padres, los dos amigos habían acudido el día anterior para preparar la sorpresa. Cuando llegaron, cada uno de los chicos se encontró con un sobre en el que había una nota:

Hoy va a ser un día lleno de sorpresas. En el sobre, junto a esta nota, cada uno de vosotros tiene un número. Por la cabaña hay escondidas varias sorpresas... que irán siendo reveladas poco a poco. Encima de la mesa del salón hay dos cestos. En uno, están todos vuestros números. En el otro, una serie de notas. Cada media hora, debéis sacar un número y, el que tenga dicho número, coger una de las notas. Disfrutad de la fiesta.

El juego hizo mucha gracia a los amigos. El primer número en salir fue el siete, correspondiente a José. Cogió una nota: «Ve a la cocina. En la nevera, en la segunda balda, bajo las cervezas, encontrarás tu regalo».

José hizo lo que decía la nota y se encontró con un sobre: «una cena para dos en El Refugio».

—¡Mira Raquel! Nos vamos de cena. ¿Quién paga todo esto?

—¡Oh! Gracias, chicos. Una cena en El Refugio, ¡con las parrilladas que hacen allí! —comentó, agradecida Raquel.

—¿Qué más da quién lo pague? —dijo Lorena, quien sabía que todo había sido idea de Berto—. Tú disfruta del premio.

—¿Has sido tú? No creo, con lo tacaña que eres... —bromeó José—. Tiene pinta de ser de Berto.

—Sí, hombre, te voy a pagar yo a ti una cena quedándome yo en casa... ¿Estamos locos o qué? —disimuló Berto.

Los chicos siguieron bromeando, tratando de descubrir de quién había sido aquella idea. Berto y David disimulaban, Lorena se divertía, Lisa estaba desconcertada, María, que no sabía nada de aquello, sorprendida, aunque se olía por dónde podían ir los tiros, José disfrutaba como un niño pequeño y Raquel estaba fascinada por las ocurrencias de aquellos amigos.

Llegó el momento de sacar un nuevo número, y fue el uno, perteneciente a Lorena. Cogió otro sobre y leyó: «ve hasta la chimenea, allí, tras una figura, tendrás tu premio». Lorena rebuscó y encontró dos entradas para un concierto a elegir en el verano.

—¿A elegir? Ya sé a cuál voy a ir... y os vais a pegar por ser mi acompañante, ja, ja, ja.

—Siempre podemos poner escote e ir todos —opinó David.

—Si queréis... pero el premio es mío, así que yo no pago.

En ese momento, Lis se despertó llorando, pidiendo su ración de comida. Lisa la cogió y se dispuso a darle pecho, mientras que Berto y David fueron a coger unas cervezas.

—Berto, creo que deberíamos decírselo a José; al final nos va a descubrir.

—Le acabo de mandar un WhatsApp diciéndole que es idea mía, pero que no diga nada a nadie porque está todo preparado para darle una sorpresa a Lisa.

—¿Y qué te ha dicho?

—¿Ya te vas a casar? Cómo me conoce el cabrón.

—Ja, ja, ja, es que eres transparente como el agua, Berto.

—Y soy tonto... ¡Me va a dar un ataque! Vaya nervios...

—Ya queda menos, hombre.

Volvieron al salón y de nuevo sacaron número. Llegó el turno del cuatro, que estaba en poder de Lisa. Como José y Elena, cogió una nota y la leyó en alto: «Tienes la suerte de haberme encontrado. Ahora, debes subir al cuarto principal y buscar debajo de la cama...». Lisa subió y el resto del grupo fue tras ella. Miró bajo la cama, tal y como decía la nota y allí encontró una nueva nota con una nueva sorpresa: «¿Te apetece viajar? Quizá un fin de semana en Potes te venga bien. No es demasiado lejos, pero esas vistas a los Picos de Europa son únicas. Ahora decide: ¿quién te va a acompañar?».

—Mira, cielo, nos vamos a Potes. Este juego cada vez me gusta más.

—Genial. No has estado nunca, ¿no? Es una zona preciosa —dijo Berto.

—No, no lo conozco. Pero he visto fotos y parece precioso. Me va a encantar. Muchas gracias, amigo invisible. ¿Os ha tocado a alguno la lotería? ¡Vaya despliegue!

Llegó la hora de comer e iban tres regalos. Faltaban otros cuatro, pero el grupo de amigos hizo una pausa para degustar un exquisito cocido montañés. Entre risas, Lisa y Lorena intentaron descubrir quién estaba detrás de todo aquello. María comenzaba a tener claro que detrás de todo aquello estaban David y, sobre todo, Berto y prefirió no tirar de la cuerda para no revelar nada. José ardía en deseos de dar la noticia, pero no podía hacerle eso a su amigo. David se lo pasaba en grande viendo las caras de todos ellos y Berto estaba cada vez más impaciente: se lo estaba pasando bien, pero a la vez la espera era eterna.

Después de comer, continuaron con el juego. Salió el dos, número que tenía Berto en su poder. Cogió un nuevo papel: «Bajo el cojín del sofá tienes tu regalo». Efectivamente, allí estaba la nota con una sesión de spa en un conocido balneario de Cantabria. No tardaron los amigos en sacar un nuevo número, el seis, correspondiente a Raquel quien, algo avergonzada, leyó para todos: «Te va a tocar escalar... en la lámpara del pasillo tendrás tu respuesta». Con la ayuda de una banqueta consiguió alcanzar Raquel la lámpara y con ella el papel anunciando que disponía de un cheque regalo en una tienda de ropa de Santander.

—Vamos que aquí se ha lucido el invisible. Raquel encantada claro, pero ¿si me llega a tocar a mí? —José odiaba profundamente ir de compras, algo que era sabido por todos en aquel grupo.

—Pues te va a tocar acompañarme... Y no te quejes que algo te compraré —afirmó una divertida Raquel.

—¡No te digo! Eso más que un premio es una putada. Pero bueno, me sacrificaré.

—Bueno, solo quedamos tú y yo amor —dijo María, a quien comenzaba a poderle la intriga.

—Sí, ¿qué tal si lo abrimos ya? —respondió David.

—Es pronto todavía, pero si queréis, así podemos hacer otra cosa —dijo Berto, con ganas de acabar ya y dar paso al plato fuerte del día.

—Venga, pues María, coge un papel, yo me quedo el último.

Ambos cogieron sus respectivas notas. María tuvo que rebuscar entre los platos de la cocina, David, salir hasta el recibidor. Ella recibió de regalo una sesión de masaje en la compañía que eligiera y él un abono familiar para el Balonmano Torrelavega, club al que seguían todos los amigos y que la temporada anterior luchó por ascender a División de Honor, cayendo en la final. Tras aquello, fue Berto quien tomó la palabra:

—Bueno, acabado el juego, llega el momento de revelar quién está detrás de todo esto. Debo dar las gracias a David, por ayudarme a organizarlo. Hoy es un día muy importante para mí, llevo tiempo preparándolo todo y quería que vosotros, que sois mi familia, estuvierais presentes. Los últimos años han sido muy duros para mí, como todos sabéis. El distanciamiento con mi hermano,

la muerte de mis padres y el abandono de Belén me dejaron muy tocado. Fuisteis vosotros quienes me ayudasteis a salir del pozo, y por eso siempre os estaré agradecido y quise preparar esta sorpresa. Pero, si hay una persona que me ha cambiado la vida, esa ha sido Lisa. Apenas llevamos juntos un año y nueve meses, pero han sido los más maravillosos de mi existencia. Lisa, tú y Lis lo sois todo para mí, me haces mejor persona, y por ello quiero pasar el resto de mis días a tu lado. Te amo.

—Yo también, cariño —dijo una emocionada Lisa mientras los amigos aplaudían.

—No concibo mis días sin ver tus bellos ojos, ni tu eterna sonrisa. No imagino vivir sin oírte a todas horas, con tu charla incansable. No puedo vivir, Lisa, sin saber que tú estás a mi lado, que cada noche puedo abrazarte, que cada mañana escucharé tu risa. No sé cómo explicarte todo lo que te amo, lo intensos que son mis sentimientos, que hoy ya no soy nada sin ti. Puedo estar horas, vida mía, tratando de explicarte todo lo que te quiero, pero prefiero demostrártelo con hechos.

Mientras Berto hablaba, sin que los chicos, salvo David, se dieran cuenta, un grupo de *rock* cántabro había tomado la casa y justo al dejar de hablar el chico, comenzaron a tocar la balada favorita de Lisa: *Si amaneciera*, de Saratoga. La chica no daba crédito y, aunque la sorpresa le estaba encantando, una sospecha hizo que comenzara a preocuparse. Al acabar la canción, la banda hizo entrega a Lisa de un precioso ramo de rosas rojas y Berto volvió a hablar.

—Lisa, cuando comenzamos a salir, estaba muerto de miedo. Tenía miedo de que saliese mal, de que me dejases, de volver a sufrir. Pero no tardé en darme cuenta de que eres una mujer única, con la que espero compartir cada día del resto de mi vida. Así que —dijo mientras sacaba una maravillosa alianza del bolsillo y se arrodillaba junto a Lisa— solo espero que sientas lo mismo y accedas a hacerme el hombre más feliz de la tierra. Lisa, ¿quieres casarte conmigo?

Lisa se quedó pensando, atónita. En realidad, sabía que Berto ansiaba casarse, aunque pensó que aún quedaba un tiempo antes de que se lo pidiese. De hecho, nunca habían tenido una conversación seria sobre aquello. Trató de pensar rápido, tenía a Berto esperando y a sus amigos expectantes. Ya había estado casada y aquello acabó fatal. Obviamente, tanto Berto como ella eran más maduros, pero no estaba segura de que casarse otra vez fuera lo que deseaba. Tras meditarlo unos instantes, finalmente habló:

—¡Oh, Berto! Esto que has hecho es lo más bonito que nadie ha hecho por mí en la vida. No paras de sorprenderme y te estaré agradecida toda mi vida. Ya sabes que estuve casada en una ocasión y lo pasé muy mal para divorciarme. Te quiero con locura cielo, pero necesito pensar. No puedo contestarte ahora.

—Pero... —Berto apenas acertaba a articular palabra tras oír aquello—. Pensé... pensé que te haría ilusión.

—Ojalá estemos toda la vida juntos, pero quiero estar totalmente segura de hacer lo mejor para todos. Para ti, para mí y para nuestra hija.

—De acuerdo, pero no esperaré toda la vida a que tomes tu decisión.

Sin más, Berto salió de allí corriendo. Sus ojos se anegaron en lágrimas y no quería que nadie lo viese así. No se explicaba qué había salido mal, estaba convencido de que Lisa diría que sí, pero ahora se daba cuenta de lo equivocado que estaba. Quizá debería haber hablado antes con ella para conocer sus intenciones. Mientras tanto, Lisa intentó salir tras él, pero los amigos la convencieron de que lo mejor era dejarle solo unos momentos. Finalmente, fue Lorena la que fue en su busca, sabiendo que sus palabras siempre hacían entrar en razón al chico.

Lo encontró desolado en un viejo roble cerca de la casa rural.

—¿Por qué eres tan tremendista? No te ha rechazado; ella te quiere y simplemente necesita

tiempo para asimilarlo. Deberías haber previsto que esto podía ocurrir.

—He tratado de hacer que el día fuera inolvidable y solo he conseguido hacer el ridículo.

—¿Estás seguro? Nos lo hemos pasado todos fenomenal, ha sido un día increíble y Lisa está conmovida con tanta sorpresa. Pero piénsalo bien: ella lo pasó mal en su anterior matrimonio, lleváis menos de dos años juntos y ya sois padres... es normal que quiera pensarlo.

—Tú siempre tan cabal Lorena. Tienes respuesta para todo, pero ¿sabes qué? A veces te equivocas. Sé que Lisa me quiere, pero me duele que me rechace de ese modo. Sí, soy impulsivo, y probablemente debería haber hablado antes con ella, pero pensé que le haría ilusión. ¿Me he equivocado? Ahora es muy fácil decirlo.

—Estoy segura de que finalmente querrá casarse contigo, pero tú conoces a Lisa mejor que nadie. Sabes que le gusta pensarse las cosas, más cuando se trata de algo importante.

—Solo quiero estar un rato a solas y aclarar mis ideas. No estoy enfadado, solo disgustado. ¿Puedes volver y decirles que estoy bien? En un rato voy.

—Está bien, pero no tardes.

Aunque le costase reconocerlo, Berto sabía que una vez más Lorena tenía razón. Su reacción era desproporcionada. Tenía que haber hablado con Lisa, aceptar que quisiera pensarlo y tratar de convencerla de que se casase con él. En lugar de ello, se enfadó como un niño chico y salió corriendo. Era un estúpido y reacciones como esa eran las que hacían que Lisa se pensase si valía la pena casarse con él. Tenía que aprender a pensar más antes de actuar, a ver las cosas desde otro punto de vista. Más animado, volvió de nuevo con sus amigos y con su amada Lisa.

Lisa se encontraba dentro de la casa cuando Berto llegó. Se sentía confundida ante la reacción de su novio. Entendía que se sintiera frustrado ante su solicitud de tiempo para decidir si quería casarse con él, pero salir corriendo como lo hizo no era muy normal. Se alegró al verlo de vuelta, aunque al mismo tiempo no sabía muy bien qué decir. Fue él, sin embargo, quien se dirigió a ella.

—Lisa, lo siento. Entiendo que quieras tomarte un tiempo para pensarlo. No debería haberme marchado así. Espero que puedas perdonarme.

—No pasa nada, cielo, pero debes controlar esas reacciones. No te he rechazado, solo me ha pillado por sorpresa y necesito pensar qué es lo mejor, nada más. Sé que te hace ilusión casarte, pero es un paso muy importante y tenemos tiempo de sobra por delante, ¿no crees?

—Esperaré el tiempo que necesites cielo. Al menos espero que hayas disfrutado de la fiesta.

—¡Pero si ha sido fantástico! Sabía que esto tenía tu sello... y que detrás había algo.

—Bueno, chicos, ¿no pasa nada! ¿Seguimos con la fiesta? —preguntó Berto mucho más animado.

El grupo de amigos recuperó la compostura y pronto todos olvidaron lo que acababa de suceder. Todos menos Lisa y Berto, él porque por dentro estaba decepcionado y ella ya que no dejaba de pensar en la propuesta de su novio. Poco antes de cenar, Lisa fue al baño y María la siguió.

—Entiendo que tengas miedo —observó María—, pero Berto es un buen chico y os amáis. Todo os va a ir bien.

—Estoy segura de ello, María, pero aun así necesito pensar un poco sobre ello. Siempre le doy muchas vueltas a las cosas, no sé si es bueno o no, pero es mi forma de ser.

—Y es totalmente respetable. Simplemente quería que tuvieras en cuenta mi opinión, si sirve de algo.

—Se agradece. Al final es una decisión muy personal. Yo a Berto lo quiero con toda mi alma. Es, junto a Lis, lo mejor que me ha pasado en mi vida. Si no me hubiera casado antes no hubiera dudado en decir que sí, pero al final, no deja de ser un papel, y para mí no es una prioridad.

—Es comprensible. Conozco a Berto desde hace años y siempre quiso crear una familia. Es un

tanto convencional y por ello tiene tantas ganas de casarse. Sus padres estaban decepcionados porque, a pesar de los años que estuvo con Belén, ella nunca quiso dar el paso y en cierto modo Berto quiere homenajearlos casándose contigo. Además, tiene miedo a perderte.

—¡Pero eso no va a ocurrir! Lo amo, María, pero me ha pillado por sorpresa. Acabaré por decirle que sí, casi seguro, aunque prefiero hacerlo de una manera más íntima.

María se quedó satisfecha con las respuestas de Lisa, y esta a su vez empezaba a darse cuenta de lo importante que era el matrimonio para Berto. Al fin y al cabo, ¿qué había de malo en casarse? Era el hombre de su vida y estaba plenamente convencida de que no podía ser más feliz que lo que era a su lado. Pensó en las dudas que tuvo el año anterior, cuando Berto le ofreció dejar su empleo y convertirse en su socio. Finalmente aceptó y él demostró ser un excelente compañero de trabajo, enseñándole todo aquello que necesitaba saber, resolviendo sus dudas y contando con su opinión para cada paso que daba. Fue todo un éxito, la empresa no hacía sino crecer e incluso estaban pensando en abrir una pequeña oficina y contratar a un par de informáticos que los liberasen de la carga de trabajo y así tener más tiempo libre para pasar con su hija.

Lisa se sentó al lado de Berto y estuvo muy cariñosa con él el resto de la tarde. Aquella noche la pasarían todos en la casa rural y al día siguiente tenían comida. Berto se mostró pensativo todo el tiempo, aceptando con gusto los cariños de su novia, aunque algo sorprendido por el cambio de actitud con él. Tras el disgusto, ella se mostró cambiada, más atenta de lo normal, Berto supuso que era debido a la culpabilidad que con toda probabilidad Lisa sentía por haberle rechazado. Trató de no pensar más en el asunto y disfrutar de Lisa. Se encontraba radiante, con un brillo inusual en los ojos y se sintió más enamorado que nunca.

El resto del fin de semana pasó sin consecuencias. El grupo de amigos disfrutó de las horas que estuvieron juntos y casi sin darse cuenta llegó el momento de volver a Torrelavega. Se despidieron y cada cual se fue a su casa. Berto estaba exhausto y se fue a duchar con la intención de irse pronto a dormir, pero Lisa tenía otros planes y no tardó en meterse en la ducha con él. Juguetearon e hicieron el amor allí mismo. Ya en la cama, Lisa preguntó:

—¿De verdad tienes tantas ganas de casarte conmigo?

—Me hace muchísima ilusión, cielo. Ya te he dicho en alguna ocasión que es algo que me encantaría, pero entiendo que quieras esperar. No te preocupes, esperaré hasta que te sientas preparada.

—Sabes que te quiero con toda mi alma.

—Lo sé. Y yo también a ti. Cada día doy gracias por tenerte.

—Sí, quiero.

—¿Cómo? —Berto, incrédulo, necesitaba confirmar lo que acababa de oír.

—Que me casaré contigo —confirmó Lisa, con una sonrisa y los ojos llorosos.

—¡Oh, Dios! ¿De verdad? Pero... ¿Por qué ese cambio?

—Ayer todo me pilló por sorpresa, no me lo esperaba... Pero luego lo he ido pensando y cada vez me ha resultado más fantástica la idea.

—Lisa, no sabes lo feliz que me haces.

—Casi tanto como yo lo soy a tu lado.

Berto no podía estar más entusiasmado. Un día antes se sintió frustrado al sentirse rechazado y, sin embargo, ahora Lisa cambiaba de opinión y accedía a casarse con él.

Enero

Casi sin tiempo a asimilar que ya estaban prometidos llegó la Navidad y, con ella, el final del año. Una vez tomada la decisión de casarse, Lisa se puso manos a la obra, afanándose en buscar una fecha y restaurante cercano. Berto había hablado con el padre Ángel, el párroco de Tanos, quien con mucho gusto les permitió utilizar la Ermita de Santa Ana para la ceremonia. Finalmente, la fecha elegida fue el veintisiete de mayo y Berto y Lisa se encontraban ahora eligiendo un lugar donde celebrar el banquete.

—Creo que el Palacio de Santillana es el mejor —opinó Berto.

—Es bonito, aunque a mí me gusta mucho el de Solares.

—Pero nos pilla más lejos. Santillana está a un paso.

—Pues si te parece bien ese, ya está. —Accedió Lisa.

—Yo lo que quiero es casarme contigo. El lugar es lo de menos.

—¿Por qué me quieres? —preguntó ella con una sonrisa.

—Cómo explicártelo con palabras... Te quiero por tu mirada, por tu sonrisa, porque das luz a cada uno de mis días. Eres mi alegría, mi motivación, quien me mantiene en pie y da fuerzas para luchar cada mañana. Te amo por tu ternura, por esos besos que me dejan sin aliento, por tus pocos defectos y cada una de tus virtudes. Adoro cada segundo a tu lado, cada roce... Te quiero por ser tú.

La pareja se besó apasionadamente, dispuesta a hacer carnal una vez más su gran amor. Aunque la pequeña Lis se despertó de la siesta, interrumpiendo lo que a punto estaba de comenzar. Faltaban dos días para la llegada de los Reyes Magos y la pequeña de solo tres meses no hacía nada más dormir y comer aunque, eso sí, crecía a pasos agigantados.

A mitad de enero tuvo lugar la ya tradicional cena de amigos, en la que los hombres se encargaban de todo. María, Elena, Lorena, Lisa y Raquel, quien se unía por vez primera al acontecimiento, charlaban mientras tomaban unas copas en La Catedral. Desde dos días antes, Lisa había vuelto a sentir aquellos dolores de cabeza, acompañados de mareos que ya tuvo el año anterior. Al igual que la vez primera, lo achacó al estrés y los nervios por organizar la boda, para la que solo faltaban cuatro meses. Lorena no tardó en darse cuenta de que su amiga no se encontraba del todo bien.

—¿Qué te pasa, Lisa? No tienes muy buena cara.

—Me duele algo la cabeza, pero no es nada importante.

—Eso es la falta de alcohol —bromeó María—. Llevas ya un año de abstinencia. A mí me pasó lo mismo con Alicia. Una cerveza de vez en cuando es casi tan importante como un orgasmo.

—Ja, ja, ja. Debe de ser eso. La verdad es que me dais una envidia tremenda. Lo que daría por tomar una bien fresquita.

—Bueno, ¿ya tenéis fecha? —preguntó Elena con un nudo en el estómago.

—Sí. Será el veintisiete de mayo. Así que ya sabéis, chicas: prohibido hacer planes para ese

día.

—Ni para el fin de semana anterior —puntualizó María—. La despedida de soltera tiene que ser inolvidable.

—¡Qué peligro tenéis! No sé yo si llegaré a la boda después de salir con vosotras...

—Pues te perdiste la de María. —Recordó Lorena—. Acabamos en Madrid después de estar dos días por Gijón...

Las chicas hicieron tiempo mientras hablaban, hacían planes de futuro y bromeaban sobre la boda de Lisa en lo que debía ser el acontecimiento del año. Todas ellas se mostraban felices, incluso Elena quien, aunque no había olvidado ni mucho menos a Berto, tenía ya asumido que jamás obtendría su amor. A eso de las nueve fueron a casa de David y María donde sus parejas y amigos se afanaban en preparar una opípara cena. Allí, la estrella era Berto, que no paraba de recibir bromas de sus amigos, amenazándole con dejarle sin despedida si no se encargaba él del trabajo sucio del día. Berto aguantó estoicamente las burlas riendo casi sin cesar, pues aún se encontraba bajo una inmensa felicidad desde el día en que Lisa le dio el «sí, quiero».

Las mujeres llegaron justo cuando ellos terminaron de preparar la cena y todos ellos pasaron una gran noche que acabó cerca del amanecer.

Berto y Lisa fueron a casa y, a pesar del cansancio acumulado en un divertido pero agotador día, hicieron el amor antes de irse a dormir, aprovechando que esa noche Lisa se encontraba con su abuela. Desde su nacimiento, las ocasiones en las que disfrutar del sexo habían disminuido, puesto que el bebé se llevaba gran parte de su tiempo, aunque el deseo y pasión que sentían el uno por el otro era cada vez mayor. Lisa había recuperado su figura tras el parto, e incluso se veía más delgada, a pesar de que sus pechos eran más abultados, algo que a Berto lo tenía embriagado. Con su prometida cabalgando a horcajadas sobre él, ver cómo botaban sus tetas con los pezones endurecidos no podía ponerle más cachondo.

Unos días después, los prometidos firmaron un contrato de alquiler de un céntrico local en Torrelavega, donde a partir de ese momento desarrollarían su trabajo con la ayuda de dos chicos a quienes habían entrevistado recientemente y entrarían a formar parte de la plantilla de Programaciones Libe, empresa que acababan de crear al cincuenta por ciento ante la insistencia de Berto de ceder a Lisa la mitad de su negocio. Todo iba viento en popa y, a pesar de que la apuesta era un tanto arriesgada, los beneficios eran cada vez mayores y con la ayuda de los nuevos empleados la previsión era aún mejor.

—Si todo va bien, en un año triplicaremos la plantilla —dijo un optimista Berto.

—No tan rápido. Vamos a ver cómo va antes, ¿no?

—¿Acaso tienes dudas? Aprovechando que el local es grande y tenemos espacio de sobra podemos también montar una tienda de reparación de ordenadores y venta de productos informáticos.

—Eso estaría bien, Berto, pero primero deberíamos estabilizar el negocio.

—Sí, estaba pensando que, si todo va como esperamos, para después del verano podríamos ponerlo en marcha.

—Claro. Es buena idea, pero sin prisa cielo.

El local apenas necesitaba reforma. Estaba recién pintado, disponía de una sala principal de unos noventa metros cuadrados, donde Berto tenía previsto montar la tienda en un futuro, una oficina en la que podían trabajar sin problema alguno ocho o diez personas, un amplio almacén y un lavabo. Lisa había encargado unas mesas y silla de oficina, y Berto tenía ya comprados un par de ordenadores que, sumados a los que ya tenían en casa, junto a una impresora, serían la

herramienta de trabajo para ellos y sus nuevos empleados. En un máximo de tres días todo estaría preparado y ambos se encontraban ansiosos de poder comenzar.

Lisa echó un ojo al que era su nuevo negocio. Hacía tan solo dos años, no podía ni imaginar que iría a meterse en un proyecto semejante. Sin embargo, tras empezar a salir con Berto y conocer su trabajo, comprobó que las posibilidades eran infinitas y que en su trabajo estaba perdiendo salud, tiempo y dinero. Asociarse con su prometido fue una decisión difícil, pues trabajar con tu pareja puede ser contraproducente, pero lo cierto es que se compenetraban perfectamente, él era un compañero excelente y además cada día estaba más enamorada. Volvió a sentir aquella conocida sensación de mareo que tan familiar le era últimamente, sobre todo cuando se ponía nerviosa. Había aprendido a no prestarle demasiada atención, por lo que ignoró sus problemas y sonrió: al lado de Berto era la mujer más feliz de la Tierra.

Poco después llegaron David y José con una furgoneta, pues habían quedado con Berto para ir a recoger los muebles de la oficina. Dejaron allí a Lisa y marcharon en busca del mobiliario. De camino, José les hizo una confesión.

—Raquel va a dejar el Kaos. Ha aprobado las oposiciones que estaba preparando y se va a Oviedo.

—Eso son buenas noticias para ella... ¿Qué vas a hacer tú? —preguntó Berto.

—No lo tengo muy claro. Tengo un trabajo estable, una casa hipotecada... Toda mi vida está aquí.

—Siempre podéis tener una relación a distancia. De aquí a Oviedo hay menos de dos horas —apuntó David.

—Sí, probablemente es lo que hagamos. Al menos de inicio. Pero no me gusta la idea. Al principio haces por ir, pero con el tiempo la distancia va a ser un inconveniente.

—¿Estás pensando en dejarla? —volvió a preguntar Berto.

—No lo sé, Berto. Ahora mismo no tengo ni idea de lo que voy a hacer. Yo quiero a Raquel, pero si no me voy con ella no va a funcionar.

—Es algo en lo que tienes que pensar. Lleváis un año juntos y debes de saber si merece la pena dar el paso e irte con ella. Yo no tengo ninguna duda de que lo haría. Seguiría a Lisa allá donde fuera.

—Ya, de eso no tengo ninguna duda, ja, ja, ja. No quiero dejarla, pero me asusta marchar y que no salga bien.

—¿Admites un consejo? —Ofreció David—. No tienes nada que perder y sí mucho que ganar. Eres un currante nato. Te gusta tu trabajo y no vas a tener problema alguno en encontrar empleo allí. Busca y prueba. Lo peor que puede pasar es que tengas que volver aquí.

—Seguramente sea lo que haga. Al menos si a Raquel se le pasa el enfado.

—¿Habéis discutido?

—Sí, ayer. Me dijo que había aprobado y que la destinaban a Oviedo. Tiene que estar allí en una semana y me pilló por sorpresa. Mientras hablábamos de ello le di a entender que eligiera entre el trabajo o yo. No era eso lo que quería decirle, pero me malinterpretó.

—Pues acláralo, cuanto antes mejor.

Berto recordó entonces la discusión que tuvo con Lisa a raíz de la muerte de su padre. Por no hacer las cosas bien, pensó que iba a perderla. Ahora tenía claro que iría con ella al fin del mundo. No podía imaginar la vida sin Lisa y Lis a su lado. Lo mismo pasaba con José, estaba enamorado de Raquel y acabaría marchándose. Se alegraba por él, aunque sentiría la marcha de uno de sus mejores amigos. Así con todo, decidió dar un empujón a su amigo.

—José, el amor puede con todo. Hacéis una pareja estupenda y os queréis. David tiene razón: ve con ella. Os va a ir bien, eso seguro, y estaremos cerca. Además, ¿qué es lo peor que puede pasar? ¿Que vuelvas? Siempre serás bien recibido.

—Gracias, chicos. Creo que tenéis razón. Solo que asusta, es un paso muy importante. Hablaré con Raquel.

Recogieron los muebles y los dejaron en la nueva oficina, todo bien colocado a la espera de llevar los ordenadores. Después, Berto, Lisa y David fueron en busca de Lorena y María quienes, junto a las pequeñas Alicia y Lis, los acompañaron a un céntrico restaurante para cenar. José mientras tanto fue al Kaos donde habló con Raquel y accedió a mudarse con ella a Oviedo.

Mayo

Y al fin llegó mayo, el mes más esperado por Berto y Lisa. En unos días se casarían. El negocio iba mucho mejor de lo previsto y Berto estaba ansioso por aumentar el personal y estrenar la tienda. Lisa, más cauta, consiguió persuadirle y aplazarlo todo hasta después de su boda, pues con todos los preparativos apenas tenían tiempo de pensar en otra cosa. Cuanto más cerca estaba el día, el estrés, los mareos y dolores de cabeza se volvían más frecuentes y, aunque trató de ocultárselo a Berto, este acabó por darse cuenta. Finalmente, le prometió ir al médico si persistían tras el enlace, aunque Lisa estaba convencida de que eran fruto de los nervios y ansiedad.

Un fin de semana antes de la boda, David y José, por un lado, y Lorena y María por otro, organizaron sendas despedidas de soltero. A los chicos se unió Juan, el hermano de Berto, que había llegado de Canadá el día antes junto a su mujer Karol, quien iría a la despedida de Lisa junto a Raquel y Elena. Ellos prepararon la despedida en Gijón, visitando algunos de los pubs míticos de la zona, aunque la mayor parte de tiempo lo pasaron en una cabaña que alquilaron en el Valle de Bueida, al sur de Asturias, un bonito paraje natural que les recomendó José, el único de los amigos que conocía aquel sitio.

Por su parte, las chicas celebraron la despedida en Logroño, realizando una visita a una de las muchas bodegas de la zona y pasando gran parte del tiempo jugando a distintos juegos y pruebas, en una especie de competición entre despedidas de solteros organizada por una empresa especializada. Tanto los unos como las otras lo pasaron en grande, aunque todos ellos en realidad estaban impacientes por disfrutar de la boda, sin duda alguna el acontecimiento del año para todo el grupo.

A pesar del tiempo que llevaban viviendo juntos, Berto y Lisa cumplieron con una vieja tradición que impide a los novios dormir juntos la noche antes de la boda y, mientras él se quedó en su piso, acompañado por su hermano, Lisa pasó la noche junto a su madre y Karol en el que perteneció a los padres de Berto.

El día del enlace, Berto despertó a las seis de la mañana y, sabiendo que sería incapaz de conciliar el sueño de nuevo, se levantó y desayunó. Disfrutó de un paseo matutino, tratando de calmar los nervios, y a las nueve ya estaba duchado y prácticamente listo, así que se acercó hasta la Ermita de Santa Ana, en Tanos, donde tendría lugar la ceremonia, para comprobar *in situ* que estaba todo en orden.

A pesar de su pequeño tamaño, la Ermita de Santa Ana es cada año elegida por decenas de parejas para casarse. Construida en el siglo xvii, es motivo de orgullo de los habitantes del pueblo de Tanos, situado a las afueras de Torrelavega y perteneciente a su ayuntamiento. Aunque no había vivido nunca allí, Berto frecuentaba mucho el pueblo, puesto que su madre nació en él y desde niño visitaba las fiestas que, en honor de santa Ana y la virgen de las Nieves, celebraban en Tanos a finales de julio.

Impaciente y sin mucho que hacer, Berto pasó por casa de Lorena, aunque no había nadie puesto que se encontraba en la peluquería junto a María, Karol, Raquel, Elena y Lisa, así que llamó a David intentando quedar con alguien con quien tratar de estar entretenido y calmar la impaciencia. «Debería disfrutar de cada minuto de este día, en lugar de estar tan nervioso», pensaba Berto. Pero la realidad es que apenas podía esperar a que todo comenzase. Finalmente, tras dar por imposible localizar a alguno de sus amigos que no estuviera ocupado, volvió a su casa para terminar de prepararse mientras repasaba mentalmente los pasos a seguir en su inminente boda.

Mientras tanto, Lisa trataba de no ponerse nerviosa, aunque, primero su madre despertándola a voces y más tarde sus amigas en la peluquería, estuvieron a punto de sacarla de quicio. Así con todo, logró mantener cierta calma y disfrutar con una buena conversación en la peluquería, así como con los jocosos comentarios de Gabriel, el peluquero al que solían ir y que nunca dejaba pasar la ocasión de burlarse de todo aquel que entraba en su salón de belleza, aunque rara vez alguien se molestaba, puesto que si de alguien se reía más que de otra persona era de sí mismo.

Una vez peinada y maquillada, Lisa fue a ponerse el vestido de boda junto a Lorena, quien la ayudó a vestirse.

—Te veo muy tranquila... Tu futuro marido debe de estar atacado.

—Uy, seguro. Ya sabes cómo es. No creo ni que haya dormido —contestó Lisa a su amiga—. Estoy más nerviosa de lo que parece, aunque trato de llevarlo.

—¿Y qué tal esos dolores de cabeza?

—Pues hoy no me duele, aunque estos días he estado algo aturdida. Supongo que, a partir de mañana, una vez quitado del medio todo este jaleo, vayan remitiendo.

—De todas maneras, deberías mirarlo, Lisa. Seguramente no sean más que migrañas pasajeras, pero hay veces que esconden algo detrás.

—Berto me ha hecho prometerle que iremos al médico después de la luna de miel si sigo con molestias.

—Conociéndolo, lo raro es que no te haya llevado ya de cabeza —dijo Lorena riendo—. Por cierto: hasta ahora no se me había ocurrido- pero estás divorciada, ¿no?

—Sí —reconoció Lisa—, pero si lo dices por lo de casarme con Berto por la Iglesia, fue una boda civil.

—Lo suponía. E imagino que lo de hacerlo en la Ermita de santa Ana sea petición de Berto.

—Así es. Supongo que sabrás que su madre nació en Tanos. Al parecer, siempre quiso ver casarse a Berto en la ermita y él ha querido hacerlo allí en su memoria.

—Bonito detalle. Uno más... Y los que quedan —dijo sonriendo Lorena.

—¡Miedo me dais! ¿Qué tendréis preparado? —Lisa sabía que Berto y sus amigos habrían preparado algún tipo de sorpresa.

—Me temo que tendrás que esperar para descubrirlo, Ojos bonitos.

Ambas acabaron de vestirse, Lorena dio los últimos retoques de maquillaje a Lisa y llamaron a Pedro, el chico que llevaría a la novia a la iglesia en una preciosa calesa negra tirada por dos imponentes caballos de raza española que, por mediación de José, habían conseguido prácticamente gratis. Luisa esperaba impaciente a su hija y, en cuanto la vio llegar, sonrió por primera vez en aquel día.

Mientras las chicas acababan de arreglarse, Berto llegó a la ermita, habló con el párroco, el padre Luis, al que conocía desde pequeño y que había recibido con entusiasmo la llamada de Berto pidiéndole que dejase por unos días sus quehaceres en Madrid para casarle con Lisa, repasaron algún pequeño detalle y vieron cómo poco a poco iban llegando invitados y curiosos.

Santa Ana era pequeña y no tardaría en llenarse.

Berto vio cómo llegaban todos sus amigos: David y María, junto a su hermana Laura, quien llevaba en brazos a su ahijada Alicia. José, acompañado de Raquel, con quien Berto estaba seguro de que no tardaría en casarse. Poco antes se habían mudado a Oviedo y se les veía encantados. «A ver si sienta a cabeza de una vez», pensó. A su lado se sentó Elena, preciosa, a quien todos miraron al pasar con deseo. Sonrió a Berto, aunque su mirada no era en absoluto de felicidad. Berto pensó en lo caprichosa que es la vida. Elena era probablemente la chica más bella que había conocido nunca, inteligente, agradable... Sin Lisa en su vida, muy probablemente hubiera acabado con ella, pero el destino no estaba de parte de su amiga. Sintió una punzada de remordimiento por no haber sabido corresponder a su amor, aunque estaba seguro de que tarde o temprano ella también encontraría al hombre de su vida.

Berto recorrió las hileras de bancos y vio a compañeros de sus antiguos trabajos, algún que otro amigo y gente que había recorrido el largo viaje desde Extremadura para asistir a la boda. Miró el reloj, apenas faltaban un par de minutos para la una de la tarde, la hora prevista para comenzar. Con el corazón a punto de salirse por su boca, vio a su cuñada Karol entrar acompañada de Lorena y supo que todo estaba a punto de comenzar.

En ese instante, Lisa se estaba bajando de la calesa, ayudada por Juan, su cuñado y padrino de boda, pues Berto y ella habían decidido que fuese él quien la llevase al altar y Luisa, su madre, quien ejerciese de madrina. Se dirigió a la puerta de una ermita de santa Ana totalmente abarrotada y la música comenzó a sonar. Al fondo, en el altar, Berto miraba a su futura esposa sonriendo de oreja a oreja.

El primero en hablar fue el cura. El padre Luis quiso tener un detalle con Miguel, el padre de Lisa, y con Julián y Marga, padres de Berto, todos ellos fallecidos y a los que, sin duda alguna, les hubiera encantado ver a sus hijos en aquel momento. Luego, el sacerdote contó una pequeña anécdota.

—Conozco a Berto desde que nació. He tenido el honor de bautizarle y darle por primera vez el cuerpo de Cristo. Fue un niño un tanto travieso, aunque de una nobleza suprema, además de una inteligencia innata. Seguro que, como yo, todos los que lo conocéis desde su infancia habréis respondido a varias de sus constantes preguntas. Recuerdo un verano en el que Berto empezaba a dejar de ser niño, pero aún no había entrado en la adolescencia. Por aquel entonces, hablaba bastante conmigo pues, aunque no destaque por ser muy devoto, siempre tuvo una gran afinidad conmigo. Afecto por otro lado que siempre fue mutuo. Un día se acercó y me dijo: «Padre, he conocido a la mujer con la que me vas a casar algún día. Vive lejos, pero seguro que algún día Dios la traerá de vuelta a mi lado». Yo no pude sino reír y contestarle: «Berto, conocerás a muchas mujeres. No te queda aún por vivir antes de dar con la correcta». Él me miró muy serio y afirmó: «Ya lo verás, padre. Te llamaré para decirte cuándo y, si tienes razón y acabo con otra, oficiará la misa otro sacerdote». Hace unos meses, Berto me llamó para decirme: «Padre, ¿te acuerdas de lo que hablamos hace más de veinte años? Pues Dios la ha puesto de nuevo en mi vida. Tienes que casarme». Y aquí estoy, aún sorprendido por la llamada, pero feliz de ver a esta bella pareja, pues creedme: he oficiado muchas misas, pero pocas veces he visto tanto amor en los ojos de un futuro matrimonio como el que veo en sus ojos.

Berto, quien se acordaba perfectamente de aquella historia, miraba a una boquiabierta Lisa, que no podía creer del todo que lo que el cura contaba fuera cierto. El padre Luis, a pesar de ser un cura de edad avanzada, estaba acostumbrado a tratar con la juventud y sabía cómo hacer una misa amena. Además, estaba casando a alguien muy especial para él, por lo que se afanó en hacer una ceremonia de lo más bella posible. Casi sin darse cuenta, llegó el momento en que Berto y Lisa debían darse el «sí, quiero» y, tras finalizar los cánticos del coro, Luis volvió a hablar.

—Llegados a este punto, todos estáis esperando que diga la típica frase de «hasta que la muerte os separe», pero cada vez me resulta más difícil decir algo así en un mundo donde a diario se rompen casi más parejas de las que se unen. Siempre fui un cura poco convencional y lo seguiré siendo de por vida. Lisa, Berto: no voy a pedir os que juréis estar juntos por siempre, pues sé que ahora estáis convencidos de que así será, tanto como lo estoy yo de que lo vuestro es amor verdadero y de que será duradero. Pero ninguno sabemos qué nos va a deparar el futuro. Lo que sí os voy a pedir es que os miréis a los ojos y juréis cuidar el uno del otro, amaros y ser lo más felices posible mientras os dure el amor. Quiero que cojáis vuestras manos y juréis no haceros daño y, si ambos estáis de acuerdo, daré mi beneplácito a este matrimonio.

—Lisa —Berto comenzó a hablar nada más callar el padre Luis—, nunca pude imaginar un día más feliz que este. Y es que, siempre supe que eras tú. Nada más ver tus ojos. Sí, traté de negarlo, cerrar la coraza y no pensarte. Pero siempre supe que eras tú, que a partir de ese instante cada mañana despertaría soñando tu cara, que cada vez que el aire rozase mis labios anhelaría que no hubiera espacio hasta los tuyos. Supe que eras tú y puedo sentirte a mi lado cada segundo, recordar cada palabra, cada sonrisa... por más tiempo que pase sin mirarnos. Te huelo en el viento y sueño con que siempre sigas siendo tú. Claro que juro cuidarte y no hacerte daño. Mi mayor sueño es ser tu marido y sé que te amaré hasta la muerte.

—Oh, Berto... Sabía que hoy me harías llorar. —La cara de Lisa estaba bañada en lágrimas de felicidad al igual que la de alguno de los presentes—. Sé que jamás me harás daño y no se me ocurre nadie mejor con quien pasar el resto de mi vida.

—Bien, amigos —continuó el sacerdote—. Aquí tienen una pareja que se ama de verdad. Démosles nuestra bendición para que se unan en santo matrimonio y recemos para que sigan amándose hasta el final de sus días. Yo os declaro marido y mujer.

En ese momento, Berto y Lisa se dieron su primer beso de casados. Fue un beso lleno de pasión, la misma que se profesaban cada día y gracias a la que su amor parecía no tener fin. La ceremonia acabó y salieron de la ermita donde fueron rociados con arroz, tal y como manda la tradición, para posteriormente ser despedidos al estilo montañés: pito, tambor y un grupo de chicos y chicas vestidos con trajes tradicionales de Cantabria bailando y cantando al son de los instrumentos. Todo un espectáculo del que cualquier cántabro que se precie se siente orgulloso y no dudará en recomendar ver a todo aquel que pregunte.

Todos los invitados montaron en un autobús contratado para la ocasión y fueron dirección Santillana, donde tendría lugar el banquete. Durante la comida no faltaron los «viva los novios», «viva el padrino» y demás vítores que suelen oírse en cada boda. María, David, Lorena, Raquel, Elena, Karol, Juan y José compartían mesa y, por una vez, José no llevaba la voz cantante. Ni siquiera era de los que más habían bebido. Berto veía a sus amigos y sonreía viendo a José de lo más concentrado. Estaba seguro de que el esfuerzo de su amigo por beber poco y mantenerse sobrio debía de ser grande, pero el motivo merecía la pena. No en vano, Berto era de los pocos que conocían los planes de José, quien había hablado con él un par de semanas atrás.

—Entonces, ¿me dais permiso para hacerlo? —Había preguntado José, una vez explicados sus

planes.

—Claro que sí. —Fue la respuesta de Berto—. A Lisa seguro que le gustará.

—Perfecto entonces. Voy a prepararlo todo. ¡Muchas gracias!

Berto miró a Lisa y ambos sonrieron pensando en lo mismo. Estaban ya con la tarta y, muy pronto, después del primer baile, llegaría la sorpresa que José tenía preparada.

—¿Y dices que nadie más sabe nada? —preguntó Lisa a Berto.

—Nadie. José lo ha llevado todo en secreto. Lo que le ha tenido que costar, conociéndolo...

—Ja, ja, ja. Seguro. Pero mejor así, va a quedar genial.

En la otra mesa, Lorena estaba sorprendida del comportamiento de su amigo. Parecía otra persona. Habían asistido a unas cuantas bodas y siempre acababa bebido y dando la nota, eso sí, siempre con su humor infinito. Le preguntó un par de veces y José siempre sonreía diciendo que no pasaba nada. «Es que quiero acordarme de este día al completo, que al final siempre acabo con lagunas», les dijo con sorna una de las veces, lo que provocó las risas generalizadas de todo el grupo, que acabaron por contagiar a todo el comedor.

Llegó el momento del esperado baile. El mítico *Vals de las Mariposas* sonó y, tras dejar los primeros compases para los recién casados, poco a poco se fueron uniendo más parejas, hasta que casi todos los presentes acabaron bailando poco o mucho aquella primera canción. Tras finalizar, se presentó la cantante.

—Buenas tardes a todos. Es para mí un placer amenizar la boda de Berto y Lisa. Soy Alba Alberti, aunque creo que muchos ya me conocéis. Junto a mí están Luis y Oscar, pero, antes de ponernos todos a bailar, creo que Lisa va a lanzar el ramo, así que chicas, ya sabéis: poneos todas al fondo.

—Hola, chicas. Bueno, seguro que hay más de una candidata a ser la siguiente novia —dijo Lisa una vez estuvieron todas en posición—. Sin embargo, siento decepcionaros, pero no voy a tirar el ramo. Y es que un buen amigo me ha pedido que se lo entregue directamente a una persona.

Ante la sorpresa de todos los presentes, Lisa se dirigió a Raquel, mientras la voz de José comenzó a sonar por los altavoces.

—Dicen que de una boda siempre sale otra, y que el ramo de la novia está destinado para la nueva prometida. Llevo enamorado de ti desde el primer día que te vi y por ello decidí mudarme contigo a Asturias. No solo no me arrepiento de ello, sino que marcharía a las Antípodas si fuera contigo al lado.

Mientras hablaba, José estratégicamente se había colocado a las espaldas de Raquel, quien acabó girándose al percatarse de que los invitados no la miraban a ella, sino a lo que había detrás: el novio que se estaba declarando en esos momentos, quien permanecía arrodillado y sonriente. Cogió el ramo que Raquel tenía entre sus manos y de él sacó un precioso anillo.

—He querido que Lisa guardase este anillo en su ramo, pensando que nada podía darnos más suerte. Raquel, *¿me harás el hombre más feliz del mundo aceptando* casarte conmigo?

—Sí, por supuesto que sí.

La respuesta afirmativa que dio Raquel inundada de lágrimas y llena de felicidad hizo estallar de júbilo a todos los presentes, que vitorearon a los prometidos mientras se besaban apasionadamente. Tras aquello comenzó el baile y corrió el alcohol, acabando la fiesta a altas horas de la madrugada. A pesar del cansancio, a los recién casados aún les quedaron ganas de hacer el amor una última vez, comenzando una fascinante luna de miel de la mejor manera posible.

Julio

Dos meses después de casarse, Berto estaba preocupado. Tanto la boda como la luna de miel salieron a pedir de boca, pero a los pocos días de regresar a Torrelavega, vio algo en Lisa que le inquietaba. Seguía siendo tan cariñosa y atenta como siempre, pero su sempiterna sonrisa no lucía como antaño. Solía dolerle la cabeza y, aunque trataba de ocultarlo, un par de veces al menos Berto se dio cuenta de que sufría algún mareo. Él intentaba hacer la mayor parte del trabajo y había aplazado su idea de empezar con la tienda, a pesar de que el resto del negocio iba de maravilla e incluso habían ampliado la plantilla hasta los quince trabajadores. Finalmente, y tras mucho insistir, consiguió convencer a su mujer para acudir al médico de cabecera quien, a su vez, derivó a Lisa al neurólogo pues, aunque creía que debían de tratarse de simples migrañas o vértigos, quería descartar cualquier enfermedad más grave. Berto, quien había sufrido la pérdida de sus padres, no podía evitar sentirse aterrado ante la posibilidad de perder también a su amada esposa.

Por su parte, Lisa también comenzaba a estar preocupada. Si bien era cierto que había sufrido dolores de cabeza desde pequeña, acentuados en épocas de estrés, últimamente eran más asiduos y se encontraba cansada. Primero estaba convencida de que todo se debía a los preparativos de la boda, pero una vez pasada la ceremonia y plena de felicidad como se encontraba, no solo no habían remitido, sino que cada vez eran más frecuentes. A mediados de julio, un par de días antes de la cita con el neurólogo, quedó con Lorena y le confesó sus miedos.

—Algo no va bien. No sé qué me pasa, pero esto no es normal.

—Bueno, ya verás como al final no es nada grave. —Trató de tranquilizarla Lorena—. Llevamos una temporada de viento sur y entre eso y el clima de Cantabria todos andamos un poco alterados. Yo también estoy agotada en estas fechas.

—Ojalá sea así, pero ya he pasado más veranos aquí y nunca he estado tan mal. Cómo será la cosa para ir al médico yo sin protestar... ¡Con lo que los odio!

—Ya, algo me dijo Berto sobre ello. Pero a veces son necesarios. Supongo que te acompañaré. Si hace falta que me quede con Lis, solo tenéis que decirlo. Estoy todo el mes de vacaciones.

—Pues nos harías un gran favor. Pensaba llevarla con nosotros, porque mi madre se ha ido a pasar unos días al pueblo, pero mucho mejor que se quede contigo.

—Está hecho —zanjó Lorena—. Esta y las veces que haga falta.

—Gracias. Por cierto, ¿qué tal en tu nuevo puesto? —Hacía poco que a Lorena la habían ascendido por segunda vez desde que la conocía y ahora era la delegada de la zona norte de la empresa donde trabajaba. Un puesto en el que cobraba mucho más, pero para el que debía viajar a Asturias, País Vasco, Burgos y Palencia casi todas las semanas.

—Muy bien la verdad. Lo cierto es que, a pesar de los viajes que hago, es mucho más ameno que los anteriores puestos en los que he estado. Estoy encantada.

—Me alegro un montón. ¿Te parece si vamos a recoger a Berto a la oficina y comemos algo por ahí cerca?

—Por mí genial. Así lo veo, que desde que os habéis casado parece que le has puesto cadenas —bromeó Lorena, aunque en parte era cierto. Las reuniones del grupo que solían ser asiduas, se habían espaciado en los últimos meses y desde la boda tan solo habían quedado una vez.

Ambas fueron a buscar a Berto y pasaron la tarde juntos. Charlaron y, por unos momentos, la feliz pareja olvidó los problemas de salud de Lisa. Dos días después, Lorena se presentó en casa de sus amigos para quedarse con su hija Lis mientras ellos acudían a la cita con el neurólogo. Berto estaba hecho un manojo de nervios, Lisa, en cambio, tan solo quería que acabase aquello de la manera que fuese.

La consulta tuvo lugar en el Centro de Especialidades de Torrelavega y Lisa fue atendida por la doctora Peláez, una reputada neuróloga recién llegada a Cantabria del hospital Gregorio Marañón, ya que su marido, un cabo de la Guardia Civil, había sido destinado a Torrelavega y ella solicitó plaza en la misma ciudad. Era una mujer de 39 años, afable y directa. Hizo a Lisa y a Berto multitud de preguntas y realizó un examen, así como un estudio preliminar.

—Lisa, debía haber acudido mucho antes, al notar los primeros síntomas. Voy a solicitar una analítica completa y un TAC. No quiero alarmarla, puesto que los dolores pueden ser de diversas patologías, pero es necesario tener un diagnóstico lo antes posible.

—¿Cree que es grave doctora? —preguntó un aterrado Berto.

—No me gusta sacar conclusiones precipitadas. Puede ser desde migrañas a un tumor, pero es muy pronto para saberlo. Lo que sí voy a hacer es tirar de contactos para que las pruebas las hagan esta misma semana y así poder saber a qué atenernos lo antes posible. De todas formas, Lisa debe estar lo más tranquila posible. En la mayoría de los casos son patologías sin mayor gravedad que las molestias causadas por los dolores, los cuales suelen disminuir significativamente con un tratamiento correcto.

—Gracias, doctora. Espero que así sea —apuntó Lisa, esperanzada al oír que sus dolencias podían tener las horas contadas.

—Tomad estos volantes, debéis entregarlos en recepción. Yo misma me encargaré de que le den cita lo antes posible y, una vez tenga los resultados, llamaré para que acuda de nuevo a consulta.

Las palabras de la doctora tranquilizaron a Lisa, no así a Berto, quien al oír la posibilidad de que su mujer tuviera un tumor sintió una punzada de angustia. Trató de mantener la calma y disimular su miedo delante de Lisa, pero ella se dio cuenta al instante de los temores que le embargaban.

—Cielo, no va a ser nada, ya verás.

—Eso espero, mi vida, pero solo pensar que te pudiera pasar algo...

—De todas maneras, si llegara a pasar, poco podemos hacer para evitarlo, así que ¿qué tal si disfrutamos cada segundo que estemos juntos? —El tono de Lisa se volvió provocativo y sus ojos miraron a Berto con ternura y fuego, ávidos de demostrar una vez más aquel inmenso amor que profesaban hacia él.

Decidieron ir a casa de los padres de Berto, ya que Luisa se encontraba de viaje y la suya estaba ocupada por Lorena y Lis. Necesitaban intimidad y algo de tiempo para ellos solos. Lisa mandó un WhatsApp a Lorena, avisándola de que tardarían un rato en llegar. Aquella mañana la pareja hizo el amor con desenfreno, con Berto acariciando cada milímetro del cuerpo de Lisa, tratando de aprender cada pliegue, cada curva... deseando que el tiempo dejase de correr y permanecer unidos para siempre. Como tantas veces habían hecho anteriormente, la pareja gozó de manera lujuriosa pero, mientras Lisa solo pensaba en disfrutar del placer del sexo con su esposo, este no podía dejar de pensar que quizá aquella sería una de las últimas veces que tuvieran ocasión de hacerlo.

Como les prometió la doctora Peláez, el viernes de esa semana realizaron a Lisa todas las pruebas. Berto no paraba de preguntar por los resultados, pero de todo aquel al que se dirigió obtuvo la misma respuesta: debía esperar a hablar con la neuróloga. Aquel fue el fin de semana más largo en la vida de Berto, hasta el punto de llegar a desesperar a Lisa. La pequeña Lis acabó por contagiarse de los nervios de su padre y apenas paró de llorar en todo el domingo.

El lunes Berto no fue al trabajo, solo dio algunas indicaciones por teléfono a sus empleados, y se quedó esperando una llamada que finalmente llegó a media tarde.

—Lisa, soy la doctora Peláez. Acabo de recibir los resultados. ¿Puede venir mañana a las 10?

—Sí, por supuesto. Mañana estaré allí. ¿Debo preocuparme?

—Mejor se lo explico en persona. Esté tranquila. Buenas tardes.

El martes, tras dejar de nuevo a Lis con Lorena. Berto acompañó a Lisa a la consulta. El que hubiesen llamado tan rápido no presagiaba nada bueno y él sentía unas ganas de llorar enormes. Además, Lisa mostraba una calma desconcertante, como si no le preocupase en absoluto lo que pudiera suceder. Nada más lejos de la realidad: sentía miedo, pero pasara lo que pasase trataría de ser feliz y disfrutar cada segundo que siguiera con vida. Sin embargo, en el fondo ninguno esperaba recibir la noticia que la doctora Peláez estaba a punto de darles.

—Lisa, afortunadamente, las pruebas no han revelado tumor alguno, pero sí nos han dado algún dato relevante sobre sus cefaleas. Las molestias que usted tiene son a mi juicio de dos tipos: una, debido al estrés emocional. Como me ha comentado, los dos últimos años han sido agotadores para usted. Su anterior trabajo, la muerte de su padre, el nacimiento de su hija, la boda... todo ello ha pasado muy rápido y los mareos y dolores de cabeza son una reacción del cuerpo. Es una manera que tiene de decir «basta, necesito un descanso».

—Pero todo eso ya ha pasado y ahora estoy mucho más tranquila —observó Lisa.

—Usted sí, Lisa, pero su mente no. Nuestro cuerpo y nuestro cerebro tienen un límite. A veces no nos damos cuenta y lo vamos sobrecargando y él comienza a quejarse: mareos, dolores de cabeza, fatiga... No son sino síntomas de que necesitamos un descanso. No se preocupe, la mejor receta que hay para esto es la calma. Si pueden, hagan un viaje, trate de trabajar menos horas... Poco a poco verá una mejoría.

—O sea que al final tenía razón y no hay enfermedad alguna. —Lisa sonreía y Berto, aliviado, deseaba salir de allí y abrazarla.

—En realidad, sí que hay algo que debo decirle, pero, antes de nada, debe saber que no es grave, aunque sí puede ser incómodo. Vi algo anómalo en el nervio auditivo y decidí pedir opinión a otorrinolaringología para confirmar el diagnóstico. Es algo bastante común y que normalmente da lugar a acúfenos, es decir, pitidos en el oído.

—Conozco a gente con ello. Muchas veces no se sabe la causa, aunque puede deberse a tumores benignos en el nervio, ¿verdad? —Juan, el hermano de Berto, llevaba años conviviendo con esos pitidos y debido a ello Berto estaba bastante bien informado.

—Así es. Y usted, Lisa, tiene un pequeño tumor en el nervio auditivo. La mayoría de las veces, no crecen, aunque puede ocurrir lo contrario. En ese caso, lo más probable es que comience a oír esos acúfenos o sienta desequilibrio. Muy rara vez es necesario extirparlo y, viendo el tamaño del tumor, no creo que vaya a ser su caso. De todos modos, va a pasar ahora a consulta con el otorrino que le dará más indicaciones.

—Muchas gracias, doctora. Me quedo más tranquila. Y Berto aún más... estaba atacado.

—No tiene por qué darlas. Agradezca que su marido está pendiente de usted y ahora disfruten de la vida.

Mucho más tranquilos, Berto y Lisa se dirigieron a la consulta de otorrinolaringología, donde confirmaron que no tenían nada de lo que preocuparse y, más allá de una medicación para remitir los dolores y mareos, lo único que necesitaba Lisa era relajarse. Fueron a su casa, donde, además de Lorena, se encontraban el resto de sus amigos con cara de preocupación, pues no habían dejado de hacer cábalas sobre los problemas de salud de Lisa además de sufrir en secreto por su amiga ya que, a pesar de tratar de tranquilizar a la pareja, habían visto como Lisa en los últimos tiempos se había deteriorado y se temían lo peor. Sin embargo, nada más verlos entrar por la puerta, se

dieron cuenta de que traían buenas noticias.

—¿Y bien? —Fue José, el más impaciente del grupo, quien preguntó.

—No es grave —anunció Berto—. Simplemente necesita descanso.

—¡Cuánto me alegro! —dijo María, con la aprobación de todo el grupo.

—Gracias por estar pendiente de mí, chicos. ¡Sois los mejores! —Lisa lo decía de verdad, pues no solo se sentía afortunada por haber conocido a Berto, sino de haber conectado tan bien con sus amigos, a los que ya sentía como suyos.

—Bueno, como salvo vosotros dos, empresarios, el resto estamos de vacaciones, podíamos celebrarlo con una buena barbacoa en Ucieda, ¿qué decís? —David, al que lo de comer al aire libre le encantaba, propuso el plan.

Todos se apuntaron y en un santiamén partieron dirección al centro comercial para coger algo de comida y, de allí, a la popular campa de Ucieda donde cada verano centenares de personas acudían a pasar el día. Allí comieron, jugaron al fútbol y a las cartas y se bañaron en el río de los Vados, un pequeño afluente del río Bayones, quien a su vez lo es del Saja. Tras el baño, Berto y Lisa fueron a dar un paseo, dejando a Lis junto a Alicia. La hija de David y María acababa de cumplir dos años y se mostraba encantada cada vez que tenía a Lis cerca.

—Cielo, sé que estos días he estado insoportable, pero tenía tanto miedo de que te ocurriera algo grave... Lo siento.

—Qué bobo eres —dijo riendo Lisa—. Si me encanta que te preocupes por mí. Solo que a veces eres tremendista. Igual que cuando me pediste que me casase contigo: te pedí tiempo para pensarlo y diste por hecho que iba a dejarte.

—Lo sé, pero no puedo evitarlo. Además, es culpa tuya, me tienes tan sumamente enamorado que me vuelve loco pensar que algún día igual no estás aquí —bromeó él.

—Mientras viva, estaré a tu lado cariño. Deberías saberlo.

—Había pensado que podíamos hacer un viaje los tres. Las cosas en la oficina van de maravilla. Tomás supervisa el trabajo estupendamente y yo podía echar una mano a distancia con el portátil si es necesario. Además, en agosto muchos cogen vacaciones y el trabajo disminuye.

—¿A dónde tienes pensado ir? —preguntó Lisa, a quien viajar le encantaba.

—A ningún sitio en concreto. Podíamos mirarlo.

—Me gusta Canadá.

—¿Canadá? —preguntó incrédulo Berto—. ¿Quieres ir a ver a mi hermano?

—¿Por qué no? En la boda Karol insistió en que fuésemos. Podemos alquilar un hotel cerca de su casa y conocer un poco aquello.

—¡Me parece una idea estupenda! Canadá entonces.

El resto del mes, Berto y Lisa organizaron sus vacaciones a Canadá. Él habló con su hermano, quien se mostró encantado al saber que iban a ir de visita. Sin embargo, Juan se negó a permitir que se alojasen en un hotel. Su casa era grande y contaba con una pequeña cabaña de invitados totalmente equipada, con habitación, baño, cocina y sala de estar. Finalmente, tras hablar con Lisa, Berto accedió a quedarse en ella.

Compraron sendos billetes de avión para el día 1 de agosto, con vuelta 15 días después. Casi una semana antes, Lisa ya tenía todo preparado. Berto había ido a la oficina. Antes de partir de viaje, quería tenerlo todo listo y estaba planificando con Tomás todo el trabajo por adelantado. Había descartado por el momento la idea de abrir la tienda e ir aumentando el negocio. Sabía que aún tenían margen para ganar más, pero les llevaría mucho trabajo y lo que menos quería era agobiar a Lisa. Además, actualmente ganaban un buen sueldo ambos y cada mes los números no

hacían sino aumentar.

Casi era la hora de comer cuando acabó la reunión con Tomás y regresó a casa, con ganas de ver a Lisa y jugar un poco con su hija que, aunque aún no había cumplido su primer año, cada día aprendía algo nuevo, sorprendiendo a Berto con la velocidad a la que los bebés van creciendo. Se extrañó al entrar en casa y encontrarla vacía, no era muy habitual que Lisa saliese sin avisar, pero no le dio mucha importancia. «Habrà salido a comprar algo, o a tomar un café», pensó. Fue a la cocina y en la nevera vio un *post-it* que decía: «Ahora vuelvo. Te quiero. P. D.: Ve al cuarto. Lisa».

Intrigado, Berto fue hacia el dormitorio y sobre la cama encontró un paquete envuelto en papel de regalo. Lo abrió y su sorpresa fue mayúscula al descubrir su contenido: una caja de 12 botellas de vino de distintas añadas, todas ellas edición limitada. Todo aquel que lo conocía sabía de la gran afición de Berto por el vino. Tenía una abundante bodega y siempre era el encargado de escoger el vino en cada celebración. Y si alguien sabía qué vino regalarle, esa era Lisa. Pero aún le quedaba una sorpresa por descubrir pues, entre las botellas, había una nota en la que reconoció la letra de su amada esposa y que comenzó a leer de inmediato.

Berto, siempre eres tú quien me escribe y sorprende, no solo con tus detalles, sino con la devoción que me profesas cada día. No sabes lo dichosa que me haces y lo afortunada que me siento por tenerte en mi vida. Por suerte, los mareos y dolores de cabeza han remitido en los últimos días y creo que debo pedirte perdón. Comenzaron hace tiempo y, a medida que se acercaba la boda, fueron a más. Siempre lo achaqué al estrés y nerviosismo (al final no estaba mal encaminada) y durante mucho tiempo te lo oculté, no por falta de confianza, pues sabes que es absoluta la que tengo contigo, sino por no preocuparte. He de reconocer que cuando comenzaron a hacerme pruebas, pensé por un momento que podía ser grave. No tengo miedo a la muerte: sé que algún día llegará y nada puedo hacer por evitarla, pero sí me entristecía el hecho de poner fin a mis días justo ahora, cuando más feliz soy. Aún recuerdo cuando me dijiste que el destino había unido nuestros caminos. No sé si existe el destino o la suerte, pero si es así, cuán agradecida estoy de que sus caprichos hayan conseguido hacer que me ames. Sabes que te quiero, que tú y Lis lo sois todo en mi vida, y es por ello por lo que hoy te escribo para que, si alguna vez me pasa algo, tengas un recuerdo más al que aferrarte.

Siempre tuya, Cara linda

Lisa, Ojos bonitos.

Berto terminó de leer emocionado, sin darse cuenta de que lo estaban observando desde la puerta. En realidad, Lisa no se había ido, sino que estaba escondida espiando los movimientos de su marido. Se acercó a él hablándole.

—Mi madre ha venido esta mañana y se ha llevado a Lis. Tenemos toda la tarde para nosotros.

—¡Lisa! —exclamó Berto sobresaltado—. Es precioso, cielo, pero no me hacen falta cartas para recordarte: solo debo cerrar los ojos para hacerlo.

—Te amo tanto... ¿Tienes hambre? Podemos salir a comer, no he preparado nada. Aunque también puedes comerme a mí. —Lisa se insinuaba, dejando a la vista la lencería de encaje que se había puesto y que tanto le gustaba a Berto.

—Prefiero la segunda opción.

Un minuto después, Lisa estaba desnuda y acostada en la cama, mientras Berto besaba su cuerpo, ese cuerpo que tanto amaba y del que disfrutaba cada vez que tenía ocasión. Se podría decir que los besos y caricias eran más apasionadas que nunca, pero, a decir verdad, la llama del inicio de su relación, dos años y medio atrás, seguía intacta.

Agosto

Como tenían previsto, el primer día de agosto partieron hacia Canadá. A pesar de tardar casi un día entero y realizar dos trasbordos, Berto y Lisa estaban felices y el viaje se les hizo ameno. Solo la pequeña Lis se mostró molesta en ocasiones, aunque tampoco les dio demasiado la lata. Karol y Juan los esperaban en el aeropuerto y, nada más llegar, los dos hermanos se fundieron en un afectuoso abrazo.

—Bienvenidos. Es un enorme placer para Karol y para mí que hayáis venido a vernos. ¡Vaya, la pequeña Lis ha crecido un montón desde la boda!

—Gracias, Juan. Sí, estos niños crecen a un ritmo... Hace cuatro días daba miedo cogerla de lo pequeña que era y mírala ahora —dijo Berto acercándose a saludar a su cuñada—. Hola, Karol, gracias por invitarnos a vuestra casa.

—No tienes por qué darlas. Como ha dicho tu hermano, es un placer, y no podíamos permitir que paguéis un hotel teniendo sitio de sobra para vosotros —dijo ella en un perfecto castellano. Karol, además de hablar inglés y francés, también hablaba español y alemán, idioma que estaba intentando sin demasiado éxito enseñar a su marido.

—Será mejor que vayamos a casa. Debéis de estar cansados —observó Juan.

—Estamos deseando llegar, sobre todo por la pequeña. Aunque hemos dormido un buen rato en el avión, sobre todo Berto —bromeó Lisa.

Tras coger el equipaje, los cuatro marcharon hacia la casa, situada a media hora del aeropuerto. Juan y Karol dejaron que los recién llegados se acomodasen y descansaran un poco antes de cenar. Berto y Lisa habían hecho una agenda para sus vacaciones, con lugares para visitar, aunque pensaban pedir consejo sobre dónde ir a Juan. Tuvieron una velada de lo más amena. Karol era muy bromista y una excelente conversadora e hizo muy buenas migas con Lisa, con quien apenas pudo hablar la única vez que se habían visto anteriormente: su boda con Berto. Tras un par de chupitos que tomaron después de cenar, Juan se llevó a su hermano a dar un pequeño paseo, dejando a Lisa y Karol hablando en el comedor.

—Lisa es maravillosa. Siempre está sonriendo, te sentirás muy afortunado —opinó Juan.

—Así es, no te imaginas lo enamorado que estoy de ella. Quiero darte las gracias de nuevo por invitarnos a quedarnos en vuestra casa.

—No me las des, Berto. Es lo menos que puedo hacer por ti. ¿No crees que ya he hecho bastante el idiota contigo?

—Eso forma parte del pasado, Juan. Sabes que nunca he sido rencoroso y lo que importa es que ahora estamos unidos, aunque nos separe un océano.

—De eso quería hablarte también. Ya sabes que Karol es directora de una empresa farmacéutica. Tienen una filial en Cantabria y le han ofrecido el puesto.

—¿Os vais a venir? —Berto estaba estupefacto: era la primera vez que oía a su hermano plantear siquiera la posibilidad de mudarse de nuevo a España.

—Lo estamos valorando. Karol dice que es una oportunidad única, un sueldo buenísimo y muchos beneficios, pero toda su familia está aquí. Yo estoy más que adaptado a la zona y el cambio sería muy grande.

—Estaría encantado de tenerte de vuelta, Juan. Es una decisión muy personal que debéis tomar entre los dos. Es obvio que, si de mí dependiera, te arrastraría a Torrelavega conmigo, pero no me corresponde a mí decidirlo.

—Lo sé. Pero no sabes cuánto me ha alegrado ver cómo brillaban tus ojos cuando te lo he contado. Supone mucho para mí saber que Lisa y tú nos recibiríais con los brazos abiertos.

—¿Y qué esperabas, pedazo de burro? Eres mi hermano y te quiero. Aunque no te lo suele decir.

Ambos hermanos se abrazaron y charlaron durante un buen rato. Hasta que Lisa, que empezaba a acusar el viaje, salió en su busca para decirle a Berto que se iba a dormir. Finalmente se despidieron hasta el día siguiente.

Los siguientes días, Juan y Karol apenas se separaron de Berto y Lisa, enseñándoles lo que, para ellos, eran los sitios más bellos de la zona. La planificación que habían hecho de poco les sirvió, aunque lo pasaron genial todos ellos juntos. Lisa estaba feliz viendo como su marido y su cuñado habían dejado atrás las rencillas que los separaron y se los veía muy unidos. Además, apenas tenía dolores de cabeza y, las pocas veces que los sufría, eran de una intensidad mucho más baja que un mes atrás. Definitivamente, lo que necesitaba era relajarse.

El último día en Canadá, Berto y Lisa comieron con Juan y Karol, quienes les anunciaron que habían tomado la decisión de mudarse a España. Aún tardarían unos meses, pero antes de finalizar el año estarían instalados en Cantabria. Berto recibió la noticia con entusiasmo y, al llegar la noche, mientras ultimaban los preparativos para la vuelta a casa, lo comentó con Lisa.

—Hace un par de años pensaba que jamás volvería a hablar con mi hermano. Me ha hecho daño, pero al final es la única familia que me queda, sin contaros a vosotras, claro. Creo que perdonarlo es una de las decisiones más acertadas que he tomado en mi vida.

—Por supuesto que sí, cielo. El rencor no sirve de nada, y además es tu hermano al fin y al cabo.

—Debo darte las gracias una vez más, Lisa. Tú me has abierto los ojos y has conseguido que mi corazón sea más humano.

—¡No digas bobadas! —espetó Lisa—. El mérito es todo tuyo.

—No es así. Desde que estoy contigo he cambiado. No es que antes fuera mala persona, pero sí más rencoroso, más loco, menos responsable... Ahora, solo debo pensar en ti y en Lis para que cualquier maldad desaparezca de mi mente.

—Siempre me haces sentir la mujer más especial del mundo —apuntó una emocionada Lisa—. Pero mis ojos no son tan bellos, mi pecho ya está caído y mis piernas son rechonchas. ¡Y yo también tengo mi mal genio, además de muchos defectos! No sé si lo merezco.

—No sé cómo te ven los demás, Lisa. Ni siquiera importa. Yo veo tus ojos y son los más bellos del mundo. Su brillo cuando te ríes me enloquece. Tras tus labios no hay dientes perfectos, mi vida. Pero cuando sonrías no hay nada más para mí en el mundo. Puede que haya senos más firmes, más grandes y redondos, pero mis manos encajan en los tuyos a la perfección y quizá haya quien diga que ese lunar entre ellos queda horrendo. Yo lo miro y ya sabes cuánto me enciendo... Amor, en tu vientre hay estrías, pero sin ellas no estaría hoy Lis entre nosotros. ¿Cómo no sentirse orgulloso de ellas? ¡Ah, tus piernas! Son del tamaño justo, ¿no crees? Un poco más grandes y quizá no pudiera cogerte... Sé vida mía que tus manos están llenas de arrugas, pero eso sirve para darme cuenta de la vida tan dura que has llevado, y no hacen sino lograr que te quiera más. ¿Me hablas de tu carácter? Alguien capaz de aguantarme, de sonreír cada mañana, de besarme a cada instante... Haces mi vida más fácil, que me ría a cada instante, ¿Cómo no perdonarte que tengas algún desplante? Amo cada uno de tus defectos más aún que a tus perfecciones.

Octubre

Berto se levantó el ocho de octubre con una extraña sensación en el cuerpo. Hacía una media hora, Lisa se había marchado a buscar a su hija, que había pasado la noche con la abuela, ya que la

pareja tuvo cena la noche anterior. Una sensación de nerviosismo y miedo le atenazó el cuerpo mientras se aseaba; estaba seguro de que algo iba mal, aunque no sabía el qué. Terminó de vestirse y salió de casa, aunque no sabía muy bien a dónde ir. Al llegar al portal, oyó las sirenas.

Berto echó a correr hacia el lugar adonde se dirigía la ambulancia. Su corazón estaba encogido por un mal presentimiento que, sin fundamento aparente, amenazaba con provocarle un infarto. No tardó en ver una pequeña aglomeración de gente, varios policías trataban de acordonar la zona, cortada al tráfico con sus coches para mantener espacio y dejar trabajar a los sanitarios que poco antes habían bajado de la ambulancia. Cuando Berto llegó al lugar donde se había producido el accidente, las sirenas volvían a sonar y no pudo ver a quién se llevaba la ambulancia. Unos testigos le explicaron cómo un coche despistado había atropellado a una mujer en un paso de cebra, esta había quedado sin conocimiento y un chico que afirmó ser ATS se hizo cargo de la situación. El coche seguía allí, con la luna delantera rota y el capó del coche abollado. Echó mano al bolsillo buscando su móvil para llamar a Lisa y cayó en la cuenta de que se lo había dejado en casa. Justo en ese momento, vio el collar.

Era idéntico al que Berto regaló a Lisa un par de años antes por su cumpleaños. Estaba seguro de que era el de ella. Tras cogerlo del suelo, a pocos metros del paso de cebra donde habían atropellado a la mujer, Berto volvió a casa en busca de su móvil y llamó a Lisa: estaba apagado. Salió de nuevo de casa y subió al primer taxi que encontró, pidiendo al conductor que le llevase al hospital de Sierrallana. Durante el camino, siguió llamando a Lisa, con la esperanza de que fuera un problema temporal de cobertura, pero el teléfono seguía sin dar señal. Pagó al taxista nada más llegar y, sin esperar a que le devolviera el cambio, corrió hacia el mostrador de urgencias.

—Buenos días —saludó a la recepcionista con voz temblorosa—. Hace un momento han traído a una mujer que ha sido atropellada. Creo que puede tratarse de mi mujer.

—Espere un segundo, por favor. Voy a comprobar si han podido identificarla y le digo.

Berto esperó unos minutos que le parecieron horas, mientras la chica hacía un par de llamadas. Finalmente, un celador acudió a hablar con Berto y corroborar si, como él sospechaba, la mujer que había llegado minutos atrás era su mujer Lisa. Para lo que le preguntó el nombre.

—Siento decirle que es el nombre que figura en la documentación que tenía la chica —dijo el celador, tras oír el nombre de Elisa.

—¿Cómo está?

—Por lo que sé, está en el quirófano en este momento. Acompáñeme, por favor, y le llevaré donde le puedan dar más información.

Berto, compungido y aterrado, acompañó al celador por un interminable pasillo, dejando tras de sí decenas de puertas. Casi al final, giraron hacia la derecha, llegando a una sala de espera en la que Berto se quedó solo, mientras el celador iba en busca de alguien que pudiera informarle del estado de Lisa. Solo un par de minutos después, una mujer apareció y, tras quitarse una mascarilla, saludó a Berto con una ligera sonrisa y ojos cansados.

—Buenos días. Soy la doctora Vilar. Tengo entendido que es usted el marido de Elisa, ¿verdad?

—Así es. ¿Cómo se encuentra mi mujer?

—Le comento: la paciente ha recibido un fuerte golpe en la cabeza. Llegó inconsciente al hospital y hemos tenido que reanimarla. Actualmente estamos operándola, tratando de estabilizarla. Este tipo de lesiones son muy delicadas y es muy difícil predecir un resultado, pero se ha actuado con gran rapidez y creemos que puede salir adelante.

—¿Tendrá... tendrá secuelas, doctora? —Berto apenas podía hablar, un dolor agudo parecía desgarrar su garganta.

—Es pronto para decir nada. Estamos haciendo en quirófano todo lo posible para salvar a su mujer y reducir la inflamación. Una vez conseguido, las siguientes horas serán muy importantes para saber a qué atenerse. Sé que es muy difícil esto que le pido, pero debe tener paciencia. Le aconsejo que llame a algún amigo o familiar que tenga y espere con él. En cuanto tenga alguna novedad que decirle, lo haré de inmediato.

Paralizado por el miedo, Berto tardó un buen momento en reaccionar. Su mujer, el mayor pilar en su vida y a quien más quería junto a su hija Lis, se encontraba en ese momento luchando por su vida. Viejos fantasmas del pasado vinieron a su mente: el recuerdo del accidente de tráfico que acabó con la vida de sus padres cuatro años atrás le perturbaba. Tras unos minutos en los que no supo qué hacer, decidió coger el móvil y mandar un mensaje de WhatsApp al grupo que tenía con sus amigos. «Lisa ha tenido un accidente. Está en Sierrallana. Es grave».

Situado a las afueras de Torrelavega, el hospital de Sierrallana se encuentra a menos de diez minutos del centro de la ciudad en coche, y muy cerca de otros ayuntamientos como el de Santillana del Mar o Reocín. Veinte minutos después del mensaje de Berto, Lorena y David se encontraban en el aparcamiento del hospital. María se encontraba en casa con su hija, esperando noticias de David. Elena dijo a su jefe que tenía una urgencia, dejando su trabajo en Santander y José, tras hablar con Raquel, salía de Oviedo en dirección a Cantabria.

Durante las siguientes horas, los amigos no pudieron hacer más que arropar a Berto, cada vez más desesperado ante la falta de noticias sobre el estado de salud de Lisa. Elena y José llegaron al mediodía y, poco después, Juan llamaba preocupado desde Canadá; se acababa de despertar y ver el mensaje de su hermano. Ninguno de los amigos se acordó siquiera de comer y poco antes de las cuatro de la tarde la doctora Vilar se acercó a informar a Berto.

—Hemos terminado de operarla. En este momento Elisa permanece estable, aunque su estado es crítico. Siento no poderle decir mucho más, salvo que está en coma en la UCI. Las siguientes horas son cruciales para ella. Si quiere, puede pasar unos minutos a verla, aunque le advierto que no se va a enterar y la visión puede impresionarle.

—Gracias, doctora. Iré a verla —aseguró Berto—. ¿Cree que se recuperará?

—Es imposible saberlo ahora mismo. Elisa está luchando por su vida. Las lesiones son graves y probablemente, si consigue salir de esta, lo hará con secuelas, pero debemos esperar a ver su evolución durante, al menos, las próximas 48 horas.

Berto entró en la pequeña habitación de Cuidados Intensivos y se encontró un panorama desolador. Lisa se encontraba intubada, con la cabeza vendada y varias sondas y cables saliendo de su cuerpo. Por lo demás, daba la sensación de dormir plácidamente y estar tranquila, lo que de algún modo sosegó a Berto. Se agachó, cogiendo una de las manos de su mujer y sacó fuerzas de donde no tenía para hacerse oír.

—Lucha, Ojos bonitos. Lucha con todas tus fuerzas. Lucha por Lis, por nosotros, pero sobre todo lucha por ti. No permitas que esta bonita historia termine aquí, este no es nuestro destino.

Berto tuvo la sensación de que Lisa le apretaba ligeramente la mano, aunque era imposible saber si estaba en lo cierto o las ganas le jugaron una mala pasada. Durante diez minutos más, permaneció arrodillado, acariciando y hablando a Lisa, con los ojos inundados y el corazón encogido. Finalmente, le obligaron a salir y volvió con sus amigos.

Al llegar a la sala de espera del hospital, todo el grupo lo abrazó en una piña en la que ninguno pudo contener las lágrimas. Todos recordaban perfectamente una imagen casi idéntica cuando Berto perdió a sus padres y era difícil creer que poco tiempo después volviera a repetirse, justo cuando por fin parecía sonreírle la vida. Nadie se movió del hospital en toda la tarde, esperando

alguna novedad que no llegó a producirse. Solo al filo de las nueve de la noche hubo un nuevo parte de la doctora, afirmando que Lisa permanecía sin cambios y hasta el día siguiente no diría nada más.

Intentaron convencer a Berto y a su suegra Luisa, que se había acercado, de que fueran a casa, pero fue imposible. Todos se ofrecieron a quedarse allí, aunque fue Lorena finalmente quien lo hizo. El resto de amigos se fueron, David hacia su casa, pues su mujer estaba al cuidado tanto de su hija Alicia como de Lis. José y Elena fueron a cenar a La Catedral pues, aunque no tenían ni ánimo ni hambre, llevaban todo el día sin probar bocado.

—No me puedo creer la mala suerte de Berto —se lamentó José mientras esperaban las hamburguesas que habían pedido—. Cada vez que levanta cabeza le viene una más gorda.

—Sí —respondió Elena, que no había parado casi de llorar en toda la tarde—. No se lo merece el pobre.

—Ojalá Lisa salga de esta y no le queden secuelas, aunque no tiene muy buena pinta.

—No la tiene, no. Pero el cuerpo humano nos da muchas sorpresas.

—¿Sabes? Yo siempre pensé que Berto y tú acabaríais juntos. Pero luego apareció Lisa...

—Y se lo llevó —cortó sonriendo tristemente Elena a José—. Hubo un tiempo en que yo pensé lo mismo, pero Berto y Lisa son la pareja perfecta.

—Muchas veces me he preguntado si estabas enamorada de Berto.

—Eso poco importa, porque él nunca lo estuvo de mí. Pero sí, estaba loca por Berto —confesó tras una pausa Elena.

—Lo has debido de pasar fatal.

—Una acaba por acostumbrarse. Sí, hubo un tiempo en que fue jodido, pero al final todo pasa. Berto es feliz con Lisa y yo con todos vosotros.

—Ojalá encuentres tu amor como el resto —dijo sinceramente José—. Solo faltáis Lorena y tú.

—¡Uf! Lo de Lorena lo veo más difícil, ¿eh? Está hecha todo una solterona. En cuanto a mí... Quizá algún día. Ahora mismo estoy muy bien así.

Elena mentía, pero José no quiso profundizar más en la herida. Al igual que el resto del grupo, siempre había sospechado que la antigua camarera del Kaos amaba a Berto. De hecho, Belén, la exnovia de este, siempre odió a Elena por ese motivo, ya que creía que, si se lo proponía, teniendo en cuenta la belleza que atesoraba, le podía quitar a su novio. Sin embargo, fue ella sola quien con su egoísmo acabó por perderlo.

Tras terminar de cenar, ambos amigos se despidieron y José llamó a Raquel para contarle con calma el estado de salud de Lisa. Nada más colgar, se puso a pensar en la Nochebuena en que la mujer de Berto apareció en sus vidas. Cómo habían ido a cenar a casa de Berto por sorpresa y casi lo habían obligado a ir con ellos al Kaos en las que eran las primeras Navidades de Berto sin sus padres ni su novia. José esa noche tenía planeado hacer beber a Berto lo justo para que se desinhibiese y tratar de que se liase con Elena, pero al poco de estar allí su amigo comenzó a hablar con Lisa y José tuvo la sospecha de que acabarían juntos. «Quizá Berto tenga razón en creer en el destino», pensó, «fueron demasiadas casualidades en una misma noche. Espero que no sea tan cruel de separarlos ahora».

No durmió Berto aquella noche, como tampoco lo hicieron ni Lorena ni Luisa. Las horas pasaban sin ninguna noticia, lo que no sabían si era bueno o malo. A primera hora de la mañana, la doctora Vilar, junto a otro neurocirujano pasaron a ver a Lisa. Tras realizar unas pruebas, finalmente hablaron con Berto y Luisa.

—La buena noticia es que Elisa no ha empeorado —comenzó la doctora Vilar—. Sin embargo,

hemos detectado que hay daño cerebral y la evolución es muy incierta.

—¿Quiere decir que mi mujer no va a salir del coma? —preguntó aterrado Berto.

—Sinceramente, no lo sé —confesó la doctora—. En este tipo de traumatismos dar un diagnóstico es casi imposible hasta pasados varios días. La vida de su mujer aún corre peligro y la recuperación total no es ni mucho menos segura. No quiero decir que no pueda pasar, pero debe estar preparado para todo: puede tener secuelas permanentes, como pérdida de movilidad o habla, o quedar para siempre en estado vegetativo.

—¡Ay, mi hija! ¡Esto no me puede estar pasando! —Luisa, la madre de Lisa, se derrumbaba por momentos.

—Sé que es duro, pero ahora no pueden hacer nada, solo esperar. Podrán pasar a verla cada día a las nueve de la mañana y a las seis de la tarde, y les iremos informando de la evolución. De momento, Lisa seguirá en la UCI, así que lo mejor que pueden hacer es ir a casa y descansar en la medida de lo posible.

El mundo de Berto se venía abajo por momentos. Un par de días antes estaba pensando en hablar con Lisa y plantearle tener un segundo hijo y ahora se encontraba con que muy probablemente nunca volviera a ser la misma. No quería ni imaginar la posibilidad de que falleciera, aunque sabía que el riesgo estaba ahí. Entró de nuevo a ver a su esposa y no pudo evitar echarse a llorar mientras cogía su mano.

Los tres días siguientes fueron una agonía constante para Berto. Lisa no mejoraba y la esperanza de verla despertar se iba desvaneciendo. Acudía cada día mañana y tarde a ver a su mujer, siempre acompañado de alguno de sus amigos que apenas se separaban de él. El doce de octubre era día festivo, y todos acudieron por la tarde al hospital junto a Berto, incluida Raquel, la prometida de José. Como el resto de los días, Lisa seguía sin mejorar, aunque tampoco empeoraba. Tras agotar la escasa media hora de visita, Berto volvió a reunirse con sus amigos en la sala de espera y sorprendido descubrió a su hermano Juan, quien acababa de llegar desde Canadá.

—Pero ¿qué haces aquí? —preguntó Berto a su hermano mientras lo abrazaba—. No tenías que haber venido.

—No pensarías que iba a dejarte solo. Ya lo hice una vez y no me lo perdonaré nunca. Ya me han dicho estos que todo sigue igual.

—Sí, Juan. No hay ningún cambio. La impotencia que siento me desespera.

—Sé que tiene que ser muy duro. Si pasase algo así con Karol... Ojalá acabe saliendo de esta.

Salieron todos del hospital y, aunque ninguno tenía los ánimos para ello, fueron a cenar a una nueva pizzería que había abierto días atrás en Torrelavega. Al menos así estaban juntos y evitaban el tener que cocinar y recoger, un auténtico incordio para ellos en esos momentos.

Acabada la cena, se fueron retirando uno a uno los amigos, quedando solo Juan, Lorena, Elena y Berto. Juan anunció que Karol y él tenían pensado venir en noviembre, pero, tras el accidente de Lisa, Juan quiso adelantar el viaje e ir preparando todo para la llegada de su mujer. Poco después él se marchó, visiblemente cansado del largo trayecto desde Canadá, dejando a Berto solo en compañía de las dos chicas. El muchacho miró abatido a Elena, descubriendo una mirada llena de ternura. No podía sino admirar todo lo que ella hacía.

—Todos estos saben de sobra lo agradecido que estoy de su apoyo —dijo Berto, tras un momento de reflexión—. Pero en tu caso diría que lo estoy aún más. Sé lo duro que debe de ser para ti, Elena.

—No hago sino apoyar a un buen amigo en un momento duro —comentó una ruborizada Elena

que, aunque imaginaba que Berto ya sabía de sus sentimientos hacia él, no esperaba un comentario así.

—Lo sé. Y eso dice mucho de ti.

—¿Quieres que me quede esta noche en tu casa? —Lorena cambió de tema, para no hacérselo pasar aún peor a su amiga.

—No hace falta, estaré bien. Además, tú trabajas mañana y yo me levantaré para ir a ver a Lisa.

—Puedo ir desde tu casa al trabajo, sabes que no es molestia y así no estás solo.

Te lo agradezco Lorena, pero es mejor que no —insistió Berto—. Debo acostumbrarme a esto: es posible que Lisa no vuelva a casa.

—Como quieras —aceptó Lorena—. ¿Qué tal Lis con Marina?

—Bien. Marina es un encanto y Lis se lo pasa muy bien con ella, aunque echa de menos a su madre. Es una suerte que siga disponible, porque se le dan muy bien los niños. David y María estaban encantados con ella cuando cuidaba a Alicia y todavía suelen llamarla de vez en cuando.

En ese momento, el móvil de Berto sonó. Llamaban del Hospital de Sierrallana.

—¿Alberto? Soy Luz, celadora del hospital donde se encuentra ingresada su mujer. Perdona que lo moleste a estas horas, pero la doctora Vilar ha insistido en que lo llame y le diga que quiere hablar con usted. Siento no poder darle más información, pero venga en cuanto pueda.

Con el corazón en un puño y temiéndose lo peor, Berto salió raudo del restaurante, seguido por Lorena y Elena. Pocos minutos después entraban por la puerta del hospital y preguntaron por la doctora Vilar, quien no tardó en aparecer. No traía buenas noticias.

—Berto, siento haberte llamado tan tarde. Elisa ha sufrido un paro cardíaco y, aunque hemos conseguido reanimarla, me temo que su cerebro no ha aguantado. Está conectada a un respirador artificial, aunque se encuentra en muerte cerebral. Sé que es un momento muy duro, pero debes decidir si autorizas la donación de sus órganos.

Incrédulo y sin habla, Berto se limitó a asentir, sin llegar a entender, mucho menos asimilar, la noticia que acababa de recibir. Lisa, su esposa, la mujer a la que amaba más que a su propia vida estaba muerta. El nudo que se formó en su garganta amenazaba con desgarrársela. Aunque sabía que la posibilidad de que Lisa falleciese existía, nunca acabó por creerlo y ahora... Volvió a su mente el día del accidente de sus padres, los meses posteriores y su depresión. Si salió de aquello fue en gran medida gracias a su reencuentro con Lisa. En ese momento, sintió que nada en el mundo merecía ya la pena. Miles de pensamientos le venían a la cabeza y por un instante la idea del suicidio llegó a ser una posibilidad, hasta que se dio cuenta de que eso sería traicionar a Lisa y a su hija Lis. Se dejó abrazar por sus amigas y, mientras su mente fue siendo consciente de todo lo sucedido, se derrumbó rompiendo a llorar.

Poco después fueron llegando el resto de amigos, Juan y Luisa, avisados todos ellos por Lorena. Una vez firmados los documentos de la donación de órganos, los médicos les permitieron despedirse de Lisa. Todos entraron derramando lágrimas y fueron saliendo uno a uno, dejando a Berto por último en la sala con su mujer. Daba la impresión de dormir plácidamente y viéndola allí, en aquel estado de paz, se hacía difícil creer que el cerebro de Lisa ya no tuviera vida. Su marido, que no había parado de llorar, besó sus manos y se aferró a ellas férreamente. Tras coger fuerzas de donde no las tenía, consiguió despedirse de ella con un hilo de voz.

—Adiós, Ojos bonitos. Gracias por el tiempo compartido, por tu risa, por hacerme tan feliz y, sobre todo, gracias por traer a Lis al mundo. Prometo cuidarla y ser el mejor padre posible para ella. Cuídanos desde las estrellas, mi dulce Lisa. Siempre te amaré.

A Lisa la incineraron al día siguiente en el cementerio de Río Cabo de Torrelavega. Al funeral,

acudieron todos los amigos de Berto y ninguno de ellos pudo evitar llorar sin consuelo alguno. Lloraban por la desgraciada pérdida de una buena amiga, pero sobre todo por la desdicha de Berto, quien unos meses antes parecía haber puesto punto final a su mala suerte con su matrimonio y ahora veía una vez más cómo un fatal accidente se llevaba por delante la vida de sus seres queridos. Lis, demasiado pequeña para comprender aún qué estaba pasando, lloraba y preguntaba por su madre, lo cual no hacía sino hacer más terrible aquel día.

En todo momento, Berto estuvo rodeado de todos sus amigos y de Juan, quien se había jurado a sí mismo que no volvería a fallar a su hermano y estaba dispuesto a hacer todo lo posible porque Berto no se derrumbase. Tanto el tanatorio, como el bar y la pequeña capilla de Río Cabo habían pasado el día atestados de gente y el grupo de amigos estaban deseando que acabase ya aquel día, reponerse lo antes posible y ayudar al marido de Lisa, para el que en ese momento apenas había consuelo.

Tras un responso oficiado en la capilla, poco a poco Río Cabo se fue despejando, siendo Berto y sus amigos los últimos en salir. Elena observaba un tanto desde la distancia, destrozada por ver pasar por aquel trago a su amigo y haber perdido a una gran mujer como era Lisa, y sintiéndose al tiempo culpable por sentir en el fondo de su alma un pequeño halo de esperanza en torno a lo suyo con Berto. Miró al resto de amigos, descubriendo a una Lorena a la que se le notaba la preocupación en los ojos. Sabía que, para ella, Berto era como un hermano y se avecinaban tiempos muy duros en los que a buen seguro estaría a su lado. Raquel, la última en llegar, parecía un tanto incómoda, seguramente creyéndose fuera de lugar, por mucho que José no soltase su mano, temeroso por perder a su prometida, tal y como le había pasado a uno de sus mejores amigos. A pocos metros, Elena vio como David y María trataban de disimular, contemplando a Lis e intentando que la niña sonriese y, casi pegado a ellos, Juan era incapaz de dejar de llorar. Elena se alegraba al verlo allí, pues Berto iba a necesitar de todo el apoyo del mundo y sin duda alguna el haber recuperado la relación con su hermano iba a suponer para él un gran consuelo.

Berto quiso quedarse unos momentos a solas antes de marchar. Lorena lo observaba a distancia. Tenía una carta que entregarle. Recordó cómo, meses atrás, Lisa hizo prometerle que si alguna vez le ocurría algo entregaría a su marido aquella nota. Apretó el bolso donde la guardaba para sí, dejando que las lágrimas cayeran por su rostro, sin importar por una vez quién pudiera verla. Lo acompañó a su casa y, antes de despedirse, le entregó la carta.

—Lisa me dio esto para ti. He pensado si dártelo o no, pero se lo había prometido.

Berto dio las gracias a Lorena y abrió la carta nada más cerrar la puerta.

Hola, Cara linda. Ojalá nunca llegues a leer esta carta, pero si es así, quiere decir que he muerto. Sé que ahora estarás triste, que todo es negro y no ves futuro alguno. Pero debes seguir adelante y volver a ser feliz. Primero por nuestra hija: no permitas que crea que la vida es desdichada, y segundo... segundo por mí. Uno de los dos debe serlo.

Alguna vez me has dicho que fue el destino quien nos unió, que sabía que éramos almas gemelas y, a pesar de la distancia, quiso que volviéramos a reencontrarnos tantos años después. Puede que tengas razón, quizá lo quiso el destino. Pero al final le dimos envidia y ese mismo destino que logró hacerme la mujer más feliz del mundo ha acabado con nuestra historia, seguramente porque no podía soportar ver que nadie era más feliz que él mismo. Porque Berto, no se puede amar más de lo que yo te he amado, ni sentirse más querida de lo que me he sentido a tu lado.

Pero ahora ya no estoy y debo pedirte que seas feliz y rehagas tu vida. Aún eres muy joven, cielo mío, y aunque los celos me quemaran imaginando tus labios besando a otra, no puedo pedirte otra cosa que no sea esa. Vive la vida por los dos, enseña a Lis nuestras fotos, hazle saber cuánto nos

amamos y deja que el destino vuelva a llenar de amor tu corazón.

Siéntete libre y recuerda cuánto nos amamos, pues no hay en el mundo mayor orgullo ni placer que cada segundo que pasé a tu lado. Hasta siempre, vida mía.

Lisa.

23 de abril

Berto y su pequeña hija Lis caminaban en dirección a la ría de Oyambre. Elena los seguía unos pasos por detrás. A pesar de llevar casi seis años muerta, no podía dejar de sentir cierta envidia por Lisa. Desde hacía tres años era la pareja de Berto, de quien llevaba enamorada desde que lo conoció años atrás. Lo amó en silencio durante el tiempo que estuvo con Belén, esperó pacientemente cuando rompieron, pero entonces llegó Lisa y su corazón se rompió. Estuvo a su lado cuando falleció la madre de su hija, a pesar de pensar que nunca estaría con él, aunque finalmente consiguió entrar en su corazón. Sabía que Berto la amaba, aunque también era consciente de que Lisa fue el amor de su vida, y a veces aún sentía una punzada de celos cuando observaba como Berto la recordaba. Aquella era la primera vez que acompañaba a padre e hija en aquel ritual y no podía dejar de estar triste.

Llegaron a la playa. Berto y su hija se acercaron hasta la orilla del mar mientras Elena los miraba desde la distancia. Él llevaba un ramo de rosas y Lis un dibujo. La pequeña de 5 años no entendía del todo aquello. No conoció a Lisa y se le hacía muy difícil comprender que aquella señora sonriente que tenía los ojos color miel igual que ella era su madre. Sin embargo, su padre siempre le explicó que aquella mujer dio la vida por ella y que, aunque solo estuvo unos pocos meses a su lado, seguía cuidando de ella desde el cielo. «Es tu ángel de la guarda, mi pequeña», solía decir su padre.

—Vamos, Lis, vamos a posar el dibujo y las rosas en el mar. En este mismo sitio fue donde nos conocimos hace casi treinta años y aquí también echamos sus cenizas.

—Vale, papi. ¿Crees que le llegará?

—Claro, hija, ella nos está viendo ahora y las olas se lo harán llegar.

—¿Y por qué no viene ella con las olas?

—Porque cumplió su misión en la Tierra, cariño. Te dio la vida y me dejó a mí para cuidarte, mientras ella nos libra desde el cielo de muchos peligros.

—Pero yo quiero que también me lea cuentos.

—Hace algo mucho mejor: espanta tus pesadillas.

—Era muy guapa. Yo quiero ser como ella papá.

—Eres igual que ella, pequeña Lis. Maravillosa.

Lis miraba a su padre, quien tenía la cara cubierta de lágrimas, aunque con la ternura de siempre y una sonrisa la miraba.

—Papi tenía que quererte mucho para que llore. Nunca lo vi llorar. Cuida de él, mamá, es un buen hombre.

Las olas fueron alejando el dibujo y las rosas. La brisa marina acarició los rostros de Berto y Lis. Él cerró los ojos y en su memoria volvió a aquel día en que una pequeña Lisa le susurró al oído mientras posaban para una foto: «Te querré siempre».

—Y yo a ti, dulce Lisa.